

Kairos

ISSN: 1514-9331
Año 12 - N° 21
Julio de 2008

Revista de temas sociales



Publicación de la Universidad Nacional de San Luis
Proyecto "Culturas Juveniles Urbanas"

La globalización neoliberal: Transformaciones y efectos de un discurso hegemónicoⁱ

Hernán Fairⁱⁱ

Todo lo sólido se desvanece en el aire
Marshall Berman

Un agradecimiento especial a la Dra. María de los Ángeles Yannuzzi

Resumen

En los últimos 30 años asistimos a un drástico proceso de cambio en las políticas de gobierno. Este proceso, ligado a la hegemonización mundial del neoliberalismo, ha generado profundas transformaciones en los diversos campos. Este artículo indaga en esas transformaciones. Para ello, examina las características principales que definen a este paradigma, dando cuenta de la apropiación que han hecho sus principales teóricos del concepto de globalización. En segundo término, analiza los efectos que sus políticas han provocado en la política, la economía y la sociedad. Se sostiene que el éxito de la "globalización neoliberal" reside en que ha logrado despolitizar en gran medida a la sociedad. En este sentido, se coloca el eje en los efectos de despolitización del modelo, en particular durante la década del noventa, momento de auge del sistema. En el tramo final, se pregunta acerca de las alternativas surgidas en las nuevas democracias latinoamericanas al modelo de globalización neoliberal.

Palabras clave: Globalización neoliberal, Hegemonía, Efectos de despolitización

Abstract

In the past 30 years we attend to a dramatic process of change in government policies. This process, linked to the world hegemony of neo-liberalism, has generated profound transformations in various fields. This article investigates these transformations. To this end, examines the main characteristics that define this paradigm, giving account of the appropriation that has made their main theorists of the concept of globalization. Secondly, analyses the impact that their policies have resulted in politics, economy and society. It argues that the success of the "neoliberal globalization" lies in that has achieved depoliticize largely to society. In this sense, place the axis in the depoliticization effects from the model, in particular during the 1990s, time of boom of the system. In the final leg, wondered about the alternatives that arises from model of neoliberal globalization in the new Latin American democracies.

Key words: Neoliberal globalization, Hegemony, Depoliticization effects

1. Introducción

Desde la década del '60 del siglo pasado asistimos a un proceso que se ha denominado corrientemente como globalización o mundialización. Este proceso, consolidado a partir de la caída del Muro de Berlín y de la ex Unión Soviética, ha provocado múltiples transformaciones en los diversos campos. El objetivo de este trabajo consiste en indagar en esas transformaciones. Para ello, creemos que resulta indispensable analizar este fenómeno

en su íntima relación con la implantación del modelo neoliberal. En este sentido, examinaremos en primer lugar las características principales que definen a este paradigma surgido en la posguerra, dando cuenta de la apropiación que han hecho sus principales teóricos del concepto de globalización. En segundo término, investigaremos los efectos que sus políticas han provocado en los campos de la política, la economía y la sociedad. Dos hipótesis guían el trabajo. La primera, que la llamada globalización neoliberal generó una creciente asimetría de poder entre los Estados y profundas transformaciones en la estructura económica y social. La segunda, que esas transformaciones produjeron cambios que afectaron a la propia visión acerca de la política. Sin embargo, centrándonos en esta última cuestión, sostenemos que el efecto de despolitización social debe buscarse, más allá de las reformas estructurales, en el éxito de su discurso hegemónico. En particular, destacaremos la importancia que tuvo su discurso mecanicista, su énfasis en la inevitabilidad y la ausencia de alternativas y su concepción mítica de la globalización como una “aldea global”. Para ello, seleccionaremos algunas declaraciones de políticos y técnicos que hayan defendido sus postulados. En el tramo final del trabajo, indagaremos acerca de las alternativas surgidas en las nuevas democracias latinoamericanas al modelo de globalización neoliberal intentando esbozar una respuesta a las siguientes cuestiones: ¿en qué medida puede hablarse de un cambio de paradigma?, ¿son los nuevos liderazgos una alternativa real al neoliberalismo, o sólo la continuidad disfrazada?

2. Las transformaciones de la modernidad en la nueva era global

A partir de la década del '60 del siglo pasado la modernidadⁱⁱⁱ ingresó en una nueva etapa caracterizada por múltiples transformaciones. Comenzando por el campo político, se asiste a una disminución de las soberanías estatales, socavadas por el poder creciente que adquieren los organismos transnacionales, principalmente el FMI y el Banco Mundial, y las empresas multinacionales. Asimismo, se acrecienta la asimetría de poder entre los Estados y, desde el colapso del comunismo, se asiste a un orden mundial unipolar hegemónico política, cultural, económica y militarmente por una única superpotencia imperial. En el campo económico, asistimos al fin del fordismo o keynesianismo y el surgimiento y expansión del neoliberalismo. Este cambio de paradigma significó el fin de una economía industrializada, ligada a la producción y el consumo masivo, y el desplazamiento hacia una economía postindustrial, ligada a los servicios y a la información. Este proceso se verifica en el desplazamiento desde un capitalismo estadocéntrico, o “capitalismo organizado”, donde el Estado era el principal actor, a un capitalismo “mercado-céntrico”, en el cual el mercado pasa a ocupar esa función (Cavarozzi, 1997).

En esta nueva etapa se radicalizan, además, las “discontinuidades” que caracterizan a la modernidad^{iv} (Giddens, 1993). Por un lado, el “ámbito de cambio” se amplía hasta generar una interdependencia comercial y financiera entre los Estados cada vez mayor. Los capitales dejan de estar inmovilizados en las fábricas y en los mercados locales de trabajo, como ocurría

anteriormente, y fluyen de un lado al otro del planeta de manera constante y veloz. El resultado de ello es un incremento de la separación espacio-temporal, potenciado por la importancia creciente que adquieren las diferentes formas en las que se representa el dinero (cheques, etc.). Por el otro, el “ritmo de cambio” se ve fuertemente incrementado como consecuencia de la revolución en el transporte y las telecomunicaciones, lo que se expresa en la extensión mundial de la televisión, el video, la digitación, el grabador y, en particular, Internet (Giddens, 2000).

Finalmente, en el campo social, se asiste a una creciente desestructuración de los vínculos sociales y a una creciente apatía y pérdida de identificación a nivel mundial con los partidos, los sindicatos y la actividad política en general, lo que se relaciona con la plena vigencia que adquiere el individualismo de carácter hedonista (García Delgado, 1994).

Estas transformaciones, iniciadas a partir de la década del '60, comenzarán a desarrollarse a partir de los '70, con la crisis del petróleo^v, y durante la década del '80, adquiriendo una proyección mundial definitiva desde comienzos de los años '90, con el colosal desarrollo de las corporaciones transnacionales, la expansión del capital financiero y especulativo y el colapso del comunismo (Minsburg, 1999: 20). El resultado de ello será la presencia de un fenómeno conocido comúnmente como globalización o mundialización. Este fenómeno, sin embargo, no habría podido ser posible sin la fusión que el mismo estableció con el neoliberalismo. A continuación analizaremos el modo como se construyó esa ligazón y las características que asumió durante la década del noventa, fase crítica de expansión mundial del neoliberalismo.

3. La globalización neoliberal

El neoliberalismo es un modelo económico surgido en la posguerra como una reacción teórica y política contra el Estado de Bienestar (Anderson, 1997). Creado por Friedrich Hayek y Milton Friedman, comenzó a implementarse en 1973, durante el régimen dictatorial del General chileno Augusto Pinochet y en 1976, durante la dictadura militar argentina^{vi}. Unos años más tarde, fue instaurado por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. Luego de propagarse por el resto de Europa y toda Latinoamérica desde finales de la década del '80, a comienzos de la década siguiente se expandió a los ex países comunistas, adquiriendo una hegemonía a nivel mundial.

Para entender esta hegemonización debemos tener en cuenta que, a comienzos de la década del '80, los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher llevaron a cabo una “reorganización ideológica” que resultaría clave. En efecto, si anteriormente estos sectores habían apoyado a gobiernos dictatoriales para evitar el “peligro rojo”, su punto de partida actual consistía en conciliar los principios neoliberales con los valores democráticos. Según la nueva concepción, no podría haber democracia sin capitalismo, ya que los dos eran considerados intrínsecamente inseparables^{vii}. La valorización de los principios democráticos fue

acompañada, al mismo tiempo, por una “firme voluntad internacionalista” que impulsó la expansión mundial del proyecto de capitalismo democrático en clave neoliberal (Ezcurra, 1998). El resultado fue el esparcimiento del modelo en los países de Latinoamérica y en los ex países comunistas del este hacia finales de la década del '80 y comienzos de los '90.

En segundo término, la expansión mundial de la globalización neoliberal fue posible debido a que la crisis de la deuda, iniciada a comienzos de los '80, obligó a los países latinoamericanos a pedir préstamos a los organismos internacionales de crédito^{viii}. Los técnicos que formaban parte de esos organismos, principalmente del FMI, comenzaron a exigir la implementación de férreas políticas de estabilización macroeconómica, en especial en materia de presiones inflacionarias y de las cuentas fiscales y externas, y la realización de reformas de mercado. Estos ajustes y reformas estructurales, fuertemente alentados, como dijimos, por los sectores neoconservadores, apuntaban a una profunda reorganización del Estado y la sociedad orientada a través de políticas de privatización de empresas estatales, desregulación de los mercados internos, apertura radical de las economías al capital transnacional y contracción del gasto público social (Ezcurra, 1998).

A partir de allí, los teóricos del neoliberalismo comenzaron a referirse a la existencia de un proceso inevitable que sería denominado corrientemente como globalización. Este fenómeno, que en realidad tiene antecedentes que se remontan a los orígenes del capitalismo^{ix}, exigía el cumplimiento de determinadas “reglas” para formar parte del mismo. De esa tarea se ocuparon los técnicos de los organismos multilaterales y las grandes potencias mundiales, quienes afirmaban que, si los países menos desarrollados aplicaban sus “recetas”, esto es, si privatizaban las empresas estatales, desregulaban totalmente los mercados, reducían el gasto público, equilibraban las cuentas fiscales y flexibilizaban el empleo, lograrían la llegada masiva de inversiones. Esto permitiría a sus países “insertarse en el mundo”, acceder al crecimiento de sus economías y, mediante un efecto “derrame” basado en la “mano invisible” del mercado, generar un “desarrollo sustentable” que se distribuiría a todos los habitantes del planeta.

Esta imposición de “recetas”, también conocidas como “Consenso de Washington”, fue acompañada, además, por un discurso que aseguraba que la única respuesta posible ante la globalización era la sumisión pasiva como si se estuviera en presencia de un fenómeno inevitable como son las catástrofes naturales. Si se respetaba a las “fuerzas del mercado”, esta visión fundamentalista prometía que el crecimiento de la economía mundial sería más rápido y estable, y que los frutos del desarrollo se distribuirían entre todos los habitantes del planeta (Bauman, 2003). Como veremos a continuación, esta visión produjo importantes consecuencias políticas, económicas y sociales.

4. Las consecuencias estructurales de la globalización neoliberal

La aplicación del neoliberalismo a escala global generó importantes transformaciones en los campos político, económico y social. Para entender esta cuestión debemos tener en cuenta, en primer lugar, el pronunciado cambio experimentado en el mapa sociopolítico y económico que se llevó a cabo a partir de la década del '70 y principios de los '80. Esta descomunal redefinición de poder, causada por la liberalización económica y la flexibilización laboral, se tradujo en posiciones de poder alcanzadas por tres actores, los cuales hicieron valer no sólo sus intereses, sino también sus cosmovisiones generales. Esos actores fueron los líderes políticos pro-reformas, los grupos empresariales vinculados a este tipo de políticas, y los organismos multilaterales de crédito (Repetto, 1999: 150). A estos sectores debemos agregar el inmenso poder político y económico, y la influencia que esto significaba, de los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher, los más importantes países que defendían e intentaban expandir el modelo neoliberal.

Estos sectores, representados por un pequeño número de grandes empresas (las corporaciones transnacionales) y grandes países (el Grupo de los Ocho), se vieron enriquecidos en desmedro de una pauperización creciente de la mayoría de los países y la inmensa mayoría de las personas. En efecto, al tiempo que se beneficiaba a los sectores de mayor poder político y económico, el nuevo orden global debilitaba fuertemente a los sectores ligados a las industrias nacionales y a los sindicatos, principalmente a los obreros y, particularmente, a los obreros de los países subdesarrollados. En estos países, el incentivo a la privatización de las empresas públicas, la flexibilización laboral y la apertura irrestricta al capital transnacional de los productos fabricados en el Primer Mundo, generó un fuerte proceso de desindustrialización, acompañado por una reducción numérica, fragmentación y heterogeneidad de la clase obrera^x (Svampa, 2005). Mientras que en el campo económico esto se tradujo en un incremento descomunal del desempleo, la precarización laboral, la desigualdad y la pobreza^{xi} (Sader, 2003), en el campo social se tradujo en una pérdida de identificación entre un "nosotros" y un "ellos" (Lash, 1997a). Al mismo tiempo, esta pérdida de "solidaridad orgánica" ocasionó un declive del poder político de los sectores populares, principalmente en el ámbito sindical. Si bien surgieron otras identidades más localizadas que fomentaron un mayor pluralismo en los sectores izquierdistas hacia minorías raciales, étnicas, de género y sexuales, la implantación de las políticas neoliberales produjo un declive que terminaría por despolitizarlos. Esta despolitización, sin embargo, no sólo afectará a los sectores obreros, sino que incluirá también a gran parte de la sociedad, expresándose en un notorio declive a nivel planetario en el apoyo a los partidos, sindicatos y a la actividad política en general^{xii} (Roberts, 2002). Para entender esta cuestión, más allá de los cambios estructurales producidos por el neoliberalismo, debemos tener en cuenta también una serie de elementos que analizaremos a continuación.

5. Los efectos de despolitización del modelo

5.1. El hedonismo consumista

Durante la década del '90, momento de auge de la globalización neoliberal a escala mundial, a pesar de la magnitud de las reformas emprendidas, no surgirán discursos alternativos y consistentes al orden hegemónico. Para entender este éxito del discurso neoliberal debemos tener en cuenta, en primer lugar, el incentivo a la competitividad y al "sálvese quien pueda" exigido por el mercado y el auge del consumo de bienes materiales. En efecto, los teóricos del neoliberalismo han incentivado en la última década un creciente "darwinismo social". Este darwinismo, con su énfasis en la importancia del respeto a la individualidad frente al "Estado total" benefactor, ha terminado por promover la apatía hacia la política y el refugio en el "privatismo" (García Delgado, 1994). Sin embargo, esta "era del vacío", como la ha llamado Lipovetsky, no hubiera sido posible si no hubiera sido acompañado por un discurso que hace hincapié en la necesidad perentoria de consumir mercancías. Estas "letosas" (Lacan, 2006) se caracterizan por crear su propia demanda. Así, son vistas como una necesidad existencial que antepone como condición el "tener" al "ser". Estas "necesidades", creadas mediante la llamada "Sociedad de Consumo" para satisfacer las ganancias capitalistas, y disfrazadas de acceso a la "modernización" por el discurso dominante, han sido cruciales para entender la apatía reinante en nuestro país (y no sólo en el nuestro) durante los años '90. En efecto, principalmente a partir del Plan de Convertibilidad, nuestro país "logró" acceder, en un grado inédito, al consumo masivo de bienes producidos en el mercado. Así, la sobrevaluación cambiaria generará un auge de los créditos baratos y en cuotas para el consumo de automóviles, viviendas y electrodomésticos, la posibilidad de viajar al exterior para hacer turismo y la incorporación a bajos precios de tecnología importada (Fair, 2007). Este consumismo hedonista será utilizado por el entonces presidente Carlos Menem para legitimar su Gobierno. Así, dirá: "Volvió el crédito a la República Argentina. Yo siempre pongo como ejemplo el caso de que antes un trabajador necesitaba ocho sueldos, es decir, ocho meses de sueldo para comprar un televisor. Ahora lo puede comprar con un sólo sueldo y en cuotas de hasta 18 meses. En 1989 las fábricas de automóviles no superaban las 90.000 unidades por año; actualmente, estamos superando las 300.000 por año" (Discurso del 25/10/93, pp. 48-49). Del mismo modo, su Ministro de Economía, Domingo Cavallo, declaraba en una entrevista que "La gente ha podido comprar muchos más automóviles que los que compraba antes, muchísimas más familias han podido comprar un televisor extra, han podido viajar a distintos lugares de la Argentina o al exterior" (*Clarín*, 15/01/95, p. 3). Estos beneficios materiales o "habitus" (Bourdieu, 1991) le permitirán a Menem afirmar con júbilo que el nuevo orden implicaba para la Argentina la "inserción" en el "mundo moderno". En sus palabras: "Estamos abriendo y destrabando la economía, mediante una decisión política que también constituye un camino de integración y de inserción internacional (...). (Esto implica) acelerar nuestro proyecto de incorporación a los cambios mundiales" (Discurso del 07/06/91, pp. 166-167). En esas

circunstancias de consumo hedónico desenfrenado y “modernización”, no resulta difícil entender el efecto de legitimación “pasiva” de la sociedad hacia las políticas neoliberales.

5.2. La ideología “mecanicista”

Para entender la apatía e inacción social durante la década “infame” de los ‘90, debemos tener en cuenta, en segundo lugar, la importancia que tuvo la vigencia de una visión que podemos llamar “mecanicista” de la globalización. Esta visión entendía a la globalización como un fenómeno “natural” como es la lluvia, y creía, en ese sentido, que si nos atrevíamos a actuar, esto es, a modificar sus postulados, sobrevendría el “caos” (Coraggio, 1999; Aronskind, 2001). Vimos anteriormente que una de las características de la economía actual consiste en que los capitales circulan constantemente. Al hacerlo, pueden desestabilizar lo que podían parecer economías sólidas, como ocurrió en Asia (1997), y otras no tan sólidas, como las crisis en México (1994) y Brasil (1999). El sentimiento de constante riesgo se debe a que, desde la década del ‘90, asistimos a una economía basada en la especulación. Estos capitales son sumamente volátiles y veloces para desplazarse de un mercado a otro, con el consiguiente trastorno que ocasionan en las economías de los diferentes países afectados (Minsburg, 1999). El punto es que esta característica del orden mundial les sirvió a los teóricos de la globalización neoliberal como pretexto para afirmar que los Estados nacionales tenían que cumplir las “reglas” que imponía la globalización, es decir, tenían que implementar las políticas de ajuste y reforma estructural “recomendadas” por los organismos de crédito, ya que, si no lo hacían, se produciría una huída masiva de los capitales invertidos en el país que generaría un “caos” en la economía, con consecuencias catastróficas (Pucciarelli, 2002: 105).

En este sentido, se aducía que toda acción que se propusiera imponer un orden diferente al existente, sólo entorpecía el accionar, fluido y sabio, de la “mano invisible” y debía ser considerado una tarea peligrosa, condenada a arruinar y desarticular mucho más que a reparar o mejorar. Como ejemplo de esta lógica, podemos citar las declaraciones del presidente del Banco Mundial, quien señalaba que los ajustes “son inevitables, aunque sean dolorosos. Los países que han rehusado el ajuste sólo han logrado caer en situaciones aún peores”. En igual sentido, el titular del BID afirmaba que “no hay otra alternativa que hacer las cosas bien” (*Clarín*, 07/04/95, p. 21). Inscripto en esta misma lógica de la inevitabilidad, el presidente Menem afirmaba que “Nuestros países, individualmente, no pueden modificar ni un ápice de la realidad política económica-mundial, aunque esta nos afecta profundamente” (Discurso del 05/07/90). De esta manera, se reforzaba la idea de que nada podía hacerse para cambiar el estado de cosas y que, si se intentase cambiarlas, las consecuencias serían catastróficas. Como señala Bauman (2003), esta “ideología imposibilista”^{xiii}, con su disyuntiva “esto o el caos” resultaba muy efectiva, ya que las personas que se sienten inseguras sobre lo que puede deparar el futuro, no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exige una acción colectiva^{xiv}.

Así, durante la década del noventa se transformó en una realidad evidente de sentido común la creencia de que los individuos y los Estados eran impotentes frente a un poder que tomaba las decisiones fuera del ámbito de su control. Se decía, por entonces, que los Estados eran incapaces de regular la velocidad de movimiento de los capitales y de evitar las trágicas consecuencias que generaba el orden global. La consecuencia de esta visión será un incremento de la apatía y el desinterés hacia todo aquello que sea político, “naturalizando” la inexorabilidad y ausencia de alternativas al fenómeno.

5.3. “No hay alternativas”

En tercer lugar, resulta importante tener en cuenta la importancia ejercida por el “pensamiento único” que consideraba que “no hay alternativas” al modelo neoliberal. Debemos recordar que en 1989 sería derrumbado el Muro de Berlín y, dos años más tarde, se produciría la disolución definitiva del sistema socialista en la ex Unión Soviética (*Página 12*, 22/12/91). De este modo, la alternativa que durante tantos años había competido con el capitalismo mostraba su fracaso. En ese contexto, durante la década del '90 se decía que este no era sólo el mejor de los mundos posibles sino que era el único que hay. De ahí, la famosa frase de Francis Fukuyama de que habíamos llegado al “fin de la historia”. Esto significaba que, como se habían agotado las interpretaciones alternativas a la “democracia liberal”, se habría terminado con la lucha política-ideológica. En palabras de Fukuyama: “En la última generación, tanto los regímenes de izquierda como los de derecha han fracasado. Este derrumbe empezó en Europa con España, Portugal y Grecia. Luego, durante los años ochenta, se acabaron los regímenes militares de derecha latinoamericanos y, al final de la década, tuvimos la caída del comunismo. Todo esto parece indicar que hay un principio de legitimidad mundialmente reconocido en este momento, que es la democracia liberal” (Entrevista a Francis Fukuyama, en *Diario Página 12*, Suplemento “Primer Plano”, 08/09/91, pp. 2-3).

En sintonía con este “Pensamiento Único”, el Secretario del Tesoro de Estados Unidos expresaba que, frente al fracaso del Estado intervencionista, “no hay alternativa viable” a las reformas de mercado (*Clarín*, 28/09/93, p. 20). De un modo similar, pero refiriéndose ahora al caso argentino, el presidente Menem resaltará en varias oportunidades el “fracaso” del marxismo. En sus palabras, este sistema era “una pieza de museo” y ya “no tiene cabida en el mundo actual” (*Página 12*, 11/09/91, p. 4), ya que se trata de “doctrinas e ideologías ya superadas”^{xv} (Discurso del 16/07/92, p. 66). En ese contexto de fracaso tanto del comunismo como del Estado Benefactor, el discurso menemista planteaba una disyuntiva: por un lado, estaba la “modernización”, el “crecimiento” y el “progreso” contruidos a partir del mito neoliberal de la bondad reguladora del mercado. Por el otro, el rechazo de esta opción y el regreso nuevamente al “atraso”, la “decadencia”, la “involución” y la “frustración” de épocas anteriores (Fair, 2007). Así, por ejemplo, afirmará que “Hay una Argentina vieja, la del atraso, la de la involución, que se va, y una Argentina nueva, la del progreso, la del crecimiento, con una

nueva mentalidad que está naciendo (...) Es preferible trabajar constantemente por lo nuevo, que viene a desplazar definitivamente a lo viejo que se tiene que ir también definitivamente” (Discurso de 25/04/91, p. 90). Y también: “Quiero fundamentalmente que quede en claro esto: este cambio obedece a este proceso que está transformando en sus estructuras, desde sus cimientos, una Argentina vieja que se va y una Argentina nueva que está evidentemente naciendo y proyectándose al mundo como ya todos conocen” (Discurso del 16/01/91, p. 21).

Al ser representadas de esta manera las opciones, reafirmando la contraposición entre lo “viejo”, que había fracasado, y lo “nuevo”, la inserción al mundo moderno, se generaba un mecanismo psicológico que cerraba toda posibilidad de construir un proyecto alternativo al existente (Yannuzzi, 1995: 170). En efecto, como dirá en una oportunidad, “La Argentina se está insertando en el escenario mundial en base a políticas maduras. Consistentes. Sin pases mágicos. Sin excusas, que siempre buscan un problema para cada solución. Sabemos que el camino es duro. Pero sabemos que no hay otra alternativa” (Discurso del 14/10/91, p. 31). En esas circunstancias, no quedaba más opción que la resignación frente a la “realidad de los hechos”.

5.4. El mito de la “aldea global”

Finalmente, y relacionado con el punto anterior, debemos recordar la importancia, muchas veces desdeñada en la bibliografía, que tuvo la visión neoliberal del orden global, que era entendido, desde sus principales teóricos, como una “aldea global” en donde no existirían relaciones de poder ni antagonismos sociales entre los Estados (Borón, 1999). La caída del Muro de Berlín, con el consiguiente triunfo de la globalización y la “democracia liberal”, reforzaba, a su vez, esta creencia mítica de que se había llegado a una nueva etapa signada por el fin de las divisiones ideológicas y los antagonismos. En ese contexto, se asistía, según se decía, a una “sociedad planetaria”, a un mundo “cada vez más pequeño”, basado en la interdependencia, el progreso conjunto y la solidaridad universal. Así, por ejemplo, Menem decía que “En un tiempo en que caen los muros que separaban a los pueblos, no podemos más que celebrar estas nuevas tendencias que auguran un mundo más preocupado en construir que en destruir. Celebramos este mundo más inclinado a la cooperación que a la confrontación” (Discurso del 26/03/91, p. 52). Desde la visión de Menem, ahora Argentina se insertaba en un mundo global basado en la “integración”, el “progreso conjunto”, la “cooperación” y la “interdependencia”, en contraste con los “viejos nacionalismos” y las “fronteras divisorias” del pasado: “Vivimos, en nuestra región, una etapa de cambios profundos que progresa al compás de las grandes transformaciones que se están registrando en el mundo. En un mundo cada vez más interdependiente, más pequeño, que avanza inevitablemente hacia una sociedad planetaria. En ese mundo distinto, habrá cada vez menos espacio para los viejos nacionalismos, cada día más anacrónicos en su concepción estática de la historia” (Discurso del 11/10/89, pp. 110-111). En efecto, “Los grandes países han

comprendido que el nuevo orden internacional en gestación, tanto en lo político, como en lo económico, tecnológico y comercial, ya no puede funcionar basado en categorías perimidas. Dichas categorías, en definitiva, constituyen otra expresión más de un enfoque autoritario e impositivo. Observamos con satisfacción que la consulta y la cooperación, la búsqueda constante de áreas comunes de intereses en el ámbito internacional, se va convirtiendo gradualmente en el criterio rector. Esa es la vértebra en torno a la cual se construye el nuevo mundo plural, participativo, donde todos podamos recibir al siglo XXI con un espacio asegurado bajo el sol” (Discurso del 28/06/91, p. 208). Se trataba, en definitiva, de la presencia de una “aldea global”. En sus términos: “Ya no existen fronteras, como tampoco las hay en otras partes del mundo, ni tan siquiera en Europa, desgarrada por grandes conflictos bélicos. Poco a poco van desapareciendo las fronteras. Estamos, desde esta transformación de la República Argentina, asistiendo a la transformación del mundo: la aldea global ya está aquí” (Discurso del 07/07/93, p. 46). En ese contexto, es importante destacar que, a diferencia de lo que algunos trabajos plantean, la globalización (en su versión neoliberal) no implicaba la inserción de la Argentina al Primer Mundo^{xvi}, ya que en el discurso de Menem no hay conflictos y divisiones en el nuevo orden global. En efecto, desde la caída del comunismo, sólo existe un mundo. Valga, sino, estos ejemplos: “Asistimos a un mundo distinto, inimaginable tiempo atrás. La entonces llamada política de bloques es algo definitivamente del pasado (...). Del clima de la amenazadora Guerra Fría y de aquellos inflexibles bloques de dominación, hemos pasado a una incipiente distensión en el plano político (...). Nosotros entendemos al mundo como una unidad (...). Nuestra lucha común es pura, y no solamente por la sobrevivencia del mundo actual, sino por el ingreso a una vía clara de progreso social, económico y cultural (...). Queremos ser parte de un nuevo mundo. De un nuevo mundo, más justo, más libre, más soberano. Vale la pena recordarlo una vez más: existe tan sólo un mundo, no tres” (Discurso del 04/09/89, pp. 57-58 y 63). O también: “Es que el mundo es uno solo, si somos creación de Dios no podemos hacer diferencias ni de razas, ni de idiomas, ni del hombre como el principio y fin de todas las cosas en nuestro planeta (...). Gracias a Dios, como muy bien se dijo aquí, se acabó la Guerra Fría, se terminó esta división de bloques en el mundo para entender que hay un solo mundo (...)” (Discurso del 29/09/91, p. 234). De este modo, ya no podía hablarse de la existencia de un supuesto “Primer Mundo”, del mismo modo que tampoco podía hablarse sobre un supuesto “Tercer Mundo” contrapuesto a aquel. En palabras de Menem: “Pregunto, ¿Qué es el Tercer Mundo? Alguien que me explique. Es una entelequia, no es nada (...). Por favor, terminemos con esas pavadas. Aquí hay un solo mundo, y en ese mundo está la República Argentina y estará siempre” (Discurso del 15/09/92, p. 236).

Si bien nos hemos extendido un poco en este último punto, lo creímos necesario a los fines de nuestra tesis. En efecto, tal como acabamos de ver, y como lo hemos analizado en otro lugar (Fair, 2007), el discurso hegemónico de la globalización neoliberal no entendía al orden global en su división Primer Mundo-Tercer Mundo. Por el contrario, lo veía como un todo

orgánico. Se trataba, en ese sentido, de realizar el “fantasma del Uno” (Lacan, 2006). En otras palabras, de sustituir el deseo de unidad con el otro, de “formalizar el lazo social” (Álvarez, 2006), mediante la fantasía de que, tras el fin de la Guerra Fría, se asistía a un solo mundo integrado, un mundo Uno en el que desaparecían los antagonismos y los límites al goce del consumo.

El resultado de esta visión utópica, como no podrá ser de otra manera, será el reforzamiento del “pensamiento único”, transformado ahora en sentido común, lo que impedirá ver las consecuencias políticas, económicas y sociales que producía este nuevo orden, al tiempo que promoverá la apatía política y el conformismo (Borón, 1999).

6. A modo de conclusión

La llamada Teoría de la Modernización Reflexiva sostiene que en las últimas décadas asistimos al fin de las “ideologías del fatalismo” y a la consecuente “reinención de lo político”, lo que se relaciona con la presencia creciente de un “riesgo manufacturado”^{xvii}. Sin embargo, tal como hemos visto en este trabajo, durante la década del ‘90 más que una Modernización Reflexiva, predominó una “Modernización irreflexiva”, basada en ideas mecanicistas y deterministas que negaban, de esta manera, la contingencia de todo orden político. Esta teoría, actualmente en boga en el campo de la sociología, suele afirmar también que estamos en presencia de un mundo que está “más allá de la izquierda y la derecha” (Giddens, 1996) y en donde la autonomización del Estado Benefactor genera un “proceso de individuación” (Beck, 1996). De este modo, y en consonancia con la visión de la globalización como una “aldea global”, considera que las cuestiones de los derechos sociales son reemplazadas por cuestiones “predominantemente culturales” (Lash, 1997b: 165).

No obstante, como señala Laclau (1993 y 2005), todo orden social está constituido mediante un antagonismo que le es inherente. En este sentido, podemos decir que, con la excusa de una “liberación” de las estructuras del modelo industrialista, la teoría de la Modernización Reflexiva termina defendiendo un esquema individualista en el que los antagonismos constitutivos, es decir, lo propiamente político, son reducidos a la “pura administración” de cuestiones culturales (Mouffe, 1999 y 2005). La consecuencia de ello no puede ser otra que la despolitización social y el refugio en el ámbito privado.

7. Post scriptum

En los últimos años, la aplicación del neoliberalismo ha provocado un fuerte costo económico-social. Niveles de desempleos históricos, una pobreza alarmante, una desigualdad de riquezas y una precarización vergonzantes, han hecho emerger en los sectores más castigados de América Latina, e incluso en algunos de los países más avanzados, importantes sectores que se animan a cuestionar el discurso oficial ortodoxo. Así, desde el propio sistema excluyente han emergido “síntomas”, como los zapatistas en México y los piqueteros en

Argentina, los llamados “globalifóbicos” y liderazgos como los de Hugo Chávez, en Venezuela, y Evo Morales, en Bolivia, que han criticado la idea de una globalización determinista que estaría gobernada por las “inescrutables e invencibles fuerzas de la naturaleza”, para revalorizar la contingencia y la posibilidad de acción inherente a la política. Además, países como Argentina y Brasil han saldado sus deudas con el FMI, adquiriendo una mayor autonomía política.

Esta actual revalorización de la capacidad de “poder actuar”, de “iniciar un nuevo comienzo”, según decía Arendt (1996), es muy relevante ya que nos permite ir dejando de lado la visión naturalista o heterónoma de los fenómenos, que entiende a la política como subordinada al disciplinamiento impuesto por la economía, en pos de una visión constructivista que recupera su capacidad transformadora. En este sentido, todo indicaría que podemos ser optimistas y concluir que la hegemonía neoliberal ha llegado a su fin. Sin embargo, debemos ser muy cautelosos ya que, si bien se está revalorizando la acción política, entendida como la capacidad de modificar el estado de cosas vigente, muchos de los postulados de la globalización neoliberal, como la necesidad de reducir el gasto público social para disminuir el déficit fiscal, siguen siendo defendidos por algunos de los líderes latinoamericanos que han emergido. Por otra parte, continúan existiendo en estos países altos niveles de desempleo, pobreza y desigualdad, además de una redistribución regresiva de la riqueza. En cuanto a la sociedad civil, pese al incremento de las protestas, sigue vigente en ciertos sectores la creencia de una globalización en la que lo específicamente político, asociado al antagonismo, se encuentra ausente. Finalmente, se hace difícil organizar la acción colectiva cuando presenciamos altos niveles de atomización social y cuando el consumismo fomenta aún más el individualismo.

La reciente construcción de un polo ampliado del MERCOSUR que incluiría a Chávez, con su propuesta alternativa de generar un ALBA que integre a este bloque junto con el Pacto Andino, y la formación de un Banco del Sur que nuclea a los países latinoamericanos, parecen ir en la senda de una construcción de una verdadera “voluntad colectiva nacional y popular” contra-hegemónica. De todos modos, y a modo de advertencia, debemos tener en cuenta que ninguna lógica hegemónica, ninguna “emancipación”, será posible si no tenemos presente previamente que, como señala Slavoj Žižek: “La política no es el arte de lo posible. La gran política es siempre el arte de lo imposible, en el sentido de que se vuelven a trazar, se cambian las propias coordenadas”^{xviii}. En ese sentido, para que haya política debe haber previamente una reactivación que ponga en cuestión la obviedad de lo dado como posible por el discurso dominante. Sólo con esta desedimentación política de los postulados neoliberales, condición de posibilidad de toda deconstrucción “revolucionaria”, será posible la constitución de una hegemonía alternativa al orden imperante. El tiempo dirá si los espectros que emergen son sólo nubarrones en el sistema o si lo sólido se desvanecerá definitivamente en el aire.

NOTAS

ⁱ Este trabajo es una reformulación de una ponencia presentada en las VII Jornadas por los 50 años de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, bajo el título “¿Modernidad Reflexiva o Modernidad Irreflexiva. Un análisis centrado en la década del '90”, el 5 al 9 de Noviembre. ISBN N° 978-950-29-1013-0.

ⁱⁱ Magíster en Ciencias Sociales (FLACSO).
Email: herfair@hotmail.com

ⁱⁱⁱ Por modernidad entendemos los modos de vida u organización social que surgieron en Europa, principalmente Francia e Inglaterra, entre el siglo XVI (Berman, 1988; Lash, 1997a) y comienzos del siglo XVII (Giddens, 1993). Según Berman, podemos separar a la modernidad en tres fases. En una primera fase, que se extiende aproximadamente desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII, las personas comienzan a experimentar la vida moderna, aunque no se sienten parte de una nueva era. Con la Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII, comienza una segunda fase. En esta fase el público comparte la sensación de estar viviendo una época revolucionaria que afecta todas las dimensiones de la vida personal, política y social. Ello se expresa en la proliferación de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, vastas zonas industriales, un mayor crecimiento urbano y una ampliación de los medios de comunicación de masas (telegramas, telégrafos, teléfonos). Asimismo, se expanden los Estados, los movimientos sociales, la acumulación de capital de las empresas multinacionales y los mercados mundiales. En el siglo XX se origina una tercera fase. En esta fase el proceso de modernización se expande hasta abarcar prácticamente todo el planeta. Sin embargo, al mismo tiempo, la idea de modernidad pierde su capacidad de dar un significado a la vida de las personas (Berman, 1988: 1-3).

^{iv} Según Giddens, la modernidad se caracteriza por una serie de “discontinuidades” en relación a períodos anteriores: 1) Un creciente “ritmo de cambio”. Este se observa en los continuos descubrimientos tecnológicos y en los bruscos cambios en los últimos tres o cuatro siglos en la mayoría de las condiciones que existían previamente. 2) Discontinuidad en el “ámbito del cambio”: Las transformaciones sociales se extienden territorialmente hasta abarcar la totalidad mundial. 3) La “naturaleza intrínseca” de las instituciones modernas. En primer lugar, la vigencia de los Estados-Nación. En segundo lugar, la dependencia de la producción de fuentes inanimadas de energía. Por último, la mercantilización de los productos y del trabajo asalariado (véase Giddens, 1993: 17-19 y ss.).

^v Los cambios de origen tecnológico y económico tienen como punto de referencia la crisis del dólar en 1971 y la del petróleo en 1973. Esta última volvió prioritario utilizar materiales sintéticos para reemplazar a las materias primas estratégicas y buscar formas de producción que insumieran menos energía. El nuevo paradigma tecnológico se conformó en torno a la microelectrónica y posibilitó el abaratamiento de la información. El resultado fue que las nuevas formas de producción requerían más información y menos contenido de energía, materiales y mano de obra (cfr. García Delgado, 1998: 25).

^{vi} Esto no impidió, sin embargo, que no lo hiciera sin contradicciones, producto del veto del sector militar. En efecto, los militares no veían con agrado la reducción del papel interventor del Estado ni las consecuencias, principalmente en relación a la desocupación, aunque también a nivel desindustrialización, que ese modelo traía aparejado. Al respecto, véanse, entre otros, Canitrot (1981) y Schvarzer (1986).

^{vii} Este cambio de visión fue originado tras el triunfo antisomocista en Nicaragua. A partir de ese momento se comenzó a considerar que los autoritarismos deslegitimaban a los gobiernos y el respaldo popular y beneficiaban a la “subversión”, que podía construir amplias coaliciones en

torno a reivindicaciones democráticas. De allí se derivó que las dictaduras constituyan un “boomerang” (cfr. Ezcurra, 1998: 46-47).

viii Muchos de estos países se habían endeudado a partir de la década del '70, situación producida por el fácil acceso a los créditos blandos que inundaron el mercado interno de la mano de los llamados “petrodólares” (García Delgado, 1998: 25).

ix La cuestión acerca de los orígenes de este fenómeno es un tema fuertemente controvertido. Sintéticamente, podemos diferenciar dos posturas generales. Por un lado, están aquellos que dicen que la globalización ya existía en períodos anteriores. Según esta corriente, ya hace 150 años, Marx y Engels, habrían predicho el fenómeno (cfr. Gambina, 1999: 77; Borón, 1999: 220; Forte, 2003: 34). Esta corriente habría sido continuada por el líder comunista Lenin, para quien la expansión mundial toma el nombre de Imperialismo. Para aquel, lo que conocemos como globalización existió desde el nacimiento del capitalismo debido a que el capital históricamente buscó expandirse hacia otros mercados (Gambina, 1999: 77). Desde una perspectiva de origen marxista, Immanuel Wallerstein elaboró hace unas tres décadas una nueva teoría. Según él, la “economía mundial”, esto es, las “conexiones económicas extensivas geográficamente”, existieron anteriormente al capitalismo, sólo que eran diferentes a las de los tiempos modernos. Las anteriores economías mundiales estaban basadas en relaciones comerciales que sólo se limitaban a algunas regiones de los Estados imperiales grandes. Pero, con la llegada del capitalismo, se alcanza, por primera vez, un orden “auténticamente” mundial en su alcance (citado en Giddens, 1993: 71). Siguiendo esta tesis, algunos autores actuales sitúan el comienzo de la globalización a partir del descubrimiento y colonización de América y concuerdan que la expansión mundial es inherente al capitalismo (Minsburg, 1999: 19). Estos autores coinciden con sus antecesores marxistas en que el capital busca expandir sus mercados para acumular ganancias. Pero, adaptando la teoría a los tiempos actuales, consideran que la globalización consiste en una ideología propagada por los sectores neoliberales con el objeto de dismantelar los Estados de Bienestar. En este sentido, a diferencia de Marx y Lenin, no abogan por destruir el capitalismo, sino por reconstruir el Estado. Por otro lado, están aquellos que creen que el fenómeno actual no tiene precedentes en la historia. Estos pensadores analizan los efectos de la globalización y afirman que los Estados están perdiendo, de una manera inevitable, gran parte de su soberanía y su capacidad de influir en los acontecimientos mundiales. Además, dan cuenta de un período de expansión comercial como nunca antes (Giddens, 2000: 21). Esta línea de pensamiento, que se origina en el campo de las relaciones internacionales, afirma que, en su nacimiento, los Estados soberanos ejercían el control administrativo de sus fronteras. Pero que, a medida que el sistema de Estados fue madurando, las pautas de interdependencia entre los Estados fueron desarrollándose hasta ser cada vez más interdependientes entre sí y con las organizaciones intergubernamentales. Además, asegura que los Estados están perdiendo progresivamente su soberanía y, en algunos casos extremos, llega incluso a afirmar que nos dirigimos hacia un “Estado mundial” (la llamada “Aldea global”) (cfr. Giddens, 1993: 69).

x Para un análisis de los cambios producidos en la estratificación social en nuestro país, véanse, entre otros, Torrado (1994) y Villarreal (1996).

xi Para un análisis de las transformaciones en la estructura económica en nuestro país durante la década del '90, véanse, entre otros, Thwaites Rey (2002) y Basualdo (2006).

xii Varias encuestas revelan el fuerte desconformismo con las instituciones y con la propia política en amplios sectores de la población. Así, una encuesta realizada por Gallup y la BBC entre 50.000 personas de 68 países, devela que, a escala mundial, sólo el 13% de la gente confía en los políticos. Ese porcentaje cae a un mínimo de 4% en América Latina (Diario *Clarín*, 17/09/05). Este fenómeno, que algunos han denominado la crisis de representación política, ha sido particularmente fuerte en nuestro país. Para un análisis cualitativo de este proceso de desafección política centrado el caso argentino, véase Cheresky y Blanquer (2003).

^{xiii} La ideología imposibilista hace referencia a “un discurso conservador, inmovilista, articulado a la reproducción de lo ya existente, receptor pasivo y acrítico de las innumerables restricciones que presenta la realidad actual y justificador de la inanición, derivada del reconocimiento del margen casi nulo que hoy existe para construir cursos de acción alternativos y proyectos que, por ser diferentes, devienen en proyectos imposibles” (Pucciarelli, 2002, op. cit., p. 97).

^{xiv} Los sectores dominantes, representados por el FMI, el Banco Mundial y el sistema bancario globalizado, lograron imponer una “política económica de la incertidumbre” que “torna innecesarios los costosos instrumentos de disciplina basados en la ley, la censura y la vigilancia panóptica, instrumentos que son reemplazados por la barata, aunque muy eficaz, incapacidad de actuar de manera concertada de los individuos privatizados e inseguros” (Bauman, 2003, op. cit., p. 183).

^{xv} En palabras de Menem, “el discurso del Comandante Castro es el que yo decía 40 años atrás. No va más, no tiene cabida en el mundo actual” (Diario *Ámbito Financiero*, 23/07/91, p. 12).

^{xvi} Así, Martucelli y Svampa se refieren al “interiorizado mito de la Argentina como “primer mundo”, que el Gobierno ha alimentado desde su arribo al poder” (Martucelli y Svampa, 1997, op. cit., p. 40). En la misma línea, véase también Gambina y Campione (2002: 25), entre otros.

^{xvii} Al respecto, véanse Beck (1996) y Giddens (1995 y 1996).

^{xviii} Entrevista a Slavoj Žižek en Diario *Clarín*, Suplemento “Ñ”, 15 de mayo de 2004.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, Alicia (2006): *La teoría de los discursos de Jacques Lacan. La formalización del lazo social*, Letra Viva, Bs. As.

ANDERSON, Perry (1997): “Neoliberalismo: balance provisorio”, en Sader, Emir y Gentili, Pablo (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

ARENDT, Hanna (1996): *La condición humana*, ed. Paidós, Barcelona.

ARONSKIND, Ricardo (2001): “Globalización en Argentina, o la voluntad soberana de subdesarrollarse”, en Revista *Época*, año 3, N°3, Bs. As.

BECK, Ulrich (1996): “Teoría de la Modernización Reflexiva”, en Beriain, José (comp.), *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*, ed. Anthropos, Barcelona.

BASUALDO, Eduardo (2006): *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, ed. Siglo XXI-FLACSO, Bs. As.

BAUMAN, Zigmunt (2003): *En busca de la política*, ed. FCE, Bs. As.

BERMAN, Marshall (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, ed. Siglo XXI, Madrid.

BORÓN, Atilio (1999): "Pensamiento único" y resignación política: los límites de una falsa coartada", en Borón, Atilio, Gambina, Julio y Minsburg, Naum (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, ed. CLACSO, Bs. As.

BOURDIEU, Pierre (1991): *El sentido práctico*, ed. Taurus, Madrid.

CANITROT, Adolfo (1981): "Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981", en Revista *Desarrollo económico*, N°82, Vol. 21 (julio-sept.).

CAVAROZZI, Marcelo (1997): *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, ed. Ariel, Bs. As.

CHERESKY, Isidoro y BLANQUER, Jean Marie (2003): *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, ed. Homo Sapiens, Rosario.

CORAGGIO, José Luis (1999): "¿Es posible pensar alternativas a la política social neoliberal?", en Revista *Nueva Sociedad*, N° 164, Bs. As.

EZCURRA, Ana María (1998): *¿Qué es el neoliberalismo? Evolución y límites de un modelo excluyente*, ed. Ideas, Bs. As.

FAIR, Hernán (2007): *Identidades y representación. El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista (1991-1995)*, Tesis de Maestría para aplicar al grado de Maestro en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

FORTE, Miguel Ángel (2003): "Globalización: un clásico de la modernidad", en Reigadas, Marcela y Cullen, Carlos (comps.), *Globalización y nuevas ciudadanías*, ed. Suárez, Bs. As.

GAMBINA, Julio (1999): "La crisis y su impacto en el empleo", en *Tiempos violentos...*, op. cit.

GAMBINA, Julio y CAMPIONE, Daniel (2002): *Los años de Menem. Cirugía mayor*, ed. Centro Cultural de la Cooperación, Bs. As.

GARCÍA DELGADO, Daniel (1994): *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mimeo.

GARCÍA DELGADO, Daniel (1998): *Estado Nación y globalización*, s/d, Bs. As.

GIDDENS, Anthony (1993): *Consecuencias de la modernidad*, ed. Alianza, Madrid.

GIDDENS, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad*, ed. Amorrortu, Bs. As.

GIDDENS, Anthony (1996): *Mas allá de la izquierda y la derecha*, ed. Cátedra, Madrid.

GIDDENS, Anthony (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, ed. Taurus, Madrid.

LACAN, Jacques (2006): *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, ed. Paidós, Bs. As.

LACLAU, Ernesto (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, ed. Nueva Visión, Bs. As.

LACLAU, Ernesto (2005): *La Razón populista*, ed. FCE, Bs. As.

LASH, Scott (1997a): "La Reflexividad y sus Dobles: estructura, estética, comunidad", en Beck, Ulrich, Giddens, Anthony y Lash, Scott, *Modernización Reflexiva*, ed. Alianza, Madrid.

LASH, Scott (1997b): *Sociología del posmodernismo*, ed. Amorrortu, Bs. As.

MARTUCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1997): *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, ed. Losada, Bs. As.

MINSBURG, Naum (1999): "Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial", en *Tiempos violentos...*, op. cit.

MOUFFE, Chantal (1999): *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, ed. Paidós, Bs. As.

MOUFFE, Chantal (2005): "Política y pasiones: las apuestas de la democracia", en Arfuch, Leonor (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, ed. Paidós, Bs. As.

PUCCIARELLI, Alfredo (2002): *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*, ed. Libros del Rojas, Bs. As.

REPETTO, Fabián (1999): "Transformaciones de la política social y su relación con la legitimidad: notas sobre América Latina en los 90s", en Revista *POSTData*, N°5, Bs. As.

ROBERTS, Keneth (2002): "El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana", en Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan Manuel (comps.), *El asedio de la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, ed. Homo Sapiens, Bs. As.

SADER, Emir et. al. (comp.) (2001): *El ajuste estructural en América Latina. Costos sociales y alternativas*, ed. CLACSO, Bs. As.

SCHVARZER, Jorge (1986): *La política económica de Martínez de Hoz*, ed. Hyspamérica, Bs. As.

SVAMPA, Maristella (2005): *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, ed. Taurus, Bs. As.

THWAITES REY, Mabel (2002): *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en la Argentina*, ed. EUDEBA, Bs. As.

TORRADO, Susana (1994): *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, ed. De la Flor, Bs. As.

VILLARREAL, Juan Manuel (1996): *La exclusión social*, ed. Norma-FLACSO, Bs. As.

YANNUZZI, María de los Ángeles (1995): *La modernización conservadora. El peronismo de los '90*, ed. Fundación Ross, Rosario.

FUENTES

Diario *Clarín*

Diario *Página 12*

Discursos oficiales del presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, Dirección General de Difusión, Secretaría de Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación, República Argentina (varios tomos).

Alteridad y cultura: “Ninguna mujer nace para puta”

María Renata Piola¹

*“(…) Puta. Prostituta. Trabajadora sexual. Dama de compañía.
Y tantos otros adjetivos que le pones vos.
Todos esos... Todo sobre un mismo cuerpo, todo sobre una misma subjetividad.
Por eso yo hoy quiero charlar contigo, quiero reflexionar contigo, porque lo sé, lo siento, lo vivo
y lo padezco...
Por eso digo y lo sostengo: la prostitución no es sólo problema de las putas y las travestis, la
prostitución es tema de todas y de todos.
Nosotras comenzamos a apropiarnos de nuestro cuerpo. Algunas.
Comenzamos a apropiarnos de la palabra...
Y comenzamos a apropiarnos del decidir. Algunas.
Y diablos que no es poco eso (...).”²*

Resumen

El presente artículo aborda el asunto de la alteridad que representan las mujeres al interior de la cultura y de manera más radical, aquellas mujeres que tienen como modo de sustento el comercio de servicios sexuales. Creemos que es en las llamadas “prostitutas”, “trabajadoras sexuales” o “putas”, en quienes se descarga lo más rancio de la doble moral patriarcal, la misoginia que la sustenta y la exacerbación que el capitalismo hace de la posibilidad de convertirlo todo en mercancía.

Procuraremos, en primera instancia, dar cuenta de las distintas formas en que la otredad ha sido pensada teóricamente. A la luz de este marco de referencia ligado a la alteridad humana, y a los aportes brindados por el feminismo, nos adentraremos en la problemática que tiene en el centro las consecuencias políticas que se derivan de las diferencias sexuales. Revisaremos el lugar complejo ocupado por las mujeres que ejercen la prostitución en nuestra sociedad, así como las formas de resistencia a través de las cuales buscan poner en debate a la prostitución como un asunto que involucra a toda la sociedad. Nos ha interesado el modo particular de ocupar el espacio de la cultura por parte de las mujeres en situación de prostitución que integran la Asociación AMMAR Capital, a través de la muestra “Ninguna mujer nace para puta”.

¹ Lic. en Comunicación Social UNCuyo
Becaria de Postgrado de CONICET
Alumna del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA
Unidad de Sociedad, Política y Género
INCIHUSA – Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales-
Cricyt- Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
Mendoza
Email: renata_piola@yahoo.com.ar

² Parte del Manifiesto leído en abril de 2006 por Sonia Sánchez, entonces dirigente de AMMAR Capital, en la presentación ante el público en el Hotel BAWEN de la Ciudad de Buenos Aires de la muestra “Ninguna mujer nace para puta”. AMMAR Capital fue un brazo que se abrió de otra organización: AMMAR (Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina). La ruptura se produjo porque se dividieron las posiciones en relación a la consideración del propio ejercicio de su actividad. Mientras AMMAR sostenía su condición de “trabajadoras sexuales” y defendía la sindicalización y la pertenencia a ATE (Asociación de Trabajadores del Estado); las mujeres que integraron AMMAR Capital prefirieron nombrar su situación, no como un trabajo, sino como una instancia o una situación a superar, ligada a su condición de mujeres pobres, marginadas, y es por esto que se denominan a sí mismas como “mujeres en situación de prostitución”. Si bien lograron mantener la sigla, actualmente AMMAR Capital es el nombre de la Asociación de Mujeres en Lucha por los Derechos Humanos.

Allí se conjugan arte y acción política, en la convicción de que las leyes no son instrumento suficiente para revertir costumbres arraigadas y naturalizadas por siglos. De allí el interés en su análisis.

Palabras Clave: Alteridad – Prostitución – Género – Cultura

Abstract

This report is about the "otherness" sensation that affects women in general at the inside of our culture; but this affection becomes more radical in the case of those women who get their cash payments from their sexual services. We think that the heart of some patriarchal double morals fall on these women known as "prostitutes"; they are the special victims of misogyny and the target of capitalism, with its particular tendency to consider every thing or person as a merchandise. At first, we'll try to account the different ways in which this otherness has been theoretically thought. In this frame of reference, connected with human otherness, and considering the important contribution made by the feminist movement, we'll try to take in account the topic of the political consequences that derive from sexual differences. We'll review the complex place that is occupied in our society by those women that work as prostitutes, as also the resistant actions they do, looking for the whole society's involvement with the question of prostitution. We are specially interested in the analysis of the particular way these sexual worker women have organized themselves in AMMAR (Women in Struggle For Human Rights Association) and have occupied the cultural areas in our more important cities with their installation: "No woman is born for prostitution ". There they combine art with political action, having the strong conviction that law isn't enough to change deeply rooted customs seen as "natural" during centuries. That's why we're interested in its analysis.

Keywords: Otherness – Prostitution – Gender - Culture

Introducción

La cuestión de la alteridad humana es un asunto que ha merecido extensos debates y cuya relevancia es difícilmente cuestionada. Es que un inmemorial afán clasificatorio destinado a eliminar posibles confusiones respecto de los lugares a ocupar por los sujetos, atraviesa las diferentes culturas, territorios, sociedades, grupos humanos. Como una imperiosa necesidad que revelan los grupos sociales dominantes, de no ser confundidos con el otro.

Tomaremos para el presente trabajo, la otredad que representan las mujeres al interior de la sociedad en general, y entre estas, las que ejercen la prostitución, partiendo de la hipótesis de que al interior de la actividad del comercio de servicios sexuales, se encuentra el núcleo duro del sistema patriarcal, de una cultura machista que tiene a los varones en más y a las mujeres en menos.

Bajo múltiples formas, con variados rostros y poniendo el eje en cualesquiera que sean las diferencias que se pongan bajo la lupa, la intolerancia y la discriminación que derivan de la asimilación de lo otro con lo inferior, lo degradado y merecedor de desprecio, resulta uno de los aspectos más visibles de este asunto.

Qué cosa sea la que determine la alteridad, pues en el caso de la xenofobia, es el hecho de ser extranjero, en el caso del heterosexismo, el ser homosexual, en el caso del racismo el ser negro, o judío, en el caso del sexismo (que deriva de la organización social

patriarcal) el ser mujer. En relación a esto, quizás el mayor problema que presenta el hecho de ser considerado otro u otra por cierto grupo, no sea tanto ser merecedor/a de tal consideración, como el pretender los mismos derechos, aspirar a gozar del mismo patrimonio cultural, social y material que ese nosotros que se plantea a sí mismo como el modelo de humanidad. No habría inconveniente alguno en el sólo hecho de ser negra, judío, homosexual o india si se ocupara obedientemente la condición de subalternidad asignada dentro de la sociedad. Pero la historia no está hecha sólo de aceptaciones pasivas del poder del dominador, sino también de conflictos y, tanto sumisión como rebeldía han sido el anverso y el reverso de las respuestas dadas por los grupos oprimidos.

Dentro del sistema patriarcal que oprime a las mujeres, las prostitutas se presentan como una otredad radical: la que se deriva de la “cosificación” ligada a la venta comercial de su propio cuerpo. En las llamadas “prostitutas”, “trabajadoras sexuales” o “putas”, se descarga lo más rancio de la doble moral patriarcal, la misoginia que la sustenta y la exacerbación que el capitalismo hace de la posibilidad de convertirlo todo en mercancía.

Este artículo está organizado en función de tres ejes. El primero destinado a dar cuenta de las distintas formas en que la otredad ha sido pensada teóricamente. Un segundo eje abordará la problemática que tiene en el centro las consecuencias políticas que se derivan de las diferencias sexuales, es decir, la pregunta por el lugar subordinado de las mujeres dentro de la sociedad. Y dentro de este lugar subalterno, en el cual se opera una división de las mujeres entre esposas y putas, centraremos el interés en la posición que ocupan las mujeres que ejercen la prostitución. Como expresáramos líneas arriba, lo cierto es que los sujetos no siempre aceptan en forma acrítica y sumisa sus lugares depreciados y el caso del colectivo de las mujeres que ejercen la prostitución es uno de los ejemplos en que la respuesta a la opresión ha sido y es la resistencia. Es por ello que indagaremos en las estrategias que despliegan estas mujeres, dentro de una lucha política activa por derribar el estigma que las segrega de la sociedad. Tomaremos como caso paradigmático el de las mujeres de AMMAR Capital, y el trabajo planteado a partir de la muestra “Ninguna mujer nace para puta”.

La alteridad como problema teórico. Algunas categorías analíticas para comprender la noción de otredad radical

El problema de la otredad requiere en primer lugar una inicial aclaración acerca del carácter no unívoco del fenómeno. Plantea Margulis (1999) que esto se debe a la variedad de sujetos que en el transcurso de la historia han sido víctimas de procesos estigmatizantes y discriminatorios. Pero, también, a la ambigüedad y el variado alcance del lenguaje alusivo a estos fenómenos. Asimismo, se puede señalar que la diversidad en que la otredad podría desagregarse, tiene que ver con los distintos aspectos de lo social que intervienen en su gestación y desarrollo histórico, que son tanto de índole cultural, como económico y social y que habitualmente evolucionan de manera interrelacionada y difícil de separar (Margulis y Belvedere, 1999: 42). Aunque podemos afirmar que en las palabras racismo, etnocentrismo y

sexismo se condensa gran parte de aquello que da origen a las múltiples variaciones que presentan los fenómenos de segregación y discriminación, que frecuentemente son el correlato de la cuestión del/a Otro/a.

La cuestión del otro no es otra cosa que la consideración de inferioridad que soportan todos aquellos hombres y mujeres, que en esta sociedad de profundas raíces eurocéntricas, portan en sus cuerpos y en sus pieles rasgos mestizos (Margulis y Belvedere, 1999). Podemos decir que esta consideración que infravalora a las personas que en su corporalidad llevan las marcas de ascendencia no europea, no opera de manera explícita a través de normativas discriminatorias o segregacionistas pero sí en cambio circula de manera más o menos solapada en la discursividad social³.

Irving Goffman ha advertido que esta construcción del “diferente” -que genera un profundo efecto desacreditador sobre su persona- actúa a partir de diversos mecanismos de estigmatización, a través de los cuales se construye una “teoría del estigma”, capaz de explicar la inferioridad y dar cuenta del peligro que representa el grupo o persona que posee tal “atributo”, racionalizando así una animosidad que se basa en las diferencias (Goffman, 1963).

El autor señala que la diferencia entre una persona normal y una estigmatizada es una cuestión de perspectiva: el estigma, así como la belleza, está en los ojos del que observa. Una etiqueta que puede pegarse a la piel y fundirse en ella para siempre. Plantea además, que en la búsqueda del origen de esta palabra descubre que para los griegos eran marcas y cicatrices en el cuerpo de un individuo, cortes y quemaduras que alertaban sobre su condición negativa (que devenía en un determinado status moral: esclavos, criminales y traidores) en virtud de la cual debían evitar los lugares públicos.

Margulis por su parte plantea que el modelo de pensamiento acostumbrado a emplear estereotipos y prejuicios, es apegado al autoritarismo y a gruesas fallas en el razonamiento. Un pensamiento que no se maneja con personas, cada una con su historia, sus características, sus defectos o virtudes, su performance particular, sino con categorías preestablecidas que definen *a priori* las cualidades de aquellos que las integran. Y esto, porque “están instaladas en nuestra cultura clasificaciones jerarquizadas, enquistadas en las construcciones históricas del sentido, que descalifican a la población de origen mestizo, incluyendo a los que provienen de la inmigración de las provincias o de países limítrofes” (Margulis y Belvedere, 1999: 38). El autor, en su investigación enumera: peruanos, bolivianos y paraguayos, y en general, “villeros”; pero sin duda tales ideas acerca del “pensamiento autoritario” pueden ser aplicadas en relación a la situación de estigmatización que viven personas que profesan el culto musulmán o judío en un país de hegemonía católica; o la que soportan gays, lesbianas, travestis, prostitutas o mujeres en general.

³ Señala Margulis que el racismo subsiste a pesar de que el de la raza no es un argumento plausible de defender en la actualidad. Desde ninguna teoría científica puede sostenerse la existencia de razas, es decir, de genealogías corporales inmaculadas y de otras impuras que influirían en la psicología, la cultura, y en general en el comportamiento de ciertos grupos humanos (Margulis y Belvedere: 1999)

Es que a lo largo de la historia son múltiples los rostros que ha adquirido el fenómeno de construcción de un “otro”, en general ajeno y peligroso, a quien se considera justo someter, buscando las justificaciones necesarias para esto en diferentes raíces.

La pregunta que nos formulamos en este punto, en relación a la cuestión de cómo se ha trabajado históricamente la cuestión del otro (en nuestro caso, nos centraremos en “las otras”), es de qué manera se construye, a través de qué mecanismos. Como primera respuesta arriesgaremos que se pueden distinguir al menos dos lugares fundamentales desde donde estructurar y definir a ese otro: la teoría del lenguaje, por un lado, y desde los aportes de las teorías de la cultura, por el otro. A autores como Margulis (cuyos aportes preceden estas líneas), Todorov y Eribón, añadimos debido a la especificidad de este trabajo autores/as como Simone de Beauvoir, Rossana Rossanda, Victoria Sendón de León, Mabel Bellucci y Flavio Rapisardi, Juan Carlos Volnovich, Gayle Rubin y Ana María Fernández.

En cuanto a la posibilidad de situar históricamente una raíz del racismo, del sexismo, y el resto de fenómenos de, llámese exclusión, marginación, estigmatización, segregación, etc., podemos afirmar que el hito importante que marca en nuestro continente americano aquello que Margulis define como *procesos de racialización de las relaciones de clase* (Margulis y Belvedere, 1999: 38), es decir, la constatación de que mientras más se desciende en las capas de nuestra sociedad, mayor es la coloración de las pieles de quienes las conforman, puede fecharse en 1492. Desde una posición profundamente etnocéntrica, es entonces donde las ideas racistas, se entrelazan con las colonialistas, en pleno vigor en aquel momento, y ambas se presentan atravesadas por un fenómeno cuyo origen resulta más complejo de ubicar en el tiempo: el sexismo.

Partiendo de un punto de vista situado en la teoría del lenguaje, Tzvetan Todorov, en *La conquista de América. El problema del otro*, explica a través de qué mecanismos se logró invertir la relación lógica que indica que quienes llegaron desde fuera a conquistar el territorio deberían haber sido considerados “los otros” y no los habitantes originarios de América. Tal es la importancia asignada por el autor al lenguaje, que incluso señala a los usos diferentes que realizan ambas sociedades como una de las claves de la derrota y el sometimiento de los indios. La palabra para los indios servía fundamentalmente para comunicarse con los dioses. De ahí su uso ritual, como repetición y profecía. En cambio, para los conquistadores, el lenguaje servía para la comunicación interpersonal, y fue usado como una herramienta que les permitía tanto la improvisación como la mentira y –merced a ambas capacidades- la manipulación del otro (Todorov, 1987: 87).

Resulta claro entonces que es a partir del arribo de Colón a tierras americanas que se inicia el problema del Otro. Para Todorov, el navegante, es una figura privilegiada para observar los valores de época que operaron como la trama que permitió la construcción de los indios como radicalmente otros. El año en que Colón llega por primera vez a América coincide

con la expulsión del otro interior, los judíos y los moros en la última batalla de Granada, a la vez que se produce el encuentro con un otro exterior, los indios.

Si bien a lo largo del desarrollo del trabajo nos centraremos en un tipo de otredad que se encuentra en el interior mismo de la sociedad – las mujeres, y dentro de ellas las prostitutas- tomaremos algunas de las elaboraciones conceptuales que Todorov plantea respecto de una otredad exterior -la que significó para el imaginario de la sociedad española (europea) el pueblo indio-, ya que nos servirán para trazar algunos puentes con el presente. Una actualidad donde el racismo, aunque despojado de su espesor histórico, sigue operando a sus anchas una naturalización de la opresión en función de rasgos corporales.

En este sentido, resulta no ser una digresión respecto de dónde pondremos el foco, ya que la estructura del racismo y la del sexismo tienen importantes semejanzas, salvo que en este último fenómeno, no se plantea una necesidad de expulsión del grupo considerado inferior. Lo que se da, en cambio, en el seno del sexismo es una profunda estructura ambivalente, que no atina si a odiar o amar a las mujeres y por eso se resuelve realizando una división clasificatoria entre madres y esposas puras y manchadas putas.

El autor señala que los conquistadores se movieron entre dos posiciones o dos actitudes frente al colonizado: o bien los nativos eran vistos “como seres humanos completos que tienen los mismos derechos que ellos, pero que entonces no sólo fueron considerados como iguales, sino como idénticos. Esta visión del otro desemboca en el **asimilacionismo**”, es decir, en la proyección de los propios valores sobre los demás. La otra posibilidad es que sean vistos como **diferentes**, **diferencia** que se traduce inmediatamente en términos de superioridad e inferioridad. Se trata de figuras que descansan en “la identificación de los propios valores con los valores en general; del propio yo con el universo en la convicción de que el mundo es uno” (Todorov, 1987: 50).

En el proceso de la conquista se da, además, una perfecta articulación entre racismo y sexismo, pues el argumento que sirve para establecer la otredad, como inferioridad de los indios es, además de su colindancia con la animalidad por su color y sus rasgos, su semejanza con las mujeres, por ser lampiños, débiles y cobardes. Moctezuma mismo, según los conquistadores, se entregó como una mujer. En palabras de Todorov: “las mujeres indias son mujeres, o indios al cuadrado: con eso se vuelven objeto de una doble violación” (Todorov, 1987: 57)

Lo que además se muestra revelador del vínculo establecido con el otro es el señalamiento de que “Colón ha descubierto América, pero no a los americanos”. La paradoja de que Colón esté asociado a dos mitos tan contradictorios: aquel en que el otro es un “buen salvaje” (visto de lejos) y aquel en que es un “pobre perro”, esclavo en potencia, se debe a que los dos descansan en una base común, que es el desconocimiento de los indios y la negación a admitirlos como un sujeto que tiene los mismos derechos que uno mismo, pero que es diferente (Todorov, 1987: 57). Y esto se muestra de gran utilidad para pensar cuál es la forma

que en general prima en la relación que el nosotros establece con los otros/ as: la del **desconocimiento**, seguido de presuposiciones y proyecciones que el yo realiza sobre la identidad del otro. Queda claro que el mecanismo, en cualquier caso, consiste en una especie de superposición de mapa del mundo o de cosmogonía con el del otro, seguida por la inmediata traducción de la no coincidencia como inferioridad.

Es preciso aquí señalar que es esta relación de desconocimiento la que ha marcado la construcción de las mujeres, ese “**continente negro**”, como las otras de la cultura.

Las otras: las mujeres dentro de la sociedad

Nos preguntamos inicialmente ¿En qué sentido las mujeres son las otras, lo otro de la cultura?

Habitar un mundo que ha sido construido y pensado por varones, dentro del cual las mujeres fueron excluidas de toda una amplia esfera, la de las decisiones respecto del destino de la sociedad, la del terreno de lo público, de la política, del poder, un mundo en el que las mujeres ocuparon el lugar subordinado de lo privado, de la afectividad y la reproducción de la vida, sin duda las convierte en las “otras”.

En un texto fundacional para el feminismo, *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, la autora señala: puesto que los varones han ocupado el centro, las mujeres se determinan con relación a los hombres y no estos con relación a ellas, “la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro” (de Beauvoir; 1999 (1949): 18). Incluso Emmanuel Levinas, que pasa por el teórico de la alteridad, es señalado por de Beauvoir como portador de una mirada androcéntrica y patriarcal que liga privilegio cognoscitivo y posicionamiento masculino. La situación de las mujeres es significada como “lo Otro” por excelencia por cuanto, por decirlo con Levinas constituyen “la alteridad positivada en un ser humano como esencia”. Representan un lugar relevante para comprender la dificultad para teorizar la diferencia sexual: ni minoría, ni separada claramente por un interés específico (como el de clase), las mujeres son, sin embargo, depositarias de los estigmas con que se significa lo Otro.

Haber permanecido durante siglos como ciudadanas de segunda, como lo distinto, haber participado sólo ocasional y excepcionalmente en el mundo de la política, ingresar al mercado de trabajo bajo condiciones más precarias que las de los varones en la mayor parte de los casos, hace de las mujeres las “otras”. Resulta revelador el modo en que plantea el asunto Rossana Rossanda⁴ cuando reflexiona acerca de sus propias limitaciones para entender los planteos que el feminismo ha formulado respecto de la condición de las mujeres y lo específico de su opresión. La autora explica la diferencia entre ser una “emancipada”, es

⁴ Rossana Rossanda, una reconocida marxista italiana, editora de “Il Manifesto”, señala en su texto Las otras sus propias dificultades para advertir, desde su tradición política, la especificidad de la opresión de las mujeres, las dimensiones de una participación política que abarca también la propia subjetividad, el propio cuerpo.

decir una mujer que ha logrado ingresar al mundo que las feministas llaman masculino -porque son los varones quienes lo dominan y lo nombran-, pero en calidad de excepcional, de privilegiadas; y ser feminista y por consiguiente, no aceptar esas inscripciones parciales, sino pretender un cambio profundo que permita la emancipación de todas las mujeres: o todas o ninguna. El lenguaje de las mujeres que la autora consideraba primario y elemental, difícil de “leer” desde el lenguaje de la política, era precisamente el lenguaje propio de las mujeres, ajeno a los espacios dominantes de la cultura. La cuestión que se planteaba era esa: ser mujeres, no personas, para poder reconocerse en sus propias miserias y superarlas, en beneficio de todas las mujeres. Si la cultura de Rossanda estaba hecha de plenitud, en la de ellas debía aprender a oír el sonido de los vacíos (Rossanda, 1982: 39)

La autora italiana plantea que el carácter masculino del mundo viene del inexorable principio de conocimiento que ha gobernado históricamente y de la paradoja que encierra la aceptación del destino varonil leído siempre como proyección de su sexo, deliberado, agresivo, penetrante, y del femenino como proyección de un sexo incierto, pasivo y receptivo. Para el varón el momento de la voluntad y de la identidad, en cambio para la mujer, ni tal voluntad ni tal identidad –como si ser el lugar de la reproducción de la vida hubiese privado a las mujeres del uso de la propia libertad. Esto explica su exclusión de toda forma de poder organizado, como lo es la política (Rosanda, 1982: 40)

Si al primer feminismo le bastaba con reclamar por el acceso de las mujeres a la igualdad de derechos, a una cultura que era “la cultura”, a un trabajo que era “el trabajo”, el segundo feminismo se dio a la búsqueda de un principio distinto de identidad femenina y allí, de manera recurrente ha oscilado, según el punto de vista de Rossanda, entre dos tentaciones: la de identificarse en la esfera separada que les ha sido impuesta a las mujeres, es decir, el vector de la afectividad, la corporeidad, los sentimientos, la no violencia, la dulzura, la belleza, la cotidiana reafirmación de la vida, hasta la exaltación positiva de la sexualidad femenina tierna, difusa, receptiva, indiferenciada; o la de rechazar esta identificación porque nace de alguna manera como proyección de la identidad asignada por el otro, fantasma complementario de la sexualidad masculina (Rossanda, 1982: 41).

Victoria Sendón de León, retomando a Luce Irigaray, dirá que si el mundo como representación no es más que la proyección del sujeto masculino, es decir, “lo mismo”, y “lo mismo” sólo se pregunta por aquello que puede responderse y que puede, de nuevo, representar, entonces: para ser sujeto desde “lo mismo” basta con verse reflejado. Por eso se pregunta ¿Cómo ser sujeto desde lo Otro? ¿Cómo ser sujeto en un mundo de representación masculina? Reto y búsqueda que orientó a las feministas de la diferencia, quienes exploraron sus propias e ignotas diferencias para, desde ahí, crear un mundo (Sendón de León, 2000). La feminista española plantea, desde este intento de identificar un mundo propio de las mujeres, que hay dos modos de hacer política: uno masculino, y otro femenino. El primero reclama conducir grandes rebaños, con el pastor al frente y los perros alrededor que impidan el

desmadre, y ese es el sueño de toda política masculina: la revolución de las grandes masas, o la sumisión (que para la autora son términos equivalentes). Y una política de agricultoras, la que ponen en práctica tanto las feministas de la diferencia, como el colectivo de mujeres en situación de prostitución –agregamos, seguido del señalamiento de que sobre este punto nos detendremos más adelante-. Una política que no sólo busca el cambio en las estructuras y los derechos básicos sino también el cambio de las mujeres, sabiendo que aunque sigan siendo invisibles, fructificará (Sendón de León, 2000)

El planteo que nos resulta fundamental traer, para que se comprenda en qué sentido las mujeres hemos sido históricamente (hasta la actualidad) significadas como las otras, tiene que ver con este uso conflictivo de la noción de igualdad. Sendón de León da por sentado que es necesario y deseable la igualdad ante la ley, igual salario a igual trabajo y las mismas oportunidades, pero para ella el problema central radica en una diferencia que no es un mero matiz preposicional: con o entre. Igualdad entre los sexos implicaría que para acceder a ella no es necesario aceptar el modelo androcéntrico. En cambio, igualdad con los hombres, no hace sino reforzar este acto de violencia sobre las mujeres que implica la concepción de un Sujeto universal y neutro, que lógicamente sería masculino, aunque incluyera tanto a hombres como a mujeres en la etapa gloriosa de la igualdad (Sendón de León, 2000).

El triunfo de la dominación masculina podría decirse que se ha centrado en el hecho de convertir toda diferencia en desigualdad. Las diferencias de clase, de etnia, de religión, de edad, de lengua y de sexo, han dado lugar a múltiples desigualdades. Pero la diferencia nada tiene que con la desigualdad, dirá Victoria Sendón de León.

Dentro de este mismo eje en el que nos preguntamos por la dicotomía diferencia/ desigualdad que aparece atravesando la cuestión de la identidad, se destaca la crítica que Mabel Bellucci y Flavio Rapisardi (1997) efectúan a esta especie de moda celebratoria de las diversidades culturales que no repara en las desigualdades de clase.

En la exploración que realizan sobre los debates promovidos por las feministas y las llamadas minorías sexuales, las experiencias y las tentativas de subvertir el orden hegemónico (tanto político-económico como cultural), indagan sobre el valor disruptivo de la diferencia. Estos autores se interrogan por el carácter crítico de las operaciones de identidad en un contexto de profundas desigualdades de clase. Plantean en concordancia con la propuesta de Stuart Hall, la necesidad de diferenciar el “uso político de la diferencia” / de la “trivialización” de la diferencia, al tiempo que destacan la legitimidad de algunos reclamos particulares, que sin embargo implican la necesidad de un cambio en las relaciones sociales hegemónicas. En este sentido los conflictos por la identidad de las llamadas putas, son un ejemplo, pues no habrá mejoras en tanto no se den cuestionamientos de las pautas culturales de toda la sociedad que no son simples conquistas culturales, sino que implican un nuevo ordenamiento en la redistribución de bienes simbólicos y materiales (Bellucci y Rapisardi, 1997).

Las otras de las otras. El lugar de las “putas” Invertir la mirada: Hay “prostitutas” porque hay clientes

Si las mujeres han sido significadas como las “otras” de la cultura, hemos intentado señalar que esa alteridad se ve plasmada tanto en el menor acceso a derechos y a participación en el espacio público como en lo referido a la identidad atribuida en razón de su sexo: marcada por la consideración de inferioridad.

Lo cierto es que las mujeres que ejercen la prostitución ocupan un lugar especialmente complejo en lo que al imaginario social se refiere. La dicotomía patriarcal que divide a las mujeres en santas y putas condensa mucho más que un simplismo clasificatorio. Opera como el telón de fondo de una serie de injusticias que, reiteradas y avaladas por la naturalización que se hace de la transformación de las diferencias (sexuales, en este caso) en desigualdades, se perpetúan en las representaciones imaginarias como verdades inamovibles.

Las putas son la encarnación de la alteridad cultural asignada a las mujeres en su máxima expresión. Dirá Volnovich que la prostitución no sólo es uno de los problemas sociales, políticos, éticos, culturales y psicológicos más dramáticos y más controvertidos en cuanto a la relación entre varones y mujeres, dada la grave trasgresión a los derechos humanos que supone; sino que también, se trata de una práctica que tiende a convalidar y reforzar la desigualdad entre los sexos y la opresión de las mujeres a escala mundial (Volnovich, 2006).

Si históricamente el foco ha sido puesto en la oferta pero nada se ha dicho de quienes a través de sus valores y consumos sostienen la demanda, la perspectiva del autor invierte la mirada. Subraya que la demanda se asienta sobre una cosificación de las prostitutas como encarnación de la alteridad: mujeres que venden servicios sexuales, que cambian sexo por dinero. Si el cuerpo sublime de la maternidad redime del escándalo de ser otra y diferente, la prostituta es esa otra sobre quien se depositan sin matices los estigmas de que han sido objeto los y las otras diferentes.

El consumo de sexo comercial, plantea el autor de *Ir de putas*, tiene como origen una sensualidad que hace que los varones heterosexuales sólo puedan ligarse sexualmente con mujeres que no evoquen en modo alguno estos objetos incestuosos prohibidos: “si aman a una mujer no la desean y, si la desean, no pueden amarla. En las prostitutas buscan mujeres a las que no necesitan amar para poder desear” (Volnovich, 2006: 34). El pago que “garantiza que el deseo de la mujer quede siempre en suspenso, es esencial en el caso de los varones que disimulan la puesta en acto de un deseo sádico: la humillación ejercida a partir del valor en el mercado de las mujeres que usan. Por ello la relación sexual es sólo el medio para ejercer el poder que la degradación del objeto amoroso testimonia” (Volnovich, 2006: 17)

La construcción de estereotipos que polarizan a los seres humanos en varones racionales y sexualmente activos y mujeres sensibles y pasivas opera a la vez como un eficaz clasificador de mujeres, a la vez que justifica el consumo de “putas”.

De allí a la división de las mujeres en putas y santas, el paso está dado. Tan naturalizada está la clasificación de mujeres que señala que “naturalmente” las hay buenas y

puras, para casarse y respetar, y las hay “putas” en quienes descargar esta sexualidad “desbordada” que se supone poseen los varones, que la práctica no es cuestionada. No son mal vistos quienes compren servicios sexuales, dado que a través de esta transacción, no están haciendo más que dar curso a irrefrenables mandatos de su “naturaleza”. Lo cierto es que apuntando a la cuestión ética que atraviesa a la prostitución, el sólo hecho de poseer el dinero no debería posibilitar comprar a otro ser humano.

Según Volnovich la “prostitución” es el analizador privilegiado de la cultura actual, pues “es en la explotación sexual comercial donde el patriarcado lleva al límite los imperativos impuestos por la sociedad de consumo y se hace evidente la condición de mercancía de los cuerpos. Cuerpos cuyo aprovechamiento y goce tienen un costo y un rendimiento que se juega en el intento fallido por reforzar el valor universal dinero y de restituir el poder (si alguna vez lo han perdido) de los varones” (Volnovich, 2006: 53).

El intercambio de sexo por dinero cosifica a la otra, la coloca definitivamente en el lugar de objeto, como si no se tratara de un ser humano; la constituye en la condensación misma de la alteridad.

La voz del opresor en la subjetividad de las oprimidas. Imaginario y sentido común. El estigma de ser prostituta

Hemos hecho mención con anterioridad a la equiparación que en nuestras sociedades se hace entre diferencia y desigualdad. Esto nos permite señalar que si las mujeres soportan desigualdades por ser diferentes (no ser varones), devendrán aún más “desiguales” quienes son representadas en el imaginario como lo radicalmente otro: las llamadas “putas”.

Es decir, que además de cargar sobre las espaldas con todos los supuestos que justifican una valoración menor de las mujeres por el hecho de ser mujeres, las “prostitutas” deben soportar, además de las desventajas que por motivos de clase y de género las han empujado a esta situación de extrema vulnerabilidad, el estigma que las deja del lado contrario de las buenas mujeres, restringiéndoles o negándoles el acceso a bienes materiales y simbólicos. Como señala Cristina Garaizabal, en el imaginario colectivo se les atribuyen a las mujeres que ejercen la prostitución fundamentalmente tres identidades: por un lado, el Estado a través de sus leyes les atribuye la identidad de delincuentes, criminalizando la prostitución de calle y delimitando “zonas rojas”, en tanto para el pensamiento de derecha, la prostituta es básicamente una mujer viciosa o una enferma que ejerce esa actividad porque le gusta y disfruta con ella, y por el otro lado, el pensamiento de izquierda ligado a una determinada corriente feminista que las considera víctimas, que o bien a causa de la pobreza o de la violencia sexual arraigada en la infancia acaban en una actividad que les obnubila la conciencia, y por tanto es necesario salvarlas. “La “puta” es en el imaginario una categoría particular de mujer, que queda diferenciada y apartada del resto de las mujeres. Es la mala mujer por excelencia. Objeto de deseo, sujeto de bajas pasiones, transgresora de los límites que rigen para el resto de las mujeres, aquella que provoca desprecio” (Garaizabal, 2006).

El lugar social de la “prostituta”, es el de lo manchado, lo “vicioso” y “pecaminoso”, y esto implica ser merecedoras del insulto constante. Tomando las reflexiones que Didier Eribón realiza respecto de lo que la injuria provoca en la subjetividad de los homosexuales, podemos decir que en el caso de las prostitutas sucede algo similar. El autor plantea que la injuria no es solamente una palabra que describe, y que no se conforma con anunciar lo que la persona injuriada es (una “puta”, en este caso) “sino que hace saber que se tiene poder sobre ella, en principio de herir y estampar esa herida en la conciencia e inscribir la vergüenza en lo más profundo de su espíritu” (Eribón, 2001: 31). Siguiendo al filósofo inglés J. L. Austin, Eribón analiza la palabra injuriosa como un “enunciado *performativo*”, es decir, un enunciado que tiene como función producir efectos y, en especial, instituir o perpetuar la separación entre los “normales” y los estigmatizados, e inculcar esta grieta en la cabeza de los individuos (Eribón, 2001: 31). Es decir, a través del insulto, de la injuria, no sólo se dice al sujeto quien es, sino que se lo hace ser eso que se le dice que es. De algún modo, basta con la palabra, con ese poder de nominación que tiene el “otro” para decirle a una mujer que se ve obligada a vender su cuerpo que es una “puta”.

En este mismo sentido, en tanto encarnan mitos sociales que las culpabilizan de provocar las bajas pasiones de los varones que, dada la naturaleza animal de su sexualidad no pueden evitar la reacción, las “prostitutas” son blanco predilecto de injurias. Y éstas, en su carácter de veredicto o sentencia casi definitiva son capaces de hacerle saber a la persona destinataria que es alguien distinto de los demás, que no es normal. Además, “esta “nominación” produce una toma de conciencia de uno mismo como *otro* que los demás transforman en “objeto” (Eribón, 2001: 30). En el caso de las “prostitutas”, un “objeto sexual” que puede alquilarse mediante un pago estipulado. Estas significaciones sociales imaginarias disponibles respecto de las mujeres que ejercen la prostitución, a través de la asimetría fundamental que instaura todo acto de lenguaje, se hallan incorporadas a la auto representación que las “prostitutas” tienen de sí mismas, configurando subjetividades que están también marcadas por el auto desprecio.

Podría decirse que el discurso social respecto de las “prostitutas” no escapa a los oídos de estas propias mujeres, a su *habitus*. Estos saberes del orden del sentido común, que dicen que hay mujeres buenas y mujeres malas, y que las “prostitutas” en tanto pertenecientes al segundo grupo son merecedoras de los castigos y violencias de las que suelen ser objeto, forman parte de los saberes de las propias mujeres en prostitución. Gramsci define al sentido común como “una concepción que es absorbida acríticamente por las masas populares, cuya característica es ser disgregada, incoherente, inconsecuente, conforme a la posición cultural y social de las multitudes para las cuales constituye su filosofía”. Señala además, que el sentido común es “equivoco, contradictorio, multiforme, construido sobre la base de un terreno ambiguo. Por ello derribar sus concepciones es mucho más difícil que si se tratara de concepciones coherentemente articuladas” (Gramsci, 1978: 330).

De allí que, incluso, esto haga que la voz del opresor hable por las bocas de las propias oprimidas, y se instale en el orden del sentido común de las mujeres que ejercen la prostitución. Un artículo periodístico publicado el 6 de junio del año 2000 por el diario UNO de Mendoza, muestra a una de las “trabajadora sexuales” entrevistadas diciendo: “este laburo permanece porque hay gente que lo necesita” (Diario UNO, 06/06/2000). Aparece aquí la repetición del estereotipo de una sexualidad masculina desbordada, que necesita ser saciada con mujeres profesionales del sexo, previo pago. Aunque en el mismo artículo aparecía también la denuncia de la injusticia que representa que se las persiga a ellas, mientras que los clientes, entre los que señalan a los propios policías y jueces que las encierran, gozan de impunidad. Es decir, en la voz de una de las mujeres que denuncia al sistema que la subalterniza y la coloca en ese lugar de lo despreciado, aparecen tanto la justificación de la “necesidad” del cliente, como la injusticia de que no sea sancionado.

Históricamente, la pedagogía sexista de control social ha construido a la mujer prostituta como paradigma de la mujer marginalizada, siempre presentada con una identidad en déficit, incapacitada para gestionar su propia vida y defender sus intereses (...); y es este proceso de estigmatización el que ha permitido avalar su exclusión como sujetos de pleno derecho y justificar la discriminación histórica del colectivo en prostitución (Holgado Fernández, 2006).

De allí que una de las tareas fundamentales de las mujeres en situación de prostitución, que a partir de mediados de los años noventa comenzaron a organizarse para defender sus derechos vulnerados, haya sido la de cuestionar todo lo que se ha dicho sobre ellas, todo lo que se encuentra oculto detrás de los valores de una sociedad que consiente, sostiene y avala esta práctica a través, tanto del consumo de sexo, como del silencio respecto de los consumidores y de la hipocresía inherente a la doble moral patriarcal. Un trabajo que ha partido del estigma para cuestionarlo y procurarse a sí mismas una identidad que no sea la degradada que la sociedad les devuelve. Fortalecidas en su autoestima y su autovaloración, los objetivos perseguidos están ligados tanto a la voluntad de hacerse visibles en el espacio público en demanda al Estado de redistribución de bienes y efectividad de sus derechos (sólo proclamados), como a lograr respeto por su identidad y reconocimiento por parte de la sociedad en tanto que sujetos políticos.

El trabajo sobre el estigma: a propósito de “Ninguna mujer nace para puta”

El lugar de las prostitutas en el orden del discurso, su ubicación como la condensación de lo que en la cultura contemporánea se estigmatiza en el otro, hace que la transformación de su condición requiera algo más que regulaciones prohibicionistas⁵. La toma de la palabra

⁵ Existen tres posturas o enfoques que el Estado adopta en relación a la prostitución. El **prohibicionismo** se articula en función de una serie de dispositivos diseñados para reprimir el delito, tal como es considerada la prostitución. Cualquier tipo de oferta sexual –sea pública o privada- que implique una retribución monetaria, está penalizada. Se procura eliminar el ejercicio de la prostitución junto con cualquier tipo de reglamentación que la habilite y toda persona que realice esta práctica será considerada

propia, la crítica realizada desde una posición de sujeto por mujeres consideradas sólo como objeto disponible a cambio de dinero para satisfacer a otro, es una iniciativa relativamente reciente. Fue en enero de 2006 durante un taller realizado por el colectivo Mujeres Creando de Bolivia que surgió la frase “ninguna mujer nace para puta”. Ésta, se convirtió en el título de la muestra que se exhibió en el Museo Tambo Quirquincho, de La Paz, que contó con la participación de dos integrantes de AMMAR Capital. La muestra (como tantas mujeres pobres –y tantas prostitutas-), migró y se pudo ver durante el mes de mayo en el Centro Cultural Borges de la Ciudad de Buenos Aires. Luego, salió a recorrer diversas plazas públicas y actualmente sigue diciendo sus verdades en la calle en busca de que la sociedad se involucre en el problema de la prostitución y, como es de esperar sigue causando revuelo y represión policial. No es, claro está, un tema que al Estado y a la sociedad le agraden; por tanto, tampoco ambos sectores consideran que tengan algo que ver en el asunto. Sin embargo, las mujeres de AMMAR Capital, insisten en que sí, y siguen alzando públicamente su voz para interpelarlos.

Como señalábamos tomando los aportes de Volnovich en relación al problema de la prostitución (como en el caso de la pobreza o de la protesta social) se criminaliza y penaliza a la parte más vulnerable, a la consecuencia y no a la causa. Las mujeres que ejercen la prostitución son detenidas, pero los clientes son invisibles. “Aún cuando estuviera penada la demanda de prostitución, está claro que “las leyes de Códigos Penales o los tratados internacionales, necesarios como son, nunca serán suficientes para contrarrestar prácticas convalidadas por las costumbres: derechos de los hombres sobre los cuerpos de las mujeres, derechos de los poderosos sobre los cuerpos de los débiles” (Volnovich, 2006: 23). Es por eso que, como lo señala el autor, cualquier intervención en este problema debería tener en cuenta las representaciones que en el imaginario social legitiman la prostitución. Y es este el objetivo de la muestra “Ninguna mujer nace para puta”: sacudir las cabezas de los espectadores, cuestionar sus propias concepciones respecto de las putas, que se sientan parte del problema y parte de la búsqueda de alternativas.

Es por esto que, tanto el apropiarse del estigma para transformarlo, como el cuestionar las representaciones imaginarias que legitiman la práctica de la prostitución y protegen al cliente -quien a partir de la demanda es el iniciador-, son los puntos centrales trabajados por las mujeres en situación de prostitución agrupadas en AMMAR Capital. Es decir, no sólo han

delincuente, pasible de represión policial. El enfoque **reglamentarista** considera que la prostitución -y, por ende, las prostitutas- son un mal necesario, de modo que le cabe al Estado asumir el control de esa actividad. Ateniéndose a esta facultad que lo habilita, procede a la delimitación de los espacios públicos y privados para desplegar la actividad y los horarios fijados para ésta. Tal es el caso de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que estableció un Código Contravencional que en 2004 obtuvo el rango de ley, mediante el cual se fijan zonas y horarios para ofertar y demandar sexo, bajo pena de multas. El más generalizado de los enfoques es el **abolicionista**, que no sanciona la venta de prestaciones sexuales ni condena al cliente por considerarlo como un ejercicio de libertad sexual, pero sí prohíbe la explotación de la prostitución así como el acto e inducción a la misma.

trabajado sobre la propia identidad sino que han recurrido a estrategias diversas para hacer manifiesta su presencia en el espacio público en demanda de derechos. En mayo de 2006, en colaboración con las Mujeres Creando de Bolivia y el colectivo periodístico La Vaca.org, realizaron ante una multitud la presentación de la muestra en el Hotel BAWEN. En el Manifiesto escrito para tal ocasión decían: “Soy una mujer. No una cosa. Y estoy aquí para decir basta. Me expropian mi cuerpo los proxenetas, los clientes, los policías, los políticos, los sindicalistas. Y estoy aquí para decir basta. A la sociedad le digo: Señor, señora: no crea que me gusta estar parada en la puerta de su casa. Por eso hoy día solo le aclaro un par de cosas: No sean hipócritas. Mis clientes son sus hermanos, maridos, primos, hijos y curas confesores. Señor, señora: no necesito tu condena: te la devuelvo. La prostitución no es un tema de las putas. Si no me quieres en la esquina, lucha conmigo. Grita conmigo: ¡Estoy aquí para decir basta! (Manifiesto de Ammar Capital, 2006).

Luego, en el Centro Cultural Borges, no hubo palabras para presentar la muestra: todo lo que sus organizadoras tenían para decir ya estaba dicho. “La propuesta, entonces, fue dejar que se escuchara el grito que brotaba de las tres camas que ocupaban el centro del salón: una dedicada a la relación mujer puta-no puta; otra dedicada a los crímenes impunes y otra al cliente, la única desecha y con profilácticos desparramados por el piso y entre las sábanas. El círculo central se completaba con una instalación realizada con cajas del Plan Alimentario Nacional, sobre la cual se apoyaban carteles que resumían la información de una encuesta que entre sus cuatrocientas afiliadas realizó AMMAR Capital, desnudándose ante la vista del público las políticas oficiales. El círculo se cerraba con las fotos de frente y de perfil de una integrante de AMMAR Capital. En la primera llevaba una caja de alimentos en la cabeza y sostenía el cartel que la condena: es el artículo del Código Contravencional porteño que penaliza la oferta de sexo en la calle. En la segunda, ojos y boca estaban cubiertos con profilácticos y el cartel que tipifica el delito es una lectura más profunda de lo que condena ese Código: “por portación de rostro”. En un costado, un sillón y un espejo proponían sentarse y mirarse a los propios ojos mientras se escuchaba desde los auriculares el testimonio de una mujer prostituta. Por último, un cuaderno esperaba lo más importante: tener un registro de qué le pasaba a cada quien con lo que allí era dicho. En esta muestra, las Mujeres Creando y AMMAR Capital, esperaban que alguien hable junto a ellas” (Colectivo La Vaca, 2006).

Es evidente que a través de una puesta en escena donde se conjuga arte y acción política, las mujeres agrupadas en este colectivo no se conforman con la simple denuncia: buscan intercambio y compromiso por parte de los y las asistentes. Se trata de un trabajo que apunta a desenmascarar el silencio de la sociedad respecto del cliente, que como hemos señalado es quien a través de su demanda sostiene la permanencia en el tiempo de esta práctica. A través de la fuerza visual de las fotografías, se señala lo que si bien la sociedad sabe no está dispuesta a reconocer: el hecho de que las personas, y con crudeza extrema las prostitutas, son criminalizadas por llevar en su corporalidad inscriptas las marcas de la clase y

de la ascendencia étnica. A la violencia que representa la falta de oportunidades en relación a lo económico-laboral y a lo simbólico, se agrega el peso del estigma. Esto denuncian a través de la muestra las mujeres de AMMAR Capital.

Es por esto que uno de los pilares del trabajo llevado adelante por la Asociación de Mujeres en Lucha por los Derechos Humanos ha sido, partiendo del estigma que recae sobre ellas, lograr el fortalecimiento de la autoestima de las compañeras con menos recursos educativos, simbólicos, expresivos, contradiciendo en el trabajo colectivo esta visión simplista que las coloca como meras víctimas pasivas. “Había compañeras que no podían decir una palabra, no habían hablado nunca y ahora son capaces de expresarse, de participar y eso lo hemos logrado a través de los talleres que hacemos”, señalaba Mimí Sifón, dirigente de AMMAR Capital, en una entrevista realizada en mayo de 2006.

Sin dudas, se trata de un trabajo complejo, cargado de dificultades pues, antes de poder demandar a la sociedad por redistribución de bienes y por reconocimiento de su identidad, tuvieron que forjarse y fortalecerse en ella, más allá de la desvalorización y la carga del estigma social, enfrentándose a lo que Bourdieu llama la “paradoja del dominado” que señala que la reivindicación o la negación del estigma puede convertirse tanto en liberador como en alienante (Bourdieu, 1996). Esto es: si las reivindicaciones de reconocimiento se fundan en la especificidad del grupo, estas mujeres han debido reivindicar aquello que las estigmatiza y discrimina. Y esto conlleva dos implicancias: “por un lado, el hecho de pensar si esto es realmente liberador para el grupo o si en realidad sólo refuerza la dominación existente, y por el otro, el reforzamiento de la separación de este grupo de mujeres del cuerpo social en general, cuando lo que están reclamando es, precisamente, el reconocimiento de su lugar social y de sus derechos en términos de igualdad con el resto de los sujetos” (Justo von Lurzer, 2006: 3).

Tanto la posición de AMMAR Capital como la de AMMAR Sindicato respecto de la construcción de una identidad desde la cual posicionarse ante el Estado y ante la sociedad para demandar por sus derechos resultan por demás complejas. Entender como trabajo los servicios sexuales a cambio de un pago, no resulta simple. Sin embargo, se muestra clara la intención de quienes han quedado del lado de AMMAR Sindicato de no posicionarse como víctimas sino fortalecerse en cuanto a su identidad como trabajadoras, porque de hecho, esa es su actividad y de eso trabajan. Aunque además está decir que son más que escasas las condiciones reales (materiales) que las equiparan a esa categoría que implica una serie de derechos de los cuales no gozan las “trabajadoras sexuales”. Pero también es cierto que la otra postura, la de AMMAR Capital, que se ha despegado del sindicato para priorizar su condición de “mujeres excluidas socialmente”, de mujeres pobres, resulta igualmente compleja en relación a su identidad y demanda de derechos; pues si bien está claro que la prostitución es la actividad con la que logran el sustento, se niegan a considerarla como un trabajo, y en cambio

hacen la opción por determinar esa como una “situación” (quizás para conjurarla como algo transitorio) de la que esperan salir a partir de la lucha política organizada.

De cualquier modo, desde ambos espacios, así como desde AMMAR Sindicato de Trabajadoras Sexuales Mendoza, y el resto de las organizaciones que en las provincias agrupan a las “trabajadoras del sexo”, luchan tanto por el reconocimiento de su dignidad y de su derecho a una ciudadanía democrática plena, como por la puesta en discusión en el espacio público de su actividad.

Estas mujeres tienen en claro que esta lucha no es sólo del colectivo de “trabajadoras sexuales”, o “mujeres en situación de prostitución” –cualquiera sea el lugar de nominación que se privilegie –, sino de la sociedad en general y de los feminismos fundamentalmente. Y que la pelea no se da simplemente en el terreno de la formalización jurídica, puesto que si bien hay leyes que deberían protegerlas, se siguen cometiendo abusos, tanto por parte de los clientes, como de la policía, y de los proxenetas. La erradicación de la violencia no se mueve en el plano de las leyes, sino que más bien es un trabajo a realizar fundamentalmente desde lo cultural.

Como lo muestra “Ninguna mujer nace para puta”, es desde la arena de la cultura que las mujeres de AMMAR Capital buscaron interpelar a toda la sociedad. Así de directo era el llamado que una de las mujeres de esta organización hacía: “Por eso hoy te digo a ti sociedad: hasta cuándo vas a seguir impávida sobre nuestra situación. Hasta cuándo vas a seguir muda. Adormecida. Con tantas muertes y cuerpos mutilados de mujeres pobres, prostituidas. Sin justicia. Hasta cuándo sociedad vas a estar en esta actitud pasiva mientras yo estoy en la vereda de tu casa. Nosotras comenzamos a accionar, a reaccionar, a ser rebeldes, a ser desobedientes, y es un trabajo de día a día, de hora a hora, de años...Y vos sociedad ¿cuándo vas a estar con nosotras acá al lado? Porque yo soy tu hermana, soy tu amiga, soy tu pareja, soy tu vecina. ¿Cuándo vas a despertar? Nosotras comenzamos a sacarnos la máscara, y mi pregunta hoy es: ¿Vos cuándo te la vas a sacar? ¿Cuándo? Ojalá no sea muy tarde” (Manifiesto AMMAR Capital, 2006). El objetivo del discurso es claro: dejar de ser vistas como las “otras”, lograr ser vistas como iguales (aunque diferentes), como las hermanas, las madres, las primas, las vecinas, no como las “putas”, las del otro lado de lo tolerable.

Restaría oír qué dicen los clientes, el Estado y las propias mujeres que a través de la apropiación del estereotipo que divide a las mujeres en putas y no putas, y colocándose en el resguardo del lado de las buenas mujeres, siguen confinando a las “putas” a la alteridad.

Consideraciones finales

Las mujeres han sido significadas por los varones como las otras de la cultura. A través de siglos de dominación masculina el patriarcado ha impuesto una representación de las mujeres como menos valiosas, menos capaces o ha celebrado en relación a ellas lo que al propio sistema le ha resultado provechoso y valioso: su capacidad reproductiva, instalando ésta como “la” capacidad por excelencia, “la” capacidad con real valor para la sociedad. De este modo, confinó a las mujeres al espacio considerado apropiado a esta casi exclusiva función

valorada: el espacio privado del hogar, negándoles participación en la esfera de lo público, de las decisiones del destino de la sociedad, de la política. Sobre esta alteridad a la que el sistema patriarcal confina a la mitad de su población, el sistema capitalista opera aún más estragos. Si ser mujer implica una serie de desventajas relativas tanto a las condiciones laborales, como a las relaciones cotidianas e íntimas atravesadas por el imaginario sexista y patriarcal, ser mujer, pobre, implica ser presa de la poderosa capacidad que el capitalismo tiene de convertirlo todo en mercancía. De modo que la venta del cuerpo de las mujeres se justifica y se sostiene desde dos poderosos sistemas – capitalismo y patriarcado-, que por su antigüedad parecen pertenecer al orden de las cosas dadas, con la fuerza irrevocable que la naturaleza tiene en el imaginario.

Si en nuestra sociedad ser mujer implica ser diferente = desigual, ser mujer y “prostituta” significa ser radicalmente desigual, radicalmente “otra”.

Hemos señalado cómo las condiciones, que por el género o la etnia, propician la consideración del cuerpo de las mujeres como mercancía, se tornan invisibles e incuestionables. El hecho de ser considerada la “profesión más antigua del mundo” contribuye a negar la condición de injusticia que implica la posibilidad que, sólo por tener dinero, tienen los varones de apropiarse de los cuerpos de las mujeres. Esto además se apoya en un imaginario social que plantea a los varones como poseedores de una sexualidad desbordada y naturalmente proclives a la necesidad de múltiples parejas, y puesto que la monogamia es el sistema que nos rige, la prostitución es considerada una necesidad, cuando mucho, un “mal necesario”. Por lo cual, sobre esta dicotomía operada por el patriarcado que divide a las mujeres en putas y esposas, sobre las primeras cae toda clase de estigmas, de injurias, de culpas y expiaciones.

En este marco no resulta sencilla la tarea de revertir este modo de clasificar/representar a las mujeres. Si bien al Estado le cabe un rol fundamental en la procura de condiciones de igualdad entre varones y mujeres, y en el abandono de su complicidad respecto de los abusos cometidos por sus fuerzas sobre las prostitutas, la tarea no sólo se dirime en el terreno de lo jurídico-legal, sino que es desde la arena cultural desde donde se puede operar cambios más profundos y perdurables. Sólo cuestionando desde todos los espacios de socialización y de transmisión de valores y de cultura la injusticia de las relaciones jerarquizadas entre los sexos y la significación de las mujeres y sus cuerpos como mercancías, podría comenzar a revertirse la asignación de los estigmas con que la cultura actual marca a los/las otros y otras.

Es por eso que el trabajo de derribar los estereotipos que naturalizan la opresión de las “putas” y el estigma que limita sus posibilidades laborales fuera del ejercicio de la prostitución, de algún modo recién comienza, ahora que las protagonistas han tomado la palabra, las calles, y los espacios culturales, y desde allí tornan más difícil que la sociedad siga mirando hacia otro lado.

Referencias bibliográficas

- BELLUCCI, Mabel y RAPISARDI, Flavio, 1997, *Identidad, diversidad, y desigualdad en las luchas políticas del presente*, Teoría y filosofía política, Atilio Borón (Comp.), Buenos Aires, Eudeba.
- BOURDIEU, Pierre, 1996, *Los usos del pueblo*; Cosas no dichas, Barcelona, Gedisa.
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *Ammar Capital en Plaza Once. Confesiones al pie de dos camas*, www.lavaca.org, [citado 15 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *En Constitución. Clase práctica sobre el Código Contravencional*, www.lavaca.org, [citado 15 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *La industria del cafísho no tuvo su ley*, en www.lavaca.org, [citado 15 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, *La muestra en el Borges. Prostituyentes y prostituidos*, www.lavaca.org, [citado 18 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *La muestra, Ninguna mujer nace para puta*, www.lavaca.org, [citado 18 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *Muestra en el Borges. Ninguna mujer nace para puta*, www.lavaca.org, [citado 18 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *Mujeres Creando*, en Buenos Aires. Sobre la muestra Ninguna mujer nace para puta, www.lavaca.org, [citado 18 Marzo 2007].
- COLECTIVO LA VACA, 2006, *Política, corrupción, TV & delantales. Flores para el debate público*, www.lavaca.org, [citado 18 Marzo 2007].
- ENGELS, Federico, 1971, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Buenos Aires, Claridad.
- FERNÁNDEZ, Ana María, 1992 (Comp.), *Las mujeres en la imaginación colectiva*, Buenos Aires, Paidós.
- FERNÁNDEZ, Ana María, 1993, *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós.
- GARAIZABAL, Cristina, *Mujeres. El estigma de la prostitución*, Andaina Mulleres, enero 2005, http://www.andainamulleres.org/artigresul_1.php?tema1=prostituci%F3n&Submit=buscar, [citado 15 Marzo 2007].
- JUSTO von LURZER, Carolina, 2006, *Trabajadoras sexuales o Mujeres en situación de prostitución: una aproximación a la problemática de la autorrepresentación de los sujetos estigmatizados*, en *Actas de VIII Jornadas Nacionales de Historia de la Mujeres y III Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, Villa Giardino, Córdoba, del 25 al 28 de octubre de 2006. Editado en CD por UN de Cba., Córdoba.
- MARGULIS, Mario, 1999, *La racialización de las relaciones de clase*, Margulis, Urresti y otros, La segregación negada, Buenos Aires, Biblos.
- NARANJO, Ulises, 2000, *Las trabajadoras sexuales y su visión desde una esquina*, en *Diario Uno de Mendoza*, 6 de junio.
- RAFO, Laura, 2005, *El mundo de la prostitución en un contexto de marginalidad laboral y segregación espacial*, 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo –ASET (Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo), Grupo Temático 18: Género, trabajo y mercado laboral, Coordinadora: Dora Barrancos, agosto de 2005, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad.
- ROSSANDA, Rossana, 1982, *Las otras*, Barcelona, Gedisa.
- RUBIN, Gayle, 1989, *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad*, Placer y Peligro, C.S. Vance, Madrid, Talasa.
- SCOTT, Joan, 1993, *El género una categoría útil para el análisis histórico*, C. Cangiano y L. Dubois, De mujer a género, CEAL, Buenos Aires.
- SENDÓN DE LEÓN, Victoria, 2000, *¿Qué es el feminismo de la diferencia?: Una visión muy personal*, otoño de 2000, http://www.nodo50.org/mujeresred/victoria_sendon-feminismo_de_la_diferencia.html, [citado 10 Febrero 2007].
- TODOROV, Tzvetan, 1987, *La conquista de América: la cuestión del otro*, Siglo XXI, México.
- VOLNOVICH, Juan Carlos, 2006, *Ir de putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución*, Buenos Aires, Topía.

Un debate epistemológico sobre el Estado capitalista.

La polémica Miliband-Poulantzas

Santiago Duhalde¹

Resumen

Este trabajo propone una relectura en clave epistemológica de uno de los más famosos debates al interior del marxismo occidental, aquel que discurre en torno a la naturaleza y las características del Estado capitalista. Este tuvo lugar en la década del 70 y los principales interlocutores fueron Ralph Miliband y Nicos Poulantzas. Esta vuelta hacia atrás, que propone el artículo, tiene como interés principal resaltar el hecho de que la divergencia entre ambos autores se encuentra fundamentalmente anclada a nivel epistemológico y no a nivel político. Si bien los dos coinciden sobre la necesidad de desarrollar una estrategia política que dirija la sociedad hacia un socialismo democrático -allende el estalinismo y la socialdemocracia-, sus puntos de partida epistemológicos y, por lo tanto, sus maneras de concebir el Estado capitalista difieren radicalmente.

Palabras clave: Estado capitalista - Miliband - Poulantzas.

Abstract

This paper proposes a rereading in an epistemological key of one of the most famous debates into the western Marxism, that one that passes around the nature and the characteristics of the capitalist State. It took place in the 70's and the principal speakers were Ralph Miliband and Nicos Poulantzas. This return backward, that proposes the article, has as principal interest stand out the fact that the difference between both authors is fundamentally anchored to epistemological level and not to political level. Though the authors coincide on the need to develop a political strategy that directs the society to a democratic socialism - beyond the Stalinism and the social democracy-, their epistemological points of view and, therefore, their ways of conceiving the capitalist State differ radically.

Key-words: Capitalist State - Miliband - Poulantzas.

¹ Cargo académico: Docente de grado en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
Servicio e Institución: Becario doctoral del CONICET, Instituto de Investigaciones "Gino Germani", FSO, UBA

Correo electrónico: santiagoduhalde@gmail.com

Introducción

Entre los años 1969 y 1976 ocurre uno de los más célebres debates al interior del marxismo occidental. El objeto es el Estado. Los interlocutores son Ralph Miliband (1924-1994) y Nicos Poulantzas (1936-1979). El primero, un marxista inglés, autor de *El Estado en la sociedad capitalista* –editado en 1969– y profesor de la London School of Economics; el último, un teórico greco-francés, autor de *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista* –editado en 1968–, y profesor en varias universidades francesas.²

Se enfrentan de esta manera dos perspectivas marcadamente diferentes, trayendo aire fresco al seno de esta corriente de pensamiento, saliéndose definitivamente de lo que Perry Anderson denominó la “falta de internacionalismo” (Anderson, 1987: 86) del marxismo occidental. Por un lado, el althusserianismo, enfoque que se inicia a partir de la relectura efectuada por Louis Althusser de los clásicos del marxismo, con materiales provenientes principalmente del estructuralismo y de la epistemología francesa –ambas, corrientes de pensamiento exteriores a la escuela marxista–. Por otro lado, una posición más clásica, que relee a Marx desde el interior mismo del marxismo.

Poulantzas desarrolla la primera parte de su obra influenciado fuertemente por las ideas de Althusser. Esta primera etapa –que se dio en llamar del “primer Poulantzas”, y que es con la que trabajaremos aquí– se ubica en el periodo que va de la publicación del libro anteriormente mencionado a la edición en 1976 de una compilación de artículos titulada *La crisis del Estado*. Es recién con *Estado, Poder y Socialismo* –editado en 1978– donde comienza la etapa del “último Poulantzas”; etapa en que enfrenta varios postulados fundamentales –anteriormente defendidos– del proyecto althusseriano.

En *Poder político y clases sociales* Poulantzas parte del denominado “programa althusseriano”, para desarrollar sólo una fracción de esa gigantesca empresa. Althusser entendía que debido a la influencia del estalinismo en los partidos comunistas europeos –influencia que quedaba clara a nivel teórico con la insistencia del economicismo–, y a su contrapartida, el marxismo humanista desarrollado para contraponerse a las visiones que sólo contemplan los cambios históricos a partir del desarrollo de las estructuras económicas, era necesario retornar a Marx, así como Lacan había retornado a Freud luego de las erróneas interpretaciones que del creador del psicoanálisis habría realizado la escuela postfreudiana (véase Althusser, 2003). De lo que se trataba era de encontrar en la obra de Marx la rigurosidad científica que Althusser suponía habría sido el punto crucial del desarrollo intelectual del pensador alemán. De esta manera dividió la obra de Marx en varios periodos (véase Althusser, 2004). Primero un Marx joven, fuertemente influenciado por el idealismo hegeliano, y por lo que Althusser considera también un idealismo, el feuerbachiano. Luego un Marx de ruptura, donde éste comienza a poner en tela de juicio postulados básicos del

² En este trabajo nos centraremos principalmente en el análisis de las posiciones que ambos autores asumen en los libros mencionados. “El debate” propiamente dicho, que tomó lugar en las páginas de la *New Left Review*, se desarrolló alrededor del contenido de estos textos.

idealismo alemán. Y por último un Marx maduro, completamente despojado de la problemática teórica anterior, cuyo “corte epistemológico” supuso el nacimiento del materialismo histórico como la ciencia de la historia. La rigurosidad científica que según el filósofo francés desarrolló Marx en este último periodo, abrió el campo para el estudio científico del “continente de la historia”. Esta *relectura epistemológica* de Marx es deudora de la epistemología francesa del momento -Gastón Bachelard, Georges Canguilhem-; escuela que sostiene el postulado de la “ruptura epistemológica” como única condición para el progreso de la ciencia. Y por ruptura epistemológica se entiende la construcción de un entramado teórico coherente –una *problemática teórica*-, superador del anterior, disruptor, y atento a las posibles continuidades con problemáticas anteriores. Para Althusser, Marx habría dejado de lado la problemática idealista reemplazándola por una problemática propia -científica- no contaminada de resabios ideológicos.

Además, encontramos en Althusser una *relectura teórica* de Marx, que, a partir de los desarrollos del estructuralismo francés -dominado principalmente por Claude Lévi-Strauss, quien pretende dejar de lado las motivaciones de los individuos en el estudio del comportamiento humano y apunta a estructuras que funcionarían de manera irreflexiva como límites en las acciones de los sujetos-, pone el acento en las estructuras del modo de producción capitalista para explicar los fenómenos sociales. Postura que, según Althusser, Marx habría tomado en el último periodo de su obra, especialmente en *El Capital*, donde subraya sobre todo la preponderancia de las relaciones objetivas y entiende a los sujetos como meros portadores de estructuras.

Por el lado de Miliband, se puede divisar una muy fuerte influencia del empirismo británico, tradición que sostiene que la observación es el momento crucial de acceso a la realidad, a los hechos tal cual son; tradición que, de esta manera, supone una lectura transparente de las cosas, que otorgaría la facultad de evaluar neutralmente las hipótesis. Para decirlo de otro modo, el enfrentamiento con la realidad por medio de la observación sería el experimento crucial para corroborar o refutar una hipótesis. *Postulado epistemológico* fuertemente cuestionado a lo largo del siglo XX, tanto desde la epistemología francesa como de la propia epistemología sajona, en los nombres de Karl Popper, Thomas Kuhn, Imre Lakatos y, más radicalmente, Paul Feyerabend. Por otro lado, y como ya anunciamos, la *relectura teórica* que de Marx lleva a cabo Miliband, se circunscribe a una relectura desde el interior del marxismo, donde el máximo desplazamiento se realiza al seguir ciertos conceptos y proposiciones del teórico italiano Antonio Gramsci. Su artículo *Marx y el Estado* (Miliband, 1965) es un perfecto ejemplo de esta relectura de varios textos de Marx desde el interior mismo del marxismo.

De esta manera, podemos decir que además de enfrentarse dos perspectivas distintas del marxismo, se ponen sobre el tapete dos tradiciones científicas diferentes: una ligada a la tradición empirista inglesa y la otra a la tradición racionalista francesa. Diferencia fundamental

que conducirá a una divisoria de aguas en todo el debate; diferencia, sin embargo, que se encuentra, por momentos, oculta. Es parte de la vieja querella entre la escuela británica y la escuela continental de filosofía. “En esta querella, la escuela británica sostenía que la fuente última de todo conocimiento es la observación, mientras que la escuela continental afirmaba que lo es la intuición intelectual de ideas claras y distintas” (Karl Popper, 1983: 24).

Estos dos puntos de partida asoman como los verdaderos causantes de las discrepancias y disputas en el debate. Esto se debe a que postulados epistemológicos y ontológicos divergentes arrastran tras de sí diferentes posiciones teóricas, metodológicas y aquellas relativas a la construcción del objeto de estudio.

Diferencias teóricas, metodológicas y de objeto

Pasaremos a dar cuenta de las principales diferencias teóricas y metodológicas, y de la divergencia en la construcción de objeto, entre Miliband y Poulantzas, para luego desmontar el funcionamiento de los presupuestos epistemológicos y ontológicos en el conjunto de las discrepancias.

Esta polémica se conoce como el debate marxista sobre el *Estado capitalista*. Sin embargo, desde el comienzo queda claro que el objeto de estudio difiere entre ambos autores. Mientras Miliband aclara que su libro “se ocupa de la naturaleza y papel desempeñado por el Estado en lo que, a menudo, se llama ‘sociedades capitalistas avanzadas’” (Miliband, 1991: 1), Poulantzas indica que su ensayo “tiene por objeto la política, más particularmente la superestructura política del Estado en el modo de producción capitalista, es decir, la producción del concepto de esa región en dicho modo, y la producción de conceptos más concretos relativos a lo político en las formaciones sociales capitalistas” (Poulantzas, 1969b: 7). De esta manera queda claro que mientras Miliband pretende *dar cuenta* de las características del Estado en las *sociedades capitalistas contemporáneas* de Europa occidental y Norteamérica -formaciones sociales de donde el marxista inglés toma los datos y las estadísticas que le permiten contrastar sus hipótesis-, Poulantzas intenta *construir* el concepto de Estado en el *modo de producción capitalista* (MPC), concibiendo al Estado como intrínsecamente capitalista, como parte constitutiva de ese modo de producción.

Con respecto al nivel metodológico, el proceder de Miliband en *El Estado en la sociedad capitalista* tiene que ver con demostrar la falsedad de las tesis de la teoría democrático-pluralista -en boga para entonces en el ambiente académico anglosajón-, descubriendo la inconsistencia de tales proposiciones al corroborarlas con datos empíricos de formaciones sociales de la época (Francia, Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, Japón), señalando luego la correspondencia entre estos datos y las hipótesis marxistas por él sostenidas. En cambio, en *Poder político y clases sociales* Poulantzas -para quien el objeto de conocimiento no está dado en la realidad sino que debe construirse- se atiene más bien a desarrollar una problemática teórica coherente que con rigurosidad científica pueda demostrar

el funcionamiento de la realidad social superando problemáticas ideológicas inconsistentes e ingenuas.³

Por otro lado, las diferencias teóricas son varias, sin embargo ambos autores ya parten con una discrepancia fundamental previa. Para Poulantzas no hay en el marxismo teoría sistemática sobre el Estado. Refiriéndose a los clásicos del marxismo, el teórico francés aclara que “es preciso comprobar, y ésta es una observación de orden general, que éstos no trataron específicamente, en el nivel de la *sistematicidad* teórica, la región de lo político” (Poulantzas, 1969b: 12). En cambio, Miliband encuentra, principalmente en los escritos políticos de Marx – tarea a la que dedicó el artículo *Marx y el Estado* –, una teoría específica de lo político y del Estado con la cual simplemente comenzará su análisis de lo concreto. Ya veremos que estas diferencias no son caprichosas.

Veamos las principales divergencias a nivel teórico.

Si bien ambos autores sostienen la afirmación de que el Estado capitalista posee una autonomía relativa con respecto a la base económica, y es precisamente esto lo que permite llevar a cabo un estudio del Estado y la política independientemente de lo económico, difieren en la explicación que dan de dicha autonomía. Para Poulantzas, la autonomía relativa del Estado en el MPC se debe a un hecho estructural propio de este modo de producción. Entiende al MPC como un conjunto de estructuras, y al Estado como una de esas estructuras con autonomía relativa respecto a las demás. El teórico greco-francés encuentra en Marx la siguiente particularidad del MPC: “la articulación de lo económico y de lo político en ese modo de producción está caracterizada por una *autonomía –relativa- específica* de esas dos instancias” (Poulantzas, 1969b: 25). Lo que otorga la autonomía relativa al Estado es la estructura particular del mismo –compuesta por varias instituciones– y la estructura del “bloque en el poder” –forma de caracterizar la relación entre clases y fracciones de clase dominantes–. Por lo tanto, podemos decir que, para Poulantzas, la autonomía relativa es producto de las relaciones objetivas entre estructuras.

En el caso de Miliband, la autonomía relativa del Estado es producto del poder de Estado ejercido por la élite estatal. Para el profesor inglés habría una instancia de poder, exterior al poder de clase, ejercido por funcionarios del Estado. Sería este poder particular que asume la burocracia el que permitiría una cierta autonomía del Estado con respecto a la instancia económica y a la lucha de clases. Y si para Miliband el Estado tiende a defender los intereses de la clase económicamente dominante, se debe a que los funcionarios estatales pertenecen a esta clase, y al defender sus propios intereses defienden, a través de sus políticas de Estado, el interés de la clase toda.

³ También se puede ver aquí –aunque no entremos en este nivel de análisis– dos diferentes concepciones de la verdad. Tal como lo señala León Olive en su libro *Estado, legitimación y crisis*, Miliband sostendría una teoría de la verdad como correspondencia; teoría que postula una adecuación entre las palabras y las cosas (*adaequatio intellectus et rei*). En cambio, Poulantzas, siguiendo a Althusser, defendería la idea de una verdad como coherencia; verdad que no funciona por referencia sino, más bien –a partir del desarrollo de teorías sumamente rigurosas y no contradictorias consigo mismas–, por autoreferencia.

Para Poulantzas, en cambio, si las políticas estatales tienden a favorecer los intereses de la clase dominante, se debe a una función estructural del MPC. “La relación entre la clase burguesa y el Estado es una *relación objetiva*. Esto quiere decir que si la *función* del Estado en una formación social determinada y el interés de la clase dominante en esta formación *coinciden*, es en virtud del propio sistema: la participación directa de los miembros de la clase dominante en el aparato del Estado no es la *causa* sino el *efecto* –por lo demás un efecto casual y contingente- de esta coincidencia objetiva” (Poulantzas, 1969a: 81). Es más, para el autor greco-francés –quien diferencia *estructuras* de *prácticas*- no existe el “poder de Estado”. Ya que el Estado es una estructura y las estructuras no poseen ni ejercen poder. Son las clases, en las prácticas de clase, quienes ejercen poder. Por último, la burocracia para Poulantzas sería más bien una “categoría específica” que no está determinada por su pertenencia de clase, sino por el funcionamiento objetivo del Estado. De esta manera difiere de Miliband, para quien la élite estatal expresa, en sus acciones cotidianas, su particular pertenencia de clase.

De esta manera se desprenden conclusiones que llevan nuevamente a una diferencia muy importante, esta vez en la propia concepción del Estado capitalista. Para Miliband el Estado aparece como un instrumento con poder propio pero demandante de dirigentes. La clase que pueda esgrimir ese poder del Estado, o mejor dicho, la clase de la que forme parte la élite estatal, llevará las riendas del “sistema estatal”. Por lo tanto, el Estado en Miliband es un Estado capitalista en la medida en que está controlado por funcionarios que pertenecen, en última instancia, a las clases capitalistas. Parecería ser que el Estado deviene capitalista debido al ejercicio de su poder por la clase económicamente dominante. En Poulantzas, en cambio, el Estado en el MPC es un Estado capitalista, independientemente de cómo esté socialmente reclutada la burocracia estatal. El Estado es capitalista por definición; lo define como una estructura del MPC.

Con respecto a lo que aquí hemos denominado “clase dominante”, ambos autores coinciden en la descripción de la misma como dividida, no monolítica y contradictoria, pero no es casual la diferencia en la forma en la que cada uno explica esta particularidad. Mientras Miliband concibe a la clase dominante como un conjunto de “élites económicas” que poseen encontrados intereses particulares; Poulantzas caracteriza a esta clase como conformando un “bloque en el poder”, establecido por un conjunto de “fracciones de capital”. Esta simple divergencia -hablar de “élites económicas” o de “fracciones del capital”-, ya veremos, supone dos formas muy diferentes de explicar un mismo hecho.

Por otro lado, Miliband entiende que estas élites económicas poseen una “conciencia de clase” que no tendría el proletariado, y que, más allá de los desacuerdos entre dichas élites, todos sus integrantes son concientes de sus intereses en común. “De hecho, las clases dominantes han cumplido hasta ahora, mucho más que el proletariado, la condición puesta por Marx para la existencia de una ‘clase para sí misma’, a saber, que tenga conciencia de sus

intereses de clase: los ricos han tenido siempre mucho más 'conciencia de clase' que los pobres. Esto no quiere decir que hayan sabido siempre cuál era la mejor manera de salvaguardar sus intereses –las clases, como los individuos, cometen errores- (...). Pero tampoco esto cambia la validez de la afirmación que, más allá de todas sus diferencias y desacuerdos, los ricos y los propietarios han estado siempre fundamentalmente unidos, para sorpresa de nadie, en defensa del orden social que les otorgaba sus privilegios" (Miliband, 1991: 47-48).

Para Poulantzas no hay "conciencia de clase" de ninguna clase social. Y si el bloque en el poder se encuentra, en última instancia, unido más allá de sus contradicciones, esto se debe al papel organizador de la clase dominante que ejerce objetivamente el Estado. Es precisamente por esto que el teórico greco-francés prefiere hablar de "intereses objetivos". "Se ha dicho aquí que los intereses de clase son intereses 'objetivos', a fin de marcar que no se trata de motivaciones de comportamiento" (Poulantzas, 1969b: 136). Por el contrario, Miliband parece plantear, a lo largo de *El Estado en la sociedad capitalista*, una concepción de los intereses ligada a motivaciones psicológicas concientes; representación promovida, aun más, por el hecho de que el autor inglés trata con datos estadísticos de *individuos* y no de *clases*.⁴

Presupuestos epistemológicos y ontológicos

Coincidimos con León Olivé en que los presupuestos epistemológicos y ontológicos determinan -o sea, ponen límites estrictos- el desarrollo de la teoría, las elecciones metodológicas y la construcción del objeto. Las categorías epistemológicas "son conceptos constitutivos (sustantivos) de las teorías sociológicas, pero éstas, en la medida en que aspiran a ser conocimiento teórico, tienen que presuponer a aquéllas. La pretensión de ser formas de conocimiento teórico (científico) sólo puede hacerse valer recurriendo a las categorías epistemológicas. (...) Esta cuestión puede reconocerse y trabajarse desde perspectivas diferentes, o se puede hacer caso omiso, parcial o total, de la misma" (Olivé, 1985: 14). En el caso de Poulantzas, queda explicitada la posición epistemológica que lo acompaña en su intento de construir el concepto de Estado; en Miliband, esta cuestión no aparece ni siquiera esbozada. Para Olivé, "si los enfoques rivales difieren en lo que respecta a sus concepciones epistemológicas y ontológicas, entonces las teorías sociológicas sustantivas producidas dentro de su marco serán necesariamente diferentes" (1985: 15).

Por *concepciones epistemológicas* entendemos la forma particular que tienen los autores de comprender la producción de conocimiento científico y las formas de su validación. Por *concepciones ontológicas* entendemos los diferentes juicios que tienen de la realidad

⁴ Se puede detectar en Miliband una suerte de incoherencia en lo que respecta a la relación entre su método empirista -que trata con datos estadísticos de individuos- y su marco teórico -que incluye la hipótesis de la existencia de clases sociales antagónicas-, ya que las estadísticas comunican datos de "personas" y no de "clases" estructuralmente determinadas. De esta manera se produce un salto ilegítimo al querer arribar a una conclusión sobre las clases sociales partiendo de datos individuales.

social; concepciones que jerarquizan ciertos niveles de lo social y no otros como centro explicativo.

Pasaremos a continuación a presentar los presupuestos epistemológicos y ontológicos de ambos autores, para luego tratar de establecer la incidencia de éstos en las discrepancias a nivel teórico, metodológico y a nivel de la construcción de objeto. Veremos que los presupuestos epistemológicos están ligados principalmente a las discrepancias sobre el objeto de estudio y el método, mientras que los presupuestos ontológicos son claramente perceptibles en las disputas teóricas.

Tal como lo adelantáramos al comienzo del trabajo, a nivel epistemológico los autores se sitúan en perspectivas sumamente diferentes. Mientras Miliband parece defender una concepción empirista del conocimiento y de su validación; Poulantzas, siguiendo a Althusser, se inclina por una suerte de racionalismo abstracto, que concibe y valida el conocimiento a partir de la confrontación con otros entramados teóricos.

Podemos decir que en *El Estado en la sociedad capitalista* Miliband cae en un empirismo ingenuo. Tal como lo sostiene Olivé, el profesor inglés cae en la trampa de tratar de corroborar la validez de sus hipótesis marxistas a partir de lo que sería una observación de los hechos tal cual son, presuponiendo una ausencia total de carga teórica en la observación (Olivé, 1985: 202-203). De esta manera, Miliband supone la posibilidad de acceder a la realidad a través de un lenguaje transparente que refleje punto por punto las condiciones exactas de los hechos concretos. En ese sentido, los datos recogidos -expresados en palabras- no serían otra cosa que el reflejo fiel de la realidad con la que deberían confrontarse los enunciados de la teoría democrático-burguesa -para refutarlos- y sus propias afirmaciones -para corroborarlas-. Este procedimiento supone una *lectura neutra* de la realidad; lectura que le permitiría, de este modo, contrastar sus hipótesis. Pero toda lectura, como bien ha señalado la epistemología moderna, supone una carga teórica que se impone al sujeto observador. Esta imposibilidad de acceder a las cosas despojado de todo punto de vista, es lo que hace de la posición de Miliband una posición ingenua. El autor inglés cae en “la necesidad de corroborar o refutar teorías hipotéticas mediante comparación con los hechos, considerados como datos que se describen en un lenguaje exento de teoría” (Olivé, 1985: 202).

Poulantzas mismo critica los presupuestos epistemológicos de Miliband, al señalar que el marxista inglés no rompe totalmente con la concepción que de la validación del conocimiento tienen las ciencias burguesas -especialmente el positivismo-, continuando, de esta manera, atado a ciertos postulados ideológicos que le impiden dar cuenta tanto de la falsedad de las aseveraciones democrático-pluralistas como de las afirmaciones marxistas que él mismo sostiene. El hecho de no realizar una ruptura epistemológica con respecto a las ciencias burguesas, lleva a Miliband, según Poulantzas, a una asunción acrítica de postulados ideológicos, que no se corresponden con las características del verdadero proceder científico. Poulantzas, luego de reclamarle a Miliband la explicitación de los principios epistemológicos

para el tratamiento de “lo concreto”, concluye lo siguiente: “En efecto, uno tiene la impresión de que esta ausencia muchas veces conduce a Miliband a atacar a las ideologías burguesas del Estado al mismo tiempo que se coloca en el propio campo que aquélla. En lugar de desplazar el campo epistemológico y someter estas ideologías a la crítica de la ciencia marxista mediante la demostración de su inadecuación a la realidad (...), Miliband parece omitir este primer paso. Sin embargo, los análisis de la epistemología moderna demuestran que nunca es posible oponerse simplemente con ‘hechos concretos’ a conceptos, sino que estos deben combatirse con otros conceptos paralelos situados en una problemática diferente” (Poulantzas, 1969a: 75-76).

Esta concepción epistemológica de Poulantzas tiene antecedentes claros en la obra de Althusser -especialmente en *La revolución teórica de Marx* y en *Para leer El Capital*-. Para el filósofo francés, el proceso de producción de conocimiento científico conlleva, primeramente, la construcción de un objeto de estudio sobre el cual trabajar. Este objeto se diferencia radicalmente de los objetos de la realidad. Para Althusser, el objeto de la ciencia es un objeto construido por el científico; rechaza, de este modo, la posibilidad de trabajar con objetos reales. El “objeto de conocimiento” se encuadra sólo en el pensamiento, y es con el cual, y a través del cual, se produce conocimiento científico. Esta es la principal crítica de Althusser al empirismo. Se trata de producir una ruptura epistemológica que aleje a la actividad científica de los prejuicios ideológicos. El mismo Poulantzas deja clara su conformidad con el filósofo francés, cuando señala que “el proceso de pensamiento, si tiene por objeto final y como razón de ser el conocimiento de los objetos reales-concretos, no siempre se refiere a esos objetos: puede referirse también a objetos que se designarán como *abstracto-formales*, que no existen en sentido estricto, pero que son la condición del conocimiento de los objetos reales-concretos: es el caso, por ejemplo, del modo de producción” (Poulantzas, 1969b: 3).

Esta posición radical es criticada, a su vez, por el mismo Miliband, quien denuncia en Poulantzas un excesivo formalismo que le impediría dar cuenta de los hechos tal cual son y de las características de ciertos sucesos históricos particulares. A esta posición del teórico greco-francés Miliband la denominó “abstraccionismo estructuralista”. “Con esto quiero decir que el mundo de las ‘estructuras’ y de los ‘niveles’ que él [Poulantzas] habita tiene tan pocos puntos de contacto con la realidad histórica o contemporánea, que le aparta de toda posibilidad de llegar a hacer lo que él describe como ‘análisis político de una coyuntura concreta’” (Miliband, 1973: 110).

Estos presupuestos epistemológicos, sostenidos por ambos autores -explicitados por Poulantzas y no por Miliband-, participan claramente en las diferencias que se generan con respecto a las características de sus objetos de estudio. Si Miliband limita su análisis a dar cuenta de las características del Estado en las “sociedades capitalistas avanzadas”, se debe a que, de esta manera, encuentra allí el material empírico necesario para contrastar sus distintas hipótesis. Porque el limitar la muestra de datos representativos es un requisito indispensable

para validar el conocimiento si el presupuesto epistemológico que lo guía es empirista. En cambio, Poulantzas tiene por objeto producir el concepto marxista de Estado; cuestión que habla de la desconfianza a toda concepción empirista que crea en la posibilidad de un estudio directo de los “objetos reales”, e indica la necesidad de construir “objetos de conocimiento”.

Esta discrepancia epistemológica también los lleva a no coincidir con el método utilizado en sus estudios del Estado capitalista. Miliband trata de demostrar la falsedad de los supuestos democrático-pluralistas, a través de su confrontación con los datos empíricos, para luego validar sus propias hipótesis. Este procedimiento de análisis es propio de una concepción empirista que concibe la validación del conocimiento como contrastación de las proposiciones con los hechos concretos. El método de Poulantzas tiene que ver más bien con desarrollar una problemática teórica coherente, superadora de otras problemáticas ideológicas. De esta manera, el proceder metodológico se circunscribe al ámbito estrictamente teórico; de aquí su emparentamiento con cierto racionalismo abstracto.

Con respecto a los presupuestos ontológicos -relativos a “los rasgos fundamentales de la realidad social” (Olivé, 1985: 10)-, son claras las diferencias que encontramos entre ambos autores. Esta diferencia tiene que ver principalmente con el énfasis contrario otorgado por ellos a la contraposición sujeto/estructura como principio explicativo de los fenómenos de la realidad social. Miliband parece situarse en la tradición subjetivista de la filosofía, que concibe al sujeto como un ser racional, conciente, libre, y fundador del sentido y de sus acciones. Poulantzas continúa la tradición spinoziana seguida por Althusser, y radicalizada por este último a partir de los aportes del estructuralismo. En esta perspectiva el sujeto aparece como un simple “portador” de estructuras. Serían estas últimas las que actuarían sobre el sujeto, no al revés. El sujeto desaparece como concepto científico explicativo, y el análisis queda reducido a una causalidad estructural.

El presupuesto ontológico que recorre la producción teórica de Miliband posiciona al sujeto como principio explicativo de los fenómenos sociales. Éste aparece, por momentos, como libre de cualquier tipo de constricciones, y como actor conciente de los comportamientos que lleva a cabo. Este “humanismo teórico” dentro del marxismo comenzó su hegemonía a partir de la muerte de Stalin -como reacción contra el estalinismo- y de la consolidación de la filosofía existencialista liderada por Jean-Paul Sartre en la década del 50. La recurrencia al concepto de “hombre” para explicar el cambio histórico fue una constante en esta corriente marxista.

Frente a esta perspectiva, Althusser realizó -sobre todo en la década del 60- una fuerte crítica a los presupuestos ontológicos por él denominados “humanistas” e “historicistas”. Poulantzas, ferviente admirador de las ideas de su maestro, siguió insistiendo con esta crítica al “antropologismo del sujeto”. “Lo que ya puede retenerse aquí es que la concepción historicista, implícita en los análisis de esta corriente, conducen finalmente a establecer una relación ideológica entre los individuos-agentes de la producción, los ‘hombres’ y las clases

sociales; esta relación es fundada teóricamente por la situación del sujeto. Los agentes de la producción son vistos como los actores-productores, como los sujetos creadores de las estructuras, y las clases sociales como los sujetos de la historia. La distribución de los agentes en clases sociales se relaciona a su vez con el proceso, de factura historicista, de creación-transformación de las estructuras sociales por los 'hombres'. Pero esta concepción desconoce dos hechos esenciales: en primer lugar, que los agentes de la producción, por ejemplo el obrero asalariado y el capitalista, en cuanto personificaciones del Trabajo asalariado y del Capital, los considera Marx los *apoyos* o los *portadores* de un conjunto de estructuras. En segundo lugar, que las clases sociales no son nunca concebidas *teóricamente* por Marx como el origen genético de las estructuras, ya que el problema concierne a la definición del *concepto* de clase" (Poulantzas, 1969b: 67). Para Poulantzas son visibles "las dificultades que se le presentan a Miliband para comprender las clases sociales y el Estado como *estructuras objetivas*, y sus relaciones como un *sistema objetivo de conexiones regulares*, como una estructura y un sistema cuyos agentes, 'los hombres', son en palabras de Marx 'portadores' (träger) de la misma. Miliband da constantemente la impresión de que para él las clases sociales o los 'grupos' son, de algún modo reducibles a *relaciones interpersonales*, de que el Estado se puede reducir a las relaciones interpersonales de los miembros de los diversos 'grupos' que constituyen el aparato del Estado, y finalmente, que la relación entre las clases sociales y el Estado se puede reducir a las relaciones interpersonales de los 'individuos' que componen los grupos sociales y los 'individuos' que componen el aparato del Estado" (Poulantzas, 1969a: 77).

En Poulantzas, los presupuestos ontológicos se ubican en un extremo opuesto a los de Miliband. Es a partir de la década del 50, pero fundamentalmente en los 60, donde se produce un muy fuerte golpe contra las escuelas filosóficas dominantes en Francia. Tanto el existencialismo como la fenomenología comienzan a recibir fuertes embates por parte de lo que se dio en llamar el estructuralismo. Figuras como Lévi-Strauss y Lacan desarrollaron, desde disciplinas científicas diferentes, una concepción del funcionamiento de la realidad social que desplazaba definitivamente al sujeto o, en el caso del psicoanalista francés, lo conservaba descentrado. "El fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo" (Lévi-Strauss, 1970: 357), llegaría a decir Lévi-Strauss. Esta embestida contra el concepto de hombre y contra la filosofía del sujeto creador fue retomada por Althusser, quien -en sintonía con el antropólogo francés- alcanzaría a afirmar que "La historia es por cierto un 'proceso sin Sujeto ni Fin(es)'" (Althusser, 1974: 81). De esta manera, y según Perry Anderson, Althusser condujo a "una versión del marxismo en la que los sujetos fueron abolidos totalmente, a no ser como efectos ilusorios de unas estructura ideológicas" (Anderson, 2004: 42). Como adelantamos más arriba, sus enemigos en el terreno marxista fueron las concepciones economicistas -sostenidas principalmente por la ortodoxia de la Komintern- y las voluntaristas -

aquellas que ponían el acento en el hombre como agente de la historia-. Los mismos enemigos compartirían su discípulo Poulantzas.

Miliband no coincide con esta manera de explicar los fenómenos sociales, y en su libro recurre permanentemente a las relaciones interpersonales, más que a las constricciones estructurales, como factor explicativo. Daremos un ejemplo al respecto. Refiriéndose al hecho de que los miembros de la élite estatal se reclutan principalmente de las clases media y alta, el marxista inglés afirma: “Aunque la desigualdad de oportunidades educativas, basada en la clase social, explica en parte esta pauta, hay otros factores que contribuyen a su formación. A este respecto también, como en el caso del acceso a las posiciones de élite fuera del sistema estatal, existe también la cuestión de conexiones. Ciertamente, las formas más aparatosas de nepotismo y de favoritismo ligadas a una era aristocrática y preindustrial en toda su pureza no son parte del actual servicio del Estado, competitivo, de la clase media (...). Pero, de todas maneras, sería insensato pensar que, incluso en una época en que están en boga los exámenes, la membresía en un sector relativamente estrecho de la población no constituya una clara ventaja, no sólo para ingresar a los niveles superiores del servicio del Estado, sino también, y con no menor importancia, para las posibilidades de ascender dentro del mismo. Tal membresía establece vínculos de parentesco y amistad y, por lo general, refuerza un sentimiento de compartir valores, todo lo cual es útil para tener éxito en la carrera” (Miliband, 1991: 63).

Además, el autor inglés ataca directamente los presupuestos ontológicos sostenidos por Poulantzas. En una crítica a los supuestos radicales defendidos en *Poder político y clases sociales*, relativos a la función objetiva de la burocracia, Miliband señala que “lo que indica su [el de Poulantzas] énfasis *exclusivo* en ‘las relaciones objetivas’ es que lo que el Estado hace, está totalmente determinado, en todos y cada uno de los momentos, por estas ‘relaciones objetivas’; en otras palabras, que las fuerzas estructurales del sistema son tan absolutamente determinantes que convierten a los que gobiernan el Estado en meros funcionarios y ejecutores de la política que les impone ‘el sistema’”. De esta manera, este análisis “conduce directamente a una especie de determinismo estructural o más bien a un superdeterminismo estructural, que hace imposible una consideración verdaderamente realista de la relación dialéctica entre el Estado y ‘el sistema’” (Miliband, 1970: 98-99).

Estos presupuestos ontológicos revisados conducen a ambos autores a fuertes confrontaciones teóricas en relación al estudio del Estado capitalista. Una diferencia de este tipo no puede dejar de afectar profundamente la manera en la que ambos observan la realidad social y explican su funcionamiento. Esta divergencia trae como consecuencia una seguidilla de discrepancias teóricas que trataremos de señalar.

Con respecto a la autonomía relativa del Estado en su relación con “lo económico”, y tal como lo presentáramos al comienzo del trabajo, Miliband arriba a una explicación que podríamos calificar de voluntarista. Según el marxista inglés, dicha autonomía estaría dada a

partir de la libertad en el ejercicio del poder del Estado por parte de la élite estatal. Es esta libertad de los funcionarios del Estado la que funcionaría como el elemento de distanciamiento con respecto a la lucha de clases; colocando de esta manera el énfasis en la capacidad conciente de los miembros del Estado. Por el contrario, en Poulantzas, la autonomía relativa del Estado sería un resultado de la matriz del MPC, o sea, el producto de la manera particular en que se relacionan las instancias política, económica e ideológica en dicho modo de producción. De este modo, su explicación se centra en las estructuras objetivas propias del sistema capitalista, obviando totalmente la participación de los individuos.

De esta misma manera, el Estado para Miliband protege los intereses de la clase dominante debido al hecho de que los propios funcionarios estatales comparten los mismos valores que los miembros de dicha clase. Los funcionarios estatales pertenecen a la clase dominante; de allí su defensa de aquellos intereses. Como se puede ver, aquí la pertenencia de clase queda reducida al hecho de compartir los mismos valores e intereses, no a su ubicación objetiva en relación a la propiedad de los medios materiales de producción. La conexión es meramente *subjetiva*. Para Poulantzas, en cambio, el Estado tiene por función *objetiva* la organización a largo plazo de los intereses generales del bloque en el poder, más allá de la pertenencia de clase de los miembros de la burocracia. De esta manera, el Estado cumple “su función de factor de *organización política* de las clases dominantes, incapaces, con la mayor frecuencia, por razón del aislamiento de las relaciones sociales económicas, de la fragmentación en fracciones de la clase burguesa, etc., de erigirse por sus propios medios en el nivel hegemónico respecto de las clases dominadas” (Poulantzas, 1969b: 375). Así se confirma la perspectiva estructuralista en relación a la función estatal.

Asimismo, el enfoque voluntarista tiende a percibir al Estado como un instrumento neutro, susceptible de ser manipulado a gusto de la clase que detente su poder. Es así como Miliband *no* puede concebir al Estado como un Estado capitalista *en sí*, sino que su carácter capitalista surge por el hecho de que quienes lo dirigen pertenecen a la clase dominante. Poulantzas, en cambio, considera que el Estado del MPC es capitalista *en sí*, por el hecho de ser una de las estructuras de dicho modo de producción –y más allá de que su burocracia esté integrada por individuos de la clase dominante-. Esta explicación estructuralista rompe con lo que para Poulantzas son las ilusiones del reformismo parlamentario, apuntando a una estrategia política de transformación y destrucción de las estructuras del Estado capitalista.

Por otro lado, y continuando con las discrepancias que logra suscitar la confrontación de presupuestos ontológicos diferentes, la complejidad de la clase dominante es leída de dos maneras muy diferentes. Tanto para Miliband como para Poulantzas, el concepto de “clase dominante” sintetiza la relación entre un conjunto de intereses dominantes diferentes, a veces contradictorios y, en última instancia, convergentes. Sin embargo, mientras Miliband describe a esta clase como conformada por diferentes “élites económicas” -poniendo el acento en los individuos que las integran y en las acciones de los mismos sobre las condiciones del capital y

sobre el Estado-, Poulantzas la concibe como integrada por “fracciones de capital”, otorgando de esta manera -en la confrontación de intereses de las fracciones de clase dominante- un mayor peso a la dimensión objetiva, y diferenciando a estas fracciones no por las acciones de los sujetos sino por los intereses objetivos presentes en el MPC.

Por último, de esta manera en Poulantzas no hay lugar para la idea de “conciencia de clase”, y si las clases y fracciones de clase dominante que conforman el bloque en el poder continúan unidas en última instancia, esto se debe a la función objetiva del Estado como organizador de su interés general. Al contrario, Miliband da fe de la condición de “conciencia de clase” de la clase dominante; condición que les permite a las élites económicas organizar concientemente su interés general frente a los intereses antagónicos.

Conclusión

Este debate es una polémica sumamente rica para poner en superficie las discrepancias al interior del marxismo en un momento histórico de efervescencia política sin igual. Muchas veces las discrepancias políticas no son las discrepancias de base. Vimos aquí que los presupuestos epistemológicos y ontológicos desvían a sus usuarios en la manera en la que llevan a cabo una investigación, en el modo como observan la realidad y en las formas de concebir el objeto de estudio.

Estamos de acuerdo con Mabel Thwaites Rey (2007) en que no parece haber una gran distancia entre las posiciones de ambos autores, si limitamos estos lugares a posiciones políticas. Es cierto que ambos realizaron un diagnóstico similar del momento europeo que les tocó vivir por entonces, del Estado de bienestar y de la estrategia política necesaria para ir más allá del estalinismo y de la socialdemocracia, y hacia un socialismo democrático. Pero más allá de estos acercamientos en cuanto a estrategia política, sus puntos de vista divergían considerablemente en lo que respecta a los planteos epistemológicos y ontológicos. Las distintas maneras de entender la ciencia y de comprender el funcionamiento de la realidad social lograron disparar una disputa profunda y acalorada. En este caso, podemos decir sin duda que este fue, fundamentalmente, un verdadero debate epistemológico.

Referencias bibliográficas

- Althusser, Louis (1974). *Observación sobre una categoría: 'Proceso sin Sujeto ni Fin(es)'*. En Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Althusser, Louis (2003). *Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Althusser, Louis (2004). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Althusser, Louis y Balibar, Étienne (1990). *Para leer El Capital*. México: Siglo XXI.
- Anderson, Perry (1987). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.
- Anderson, Perry (2004). *Tras las huellas del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.
- Lévi-Strauss, Claude (1970). *El pensamiento salvaje*. México: FCE.
- Miliband, Ralph (1965). Marx y el Estado. En Horacio Tarcus (comp.) (1991), *Debates sobre el Estado Capitalista/1*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Miliband, Ralph (1970). Réplica a Nicos Poulantzas. En Horacio Tarcus (comp.) (1991), *Debates sobre el Estado Capitalista/1*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Miliband, Ralph (1973). Poulantzas y el Estado capitalista. En Horacio Tarcus (comp.) (1991), *Debates sobre el Estado Capitalista/1*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Miliband, Ralph (1978). *Marxismo y política*. Madrid: Siglo XXI.
- Miliband, Ralph (1991). *El Estado en la sociedad capitalista*. México: Siglo XXI.
- Olivé, León (1985). *Estado, legitimación y crisis*. México: Siglo XXI.
- Popper, Karl (1983). *Conjeturas y Refutaciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Poulantzas, Nicos (1969a). El problema del Estado capitalista. En Horacio Tarcus (comp.) (1991), *Debates sobre el Estado Capitalista/1*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Poulantzas, Nicos (1969b). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- Poulantzas, Nicos (1991). *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI.
- Poulantzas, Nicos (comp.) (1977). *La crisis del Estado*. Barcelona: Fontanella.
- Thwaites Rey, Mabel (2007). Complejidades de una paradójica polémica: estructuralismo versus instrumentalismo. En Mabel Thwaites Rey (comp.), *Estado y marxismo: un siglo y medio de debates*. Buenos Aires: Prometeo.

EL CONTEXTO DE VULNERABILIDAD DE LOS PROCESOS DEMOGRÁFICOS EN EL CHACO

Dra. Ana María H. Foschiatti¹

Resumen

En los albores del siglo XXI se plantea reiteradamente el tema de la vulnerabilidad sociodemográfica en el estudio de los distintos procesos que involucran a las sociedades humanas, como sí también en los debates sobre políticas públicas dedicadas a reducir la pobreza. Su difusión obedeció a factores y fenómenos muy variados, entre los que figuran la creciente inestabilidad económica, la calidad de vida de las poblaciones, los signos de fragmentación social, la indefensión ante riesgos de diversa naturaleza y la dificultad del acceso de los activos a la movilidad social

Esto nos induce a la consideración de esas características en los procesos de cambio demográfico que operan en períodos de tiempo relativamente extensos y tienen la peculiaridad de iniciarse en algunos espacios geográficos y expandirse luego a otros. Los cuatro procesos de duración prolongada que se analizan en este artículo y se los vincula con la vulnerabilidad sociodemográfica son: la transición demográfica, la transición urbana y de la movilidad, la segunda transición demográfica y la transición epidemiológica que estructuran las condiciones demográficas presentes y futuras.

Palabras claves: *Vulnerabilidad – Chaco – Procesos demográficos*

Vulnerability Context of the Demographic Processes in Chaco

Abstract

In the dawn del century XXI repeatedly considers the subject of the sociodemográfica vulnerability in the study of the different processes that involve the human societies, as yes also in the debates on public policies dedicated to reduce the poverty. Its diffusion obeyed to factors and phenomena very varied, between which they appear the increasing economic instability, the quality of life of the populations, the signs of social fragmentation, the defenselessness before risks of diverse nature and the difficulty of the access of the assets to social mobility

This induces us to the consideration of those characteristics in the processes of demographic change that operate in relatively extensive periods of time and have the peculiarity to begin in some geographic spaces and to expand soon to others. The four processes of prolonged duration that are analyzed in this article and tie them with the sociodemográfica vulnerability are: the demographic transition, the urban transition and of mobility, the second demographic transition and the transition epidemiologist whom the present and future demographic conditions structure.

Key word: *Vulnerability – Chaco – Demographic processes*

• ¹ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
• Directora del Instituto de Geografía, Facultad de Humanidades – Universidad Nacional del Nordeste (UNNE) Argentina.
• Profesora Titular de la Cátedra Geografía de la Población, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste (UNNE) Argentina
E-mail: amfoschiatti@hum.unne.edu.ar

EL CONTEXTO DE VULNERABILIDAD DE LOS PROCESOS DEMOGRÁFICOS EN EL CHACO

En el análisis de la *vulnerabilidad sociodemográfica* participan tres hechos: los *acontecimientos riesgosos*, la *imposibilidad de responder ante ellos* y la *incapacidad de adaptarse a la nueva situación generada*. Si bien los tres enunciados son importantes, solamente el riesgo puede comprenderse mediante el comportamiento de las variables demográficas, particularmente a través de los procesos de larga duración; los otros aspectos son circunstanciales y dependen de las condiciones sociales del grupo (CEPAL, 2002:23).

Utilizada con la modalidad relacionada con la llamada *dinámica demográfica de la pobreza* que apunta a los grupos en condición de vulnerabilidad social, ya sea porque están en riesgo social (pobres extremos) o forman parte de una franja de los llamados *vulnerables a la pobreza*, es posible detectar situaciones de riesgos sociodemográficos donde se involucran procesos demográficos de larga duración (en personas, hogares o comunidades que tienen la probabilidad de experimentar o reaccionar ante la materialización de un hecho). Cuatro procesos de larga duración justifican las condiciones demográficas pasadas, presentes y las que ciertamente influirán en el futuro para generar situaciones que implican algún riesgo. Esos procesos de cambios son: *la transición demográfica*, *la transición urbana y de la movilidad*, *la segunda transición demográfica* y *la transición epidemiológica*.

La *transición demográfica* se caracteriza por el descenso sostenido de la natalidad y la mortalidad desde niveles altos a bajos, lo que se traduce a largo plazo en un cambio poblacional que se expresa, al finalizar el proceso, en un lento crecimiento de la población y en una modificación de la estructura etaria (envejecimiento demográfico). La *transición urbana y de la movilidad* consiste en el incremento acelerado de la proporción de población urbana acompañado por movimientos migratorios dentro y fuera de las ciudades como así los desplazamientos largos (internacionales). Por otra parte, la *segunda transición demográfica* se caracteriza por cambios en la estructura familiar, la postergación de las iniciaciones nupciales y reproductivas y la transformación de la institución matrimonial (más informal y frágil). Mientras que la *transición epidemiológica* implica el paso de enfermedades y causas de muerte infecciosas, parasitarias y transmisibles hacia enfermedades degenerativas y no transmisibles (tumores, violencia), transformaciones que ocurren debido a cambios en el comportamiento en el plano de la salud, la nutrición, avances en la medicina y alteraciones socioambientales. El envejecimiento y la mayor esperanza de vida de la población también desempeñan un rol importante en el cambio del perfil epidemiológico, porque son los adultos mayores los más vulnerables a las patologías crónicas y a las enfermedades degenerativas.

1. El modelo de transición demográfica y sus implicancias

Las transformaciones demográficas observadas en los países desarrollados estuvieron relacionadas con las variaciones económicas, con el desarrollo y con los cambios del nivel de vida

de la población. Uno de esos procesos conocido como la *transición demográfica* consistió en la modificación de las tasas de natalidad y mortalidad, de niveles altos a muy bajos de ambas (Chackiel, 2004:11). Las innovaciones demográficas que se experimentaron aceleradamente a lo largo del tiempo dieron como resultado estructuras de población diferentes, las que implicaron cambios en las modalidades de la organización social, cultural y económica que acompañaron al proceso, con características heterogéneas según las áreas.

Se registran numerosos estudios sobre la transición demográfica que explican las características particulares del proceso. Este, comprende la modificación de *cuatro riesgos*: la mortalidad, la fecundidad, la estructura etaria y la dependencia. El descenso de los dos primeros compromete directamente a las personas y es indicativo del capital humano y de las mejores condiciones de salud, mientras que los otros dos se refieren a la sociedad en su conjunto. En la estructura por edades de la población se puede observar, indistintamente, un envejecimiento marcado o un rejuvenecimiento demográfico, dependiendo esta situación del comportamiento de las dos primeras variables. En relación con esta conducta, el proceso de transición en las distintas regiones, *difiere* en el *momento de inicio*, en la *velocidad en que se producen* los cambios, en los *valores de los índices* y en la *incidencia de las variables* conexas (CEPAL, 2002).

Habitualmente, para describir las características básicas de la *dinámica de la población*, se utiliza el concepto de *transición*, que nace de lo ocurrido en los cambios demográficos europeos (como resultado de las transformaciones económicas y sociales después de la revolución industrial). Ello permite ubicar a los países en cuatro etapas de la transición que se diferencian por los valores de las tasas de natalidad y mortalidad mostradas a través del tiempo, con ciertas características de índole social y espacial.

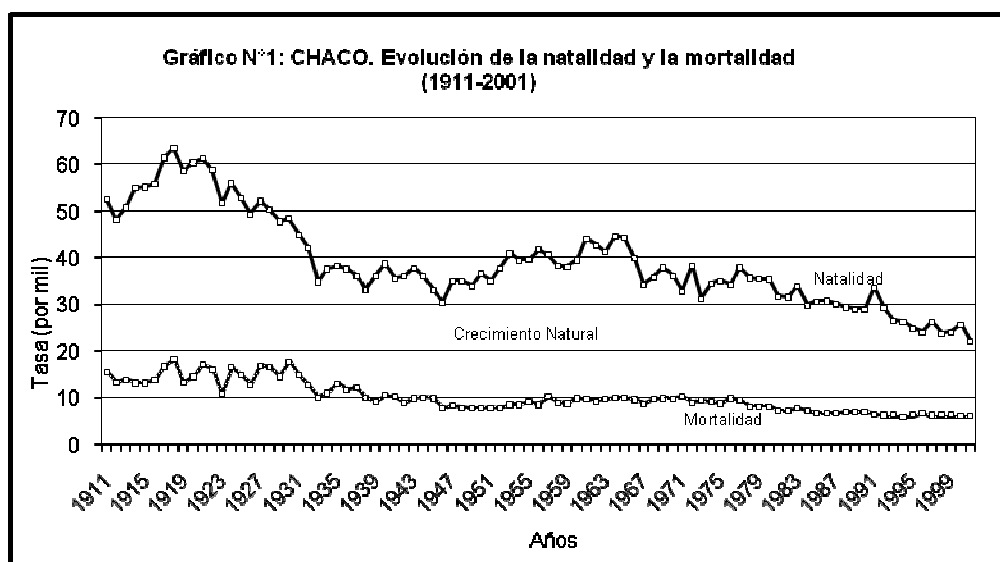
La primera etapa, de *transición incipiente o pretransicional*, se caracterizó por condiciones de pobreza con población predominantemente rural, deficiente acceso a los servicios sociales; con tasas de crecimiento natural del 2.5%, índices de natalidad (42 ‰ o más) y mortalidad elevados y sostenidos y una alta proporción de niños y jóvenes que se tradujo en un crecimiento demográfico bajo (Rivadeneira, 2000:22).

En una segunda etapa, de *transición inicial o moderada*, si bien disminuyó la mortalidad con un leve rejuvenecimiento de la población y un aumento de los índices de dependencia, no se observa la misma conducta en la mayoría de la población rural y en aquellos segmentos sociales en situación de pobreza. Como resultado de una mortalidad en descenso y una natalidad elevada y estable (32 a 42‰) – consecuencia de las mejoras en las condiciones de vida– se registran tasas de crecimiento natural cercanas al 3% anual. Dado el importante volumen de población infantil y juvenil, es probable que se siga presentando una natalidad elevada.

En la etapa de *plena transición* se registró un predominio de población urbana, una natalidad en descenso (22‰ a 32‰) y una mortalidad que ha disminuido notablemente debido a la joven estructura etaria y al efecto de las campañas de salud realizadas. El crecimiento medio natural de estos sectores fue cercano al 2% anual.

Finalmente, se presenta la etapa de *transición avanzada o postransicional*, con un grado de urbanización alto, tasas de crecimiento natural medias anuales del orden del 1%, natalidad baja (22‰ o menos) y mortalidad moderada o baja. Algunas áreas se caracterizaron por una importante proporción de población anciana, como producto del descenso en los niveles de fecundidad.

En solo 40 años A. Latina pasó de tener altas tasas de fecundidad a índices por debajo de la media mundial. Esta fue precedida por una reducción de la mortalidad, con mayor intensidad desde 1930, y una disminución aún mayor a posteriori de la Segunda Guerra Mundial. Alcanzó una e_0 promedio de 52 años y una tasa de mortalidad infantil de 127‰ a mediados del siglo XX. Ello provocó el acelerado crecimiento experimentado entre 1950 y 70 con un aumento de la esperanza de vida en las décadas siguientes superando los 60 años (1970) y los 72 años (2000-2005), 8 años mayor que la del total de las regiones subdesarrolladas, con una tasa de mortalidad infantil de 36‰ (Chackiel, y Schkolnik., 2003: 11).

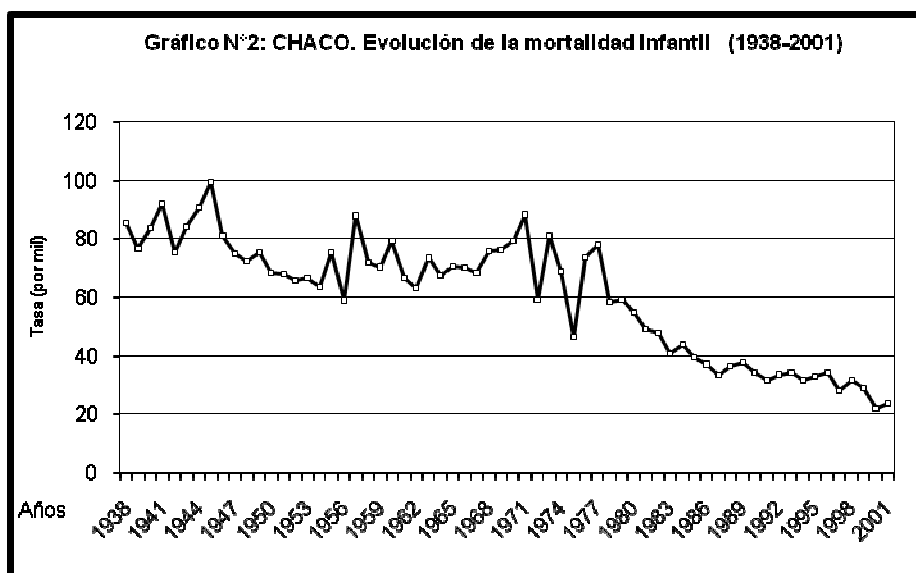


Fuente: Elaboración propia en base de las *Estadísticas vitales* y los *Censos nacionales de población*.

La caída de los niveles de fecundidad fue posterior. A mediados del siglo fue de 6 hijos por mujer con tendencia ascendente por efectos del descenso de la mortalidad, que exponía a la mujer a quedar embarazada hasta edades más avanzadas, además de la mejora en las condiciones de salud. Recién a partir de 1960 se produce un cambio, llegando actualmente a 2,7 hijos por mujer. Ese cambio es la respuesta a la revolución anticonceptiva que dio comienzo en países europeos, con tasas por debajo de los niveles de reemplazo, que luego se extendería al resto del mundo. En la provincia del Chaco (Arg), estos hechos se hacen visibles en el gráfico 1 donde se observa que, desde mediados del siglo XX, se produjo el descenso de la natalidad y de la mortalidad, que marcan una disminución del número de niños en los hogares, es decir un aumento del control sobre la salud y la reproducción de las personas, quedando atrás las amenazas de un elevado crecimiento y de una población juvenil altamente vulnerable, aunque se

modifica el perfil de los riesgos. Asimismo en el gráfico 2 es notable la disminución de la mortalidad infantil en las dos últimas décadas del siglo XX, como respuesta a la rápida atención de los grupos expuestos por la factibilidad de prevenir las enfermedades y de la obtención de respuestas a las situaciones adversas.

Este análisis puede ser completado por tres cuestiones derivadas de la misma: a) *con el avance de la transición no se atenúan todos los riesgos* (maternidad adolescente) a la vez que emergen otros (envejecimiento), b) *existen otros riesgos sociodemográficos* que dependen de la transición urbana y de la segunda transición, c) *el avance de la misma no asegura la disminución de la vulnerabilidad social*, pues existen numerosos riesgos que escapan de la esfera demográfica, como tampoco se garantiza el logro de aspiraciones sociales y económicas de las personas.



Fuente: Elaboración propia en base de las *Estadísticas vitales* y los *Censos nacionales de población*.

La mortalidad es un riesgo sociodemográfico que se debilita con el avance de la transición. Ello significa que se pueden evitar muertes por causas previsibles y además, postergar la vida de las personas hasta el límite máximo que permite la capacidad humana y médica. Por eso la transición demográfica está estrechamente vinculada con la transición epidemiológica, aunque su avance no es sinónimo de desaparición de riesgos de morbilidad evitable, como se observa fácilmente en numerosas áreas y regiones con profundas desigualdades socioeconómicas. En ese sentido, la mortalidad y los diversos grados de impedimentos que ocasionan los accidentes y los modos de violencia, no cambian con el avance de la transición demográfica, pues no existe una dependencia con ella. Muchos acontecimientos pueden prevenirse mediante las modificaciones a largo plazo de las conductas y de los factores culturales de los hogares y las personas.

A modo de síntesis, el siguiente cuadro ofrece, por un lado los riesgos propios de las diferentes etapas de la transición demográfica y por otro, algunas condiciones necesarias para reducir la vulnerabilidad demográfica y social, aplicables al área que nos ocupa:

<i>Fases de transición</i>	<i>Atributos generadores de riesgos</i>	<i>Condiciones necesarias para disminuir la vulnerabilidad</i>
<i>Transición incipiente</i>	• Baja urbanización • Elevada proporción de población joven • Alta mortalidad infantil • Predominio de enfermedades transmisibles, infecciosas y parasitarias • Altas tasas de dependencia demográfica • Bajos niveles de instrucción y alta deserción escolar • Altos niveles de pobreza urbana y rural • Proliferación de áreas marginales habitadas por inmigrantes rurales	• Proporcionar infraestructura rural • Cuidado de la salud materno infantil • Acceso a una buena calidad educativa básica y secundaria • Disponibilidad de viviendas y servicios urbanos • Capacitación y empleo
<i>Transición moderada</i>	• Urbanización baja y moderada • Proliferación de suburbios marginales habitados por inmigrantes rurales • Rejuvenecimiento de la población • Embarazo adolescente • Predominio de enfermedades transmisibles, infecciosas y parasitarias	• Disponibilidad de viviendas • Infraestructura urbana y rural • Equipamiento sanitario materno infantil • Atención a la salud reproductiva • Cobertura y calidad de la educación • Marginalidad juvenil • Aumento de la capacidad del empleo
<i>Plena transición</i>	• Aumento de población joven y adulta • Urbanización moderada y alta • Embarazo adolescente • Enfermedades infecciosas, parasitarias y crónicas • Exclusión y marginación de amplios espacios urbanos carentes de infraestructura y servicios	• Educación secundaria y superior • Disponibilidad de empleo • Marginalidad juvenil • Salud de adultos • Cobertura y atención a la salud reproductiva • Acceso a la vivienda digna • Disponibilidad de infraestructura urbana • Salud materno infantil e implementación de sistemas de alta complejidad • Previsión para la vejez
<i>Transición avanzada</i>	• Altos valores de urbanización • Envejecimiento demográfico • Predominio de enfermedades crónicas y degenerativas; aumento de incidencia de causas de muerte por factores externos (accidentes, homicidios, suicidios, etc.) • Cambio en los patrones familiares y reproductivos • Desprotección de ancianos • Aumento de la necesidad de cobertura en el sistema de pensiones	• Acceso a la vivienda • Infraestructura urbana • Atención de adultos mayores y ancianos • Aumento del empleo • Educación superior • Implementación de atención de alta complejidad • Implementación de pensiones • Recreación y contención para adultos mayores • Cobertura y financiamiento de sistemas de pensiones

Fuente: Busso (2002) p.37

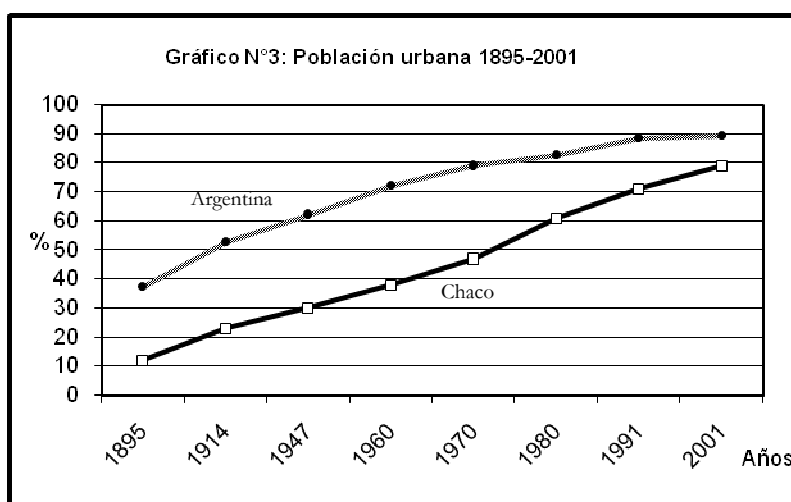
2. La transición urbana y de la movilidad: sus riesgos y consecuencias

La transición urbana se explica por el *aumento sostenido de la proporción de población urbana* y el estancamiento demográfico de las áreas rurales, acompañados por un *cambio de las conductas de movilidad* (traslado entre las ciudades y dentro de ellas). La rápida urbanización y las elevadas proporciones de población viviendo en las ciudades son características inherentes al siglo XX. Por su importancia demográfica, sus causas y sus consecuencias, dicho fenómeno puede ser considerado como un proceso de redistribución espacial. El paso de una situación con

predominio rural, hacia 1950, a otra con mayoría urbana es una de las expresiones más destacadas de los profundos cambios provocados en esa redistribución espacial.

El concepto de la transición de la movilidad (*movility transition*) fue introducido por Wilburg Zelinsky en 1971 quien lo relaciona fuertemente con el proceso de urbanización. Según su enfoque el volumen y la dirección de los movimientos varían de acuerdo a la etapa de la transición en que se realicen. Predominan primero, los movimientos relacionados con el uso de la tierra; en segundo término se efectúan las migraciones del campo a la ciudad y a las áreas de colonización por parte de los desplazamientos internacionales. En tercer lugar, se incrementa el movimiento entre las ciudades y se intensifica el movimiento de población desde países pobres a ricos y por último, en etapas más avanzadas, aumenta la migración intraurbana y se acentúa la circulación internacional (CEPAL, 2002).

La migración interna actual en la Argentina y en el Chaco se define por: a) el predominio de desplazamientos interurbanos, b) la emigración rural que aumenta el envejecimiento, c) el incremento de la urbanización debido a los desplazamientos internos, d) la movilidad de la población desde las áreas metropolitanas hacia ciudades más dinámicas y mejor provistas, e) la persistencia del atractivo hacia las capitales más pequeñas con sistemas altamente primados, f) la modificación de la calidad de las áreas receptoras o expulsoras según la coyuntura política, económica y social, g) el aumento de la redistribución espacial dentro de las ciudades, con propósitos laborales o de vivienda, h) la intensificación de la “*rururbanización*” (traslado de personas que habitan en la periferia o zonas rurales próximas a las ciudades, para trabajar o estudiar).



Fuente: Elaboración propia en base de las *Estadísticas vitales* y los *Censos nacionales de población*.

Por otra parte, la fecundidad, la mortalidad, las migraciones y las complejas interacciones entre población, medio ambiente y organización económica, definen los patrones de distribución de la población y la ocupación del territorio. La migración forma parte de la historia de esa

ocupación y del comportamiento de las personas cuando estas no encuentran oportunidades para satisfacer sus necesidades. Ello conlleva a la modificación de la estructura etaria de los ámbitos urbanos y rurales. El primero muestra un abultamiento en las edades jóvenes, aunque se detecta una disminución de la natalidad y el rural expresa una merma importante en todas las edades.

A mediados del Siglo XX, en América Latina, la población urbana alcanzaba al 40%, mientras que en la segunda mitad del siglo esta situación consolida a la región como una de las más urbanizadas del mundo con valores que superan el 75%, a pesar de la desaceleración del ritmo de crecimiento de dicha población (Rodríguez Vignoli, 2002:25). A esta característica no escapa la Argentina donde los niveles de urbanización pasan de 62.2% en 1947 a 89.3% en 2001. En el Nordeste los valores ascienden a 29% en 1947 y 77% en 2001, mientras que en Chaco las cifras son de 30% y 83% respectivamente, acompañando al ritmo del crecimiento protagonizado en el orden nacional y regional.

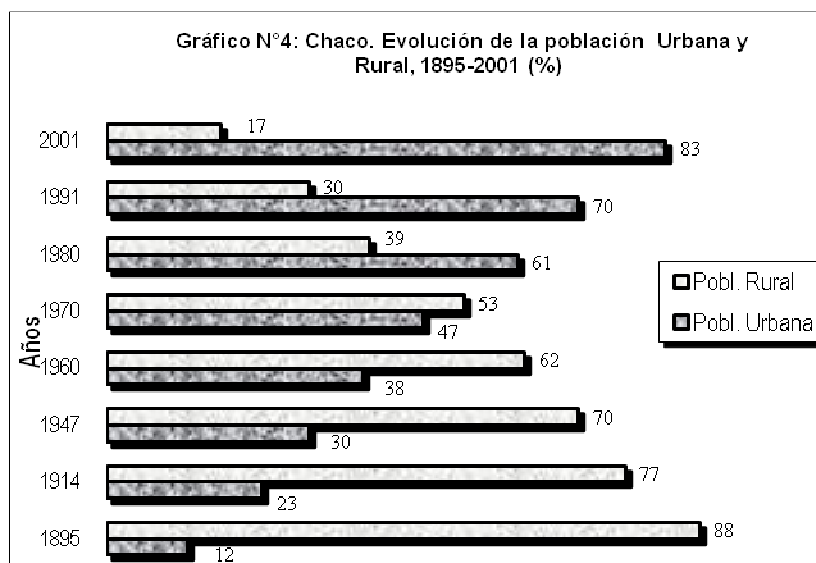
Cuadro N°1: CHACO. Población urbana y rural entre 1960 y 2001.

Año	Población urbana	%	Población rural	%
1960	205.463	38	337.868	62
1970	266.488	47	300.125	53
1980	426.844	61	274.548	39
1991	584.070	70	255.274	30
2001	784.694	80	199.751	20

Fuente: Elaboración propia en base a los Censos Nac. de Población.

Los riesgos que se relacionan con las distintas etapas de la transición urbana y de la movilidad, se sintetizan en las ideas de “*presión urbana*” y “*abandono rural*”. La migración rural-urbana encierra una serie de situaciones desfavorables tanto para las ciudades como para los propios migrantes que deben soportar situaciones de incertidumbre y de fragilidad en su inserción al medio. Por otra parte el despoblamiento del campo es otro riesgo que se debe enfrentar en las etapas iniciales de la transición urbana, aunque la población rural continúa incrementándose como resultado del crecimiento natural más elevado. En etapas más avanzadas se observa que los riesgos y problemas de la sociedad se “urbanizan” a través de la aparición de otros fenómenos como la criminalidad, la contaminación, la violencia, riesgos coyunturales que pueden desaparecer, aunque la urbanización modifica su perfil y generan otros riesgos sociodemográficos como la segregación residencial y el crecimiento desordenado (Busso, 2002:38). Al mismo tiempo, y en etapas posteriores se pueden promover aspectos positivos como el aumento de la población activa en las ciudades a causa de la selectividad migratoria,

En síntesis, independientemente de la etapa de transición urbana que se trate, la localización de la población conduce a la existencia de dos riesgos fundamentales: la *dispersión de la población* rural con la proliferación de ciudades de pequeño tamaño y la *instalación de las personas en áreas precarias* o expuestas a problemas ambientales en las ciudades.



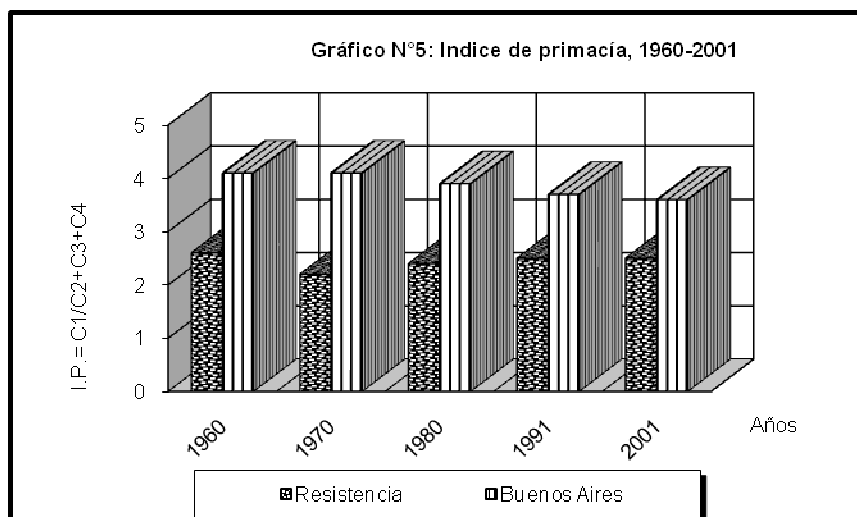
Fuente: Censos Nacionales de población. 1895 a 2001.

Varios de los riesgos urbanos se vinculan con la organización de los *sistemas primados de ciudades* o ciudades grandes, con predominio de riesgos sociodemográficos relacionados con la localización y la movilidad dentro de las ciudades (los sistemas urbanos tienden a ser primados cuando la ciudad principal representa más de $\frac{1}{4}$ de la población total y más de $\frac{1}{3}$ de la urbana y detenta un peso económico y político importante con índices superiores a 2). La mayoría de ellas se organizan internamente como espacios en permanente cambio donde se oponen áreas centrales colapsadas y periferias recientes segregadas y marginales. Pero al mismo tiempo las grandes áreas urbanas se constituyen en centros de decisión política y económica, de concentración de población, de movilidad, mientras que las de menor tamaño se desenvuelven como núcleos de enlace y difusión de los flujos económicos, hacia el resto del territorio (Zárate Martín, 1997:13).

En muchas áreas, el elevado incremento demográfico fue acompañado, por un proceso de redistribución, por una urbanización acelerada y una concentración urbana muy alta. En algunas ocasiones el responsable directo fue el importante crecimiento natural, aunque se asegura que la urbanización tiene en las migraciones rurales, su componente y responsable principal. En ese sentido, el rasgo más sobresaliente de los países subdesarrollados es el peso de la ciudad de grandes magnitudes, es decir, la supremacía de las capitales en términos cuantitativos (Ferrer Regales, 1992:29).

El fenómeno de la concentración demográfica se relaciona con el llamado "*Primacía de los sistemas urbanos*" donde las metrópolis alcanzan el carácter de ciudades primadas (Elizaga, 1979:186) medido a partir del *índice de primacía* que evalúa el dominio de la ciudad principal sobre el sistema urbano al que pertenece. Además, marca diferencias notables entre países, regiones o áreas, dependiendo de la importancia relativa y del grado de concentración en una sola ciudad. El

1939, Mark Jefferson introduce el concepto de *ciudad primada* el cual permite detectar el comportamiento de la jerarquía urbana que, al referirse a los países latinoamericanos, se observan tendencias cada vez más crecientes, cualquiera sea el índice tomado para medir el fenómeno.



Fuentes: Elaboración propia en base a los *Censos Nacionales de población*.

En numerosos sistemas urbanos de América Latina sobresalen las ciudades grandes y su presencia tiene raíces históricas pues la vocación urbana de los conquistadores incentivó la fundación de ciudades con funciones de defensa y de poder político - económico. Asimismo, la evolución de su población fue acelerada y no cabe dudas de que por su atractivo, jugaron un papel importante en el proceso de redistribución de la población a través de la transferencia de personas del campo a la ciudad. En el año 2000 el número de ciudades de más de un millón de habitantes alcanzaba a 49, 7 urbes superaban los 5 millones y 4 los 10 millones. (Rodríguez Vignoli, 2002:33)

El desarrollo urbano en los países de Latinoamérica tiene las siguientes características: hasta 1970 el crecimiento demográfico fue alto debido a la elevada fecundidad y a la importante migración campo-ciudad, a la reclasificación de los espacios rurales y a la tendencia de la concentración de la población en las ciudades grandes. A partir de 1980 y hasta la actualidad, se observan algunos cambios debido a la disminución de los niveles de fecundidad y a la reducción de la migración rural que permitieron la desconcentración de las áreas metropolitanas centrales y el incremento de las ciudades intermedias (Pinto da Cunha, 2002:7)

Los valores del índice de primacía en el país y en el Chaco expresan las condiciones de *supremacía y macrocefalismo*, tal como se observa en los cuadros 2 y 3:

Cuadro N°2: Índice de Primacía en Argentina y el Chaco, 1960 y 2001.

Años	Ciudad Primada	Índice de Primacía		Proporción población ciudad primada con relación a la población total del país/provincia. (%)	Proporción población urbana (%)
		$\frac{C1}{C2+C3+C4}$	$\frac{C1}{C2}$		
1960	Buenos Aires	4.1	10.2	34	72
1970		4.1	10.5	36	79
1980		3.9	9.9	36	83
1991		3.7	9.4	38	88
2001		3.6	8.8	33	89
1960	Resistencia	2.6	3.1	20	38
1970		2.2	3.7	25	47
1980		2.4	4.5	31	61
1991		2.5	4.5	34	70
2001		2.5	4.7	37	80

Fuente: Elaboración propia en base a los Censos Nacionales de población.

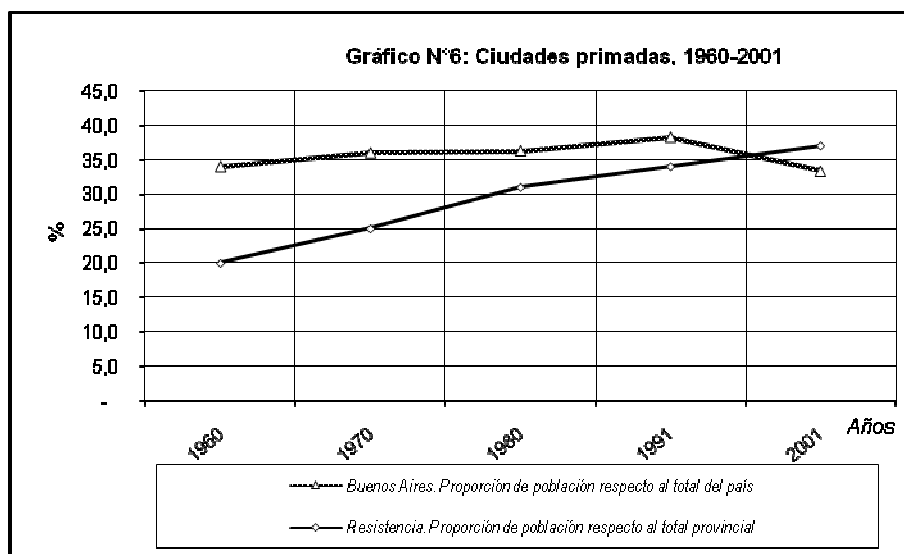
Es conveniente dejar aclarado los dos conceptos manejados con frecuencia cuando se habla de la superioridad de la capital. Por un lado, un sistema presenta *primacía* cuando la ciudad primada, o sea la mayor del sistema, excede en más del doble a la que le sigue en magnitud de población o bien a la suma de las tres siguientes. En cambio manifiesta *macrocefalia* cuando la población de la ciudad mayor excede a la suma de la población conjunta de los demás núcleos urbanos (tomados a partir de un umbral numérico determinado no arbitrario). “*Macrocefalia implica primacía, pero primacía no necesariamente implica macrocefalia*” (Vapñarsky, 1995).

Cuadro N°3: Chaco. Población urbana, de la capital y la segunda ciudad, 1960 – 2001

Año	Población urbana	Población capital	Pobl. segunda ciudad	PRIMACIA	MACROCEFALISMO
1960	205.463	108.287	34.381	X	X
1970	266.488	142.848	38.620	X	X
1980	426.844	214.438	49.261	X	X
1991	600.660	292.287	64.476	X	NO
2001	780.440	359.142	76.377	X	NO

Fuente: Elaboración propia en base a los Censos Nacionales de población.

Puede afirmarse que el Chaco tiene un sistema urbano *primado o primacial* que ha persistido, pero con una disminución en el *macrocefalismo*, logrado en la última década por una mejor organización del sistema urbano.



Fuente: Elaboración propia en base a los Censos Nacionales de población.

Las ciudades son uno de los componentes más destacados y dinámicos del sistema urbano aunque su heterogeneidad dificulta los análisis detallados. Ellas son afectadas muy rápidamente por sucesos riesgosos puntuales como inundaciones, instalación o cierre de industrias, flujos migratorios. En la Argentina y en el Chaco en particular ese fenómeno se observa con suma claridad.

Resistencia, la capital de la provincia, alcanzó a los 361.118 habitantes (2001), erigiéndose en la capital regional más importante y junto a la vecina ciudad de Corrientes, forman un núcleo que supera las 500.000 personas. Le sigue en importancia la ciudad de Pcia. R. Sáenz Peña que solo alcanza a un 21% de la población capitalina, un verdadero desequilibrio urbano, más aún si consideramos el resto del sistema. Este último fenómeno puede ser tratado a través de la aplicación de modelos teóricos como el de la *regla rango-tamaño* (Zipf). La representación gráfica de la regla de Zipf permite expresar los modelos de distribución jerárquica dentro de los sistemas urbanos y su grado de adecuación a la distribución ideal o esperada que se plantea como la situación óptima. Los diagramas resultantes que expresan la situación, muestran un notorio desequilibrio entre los valores observados y los esperados, de acuerdo al modelo aplicado.

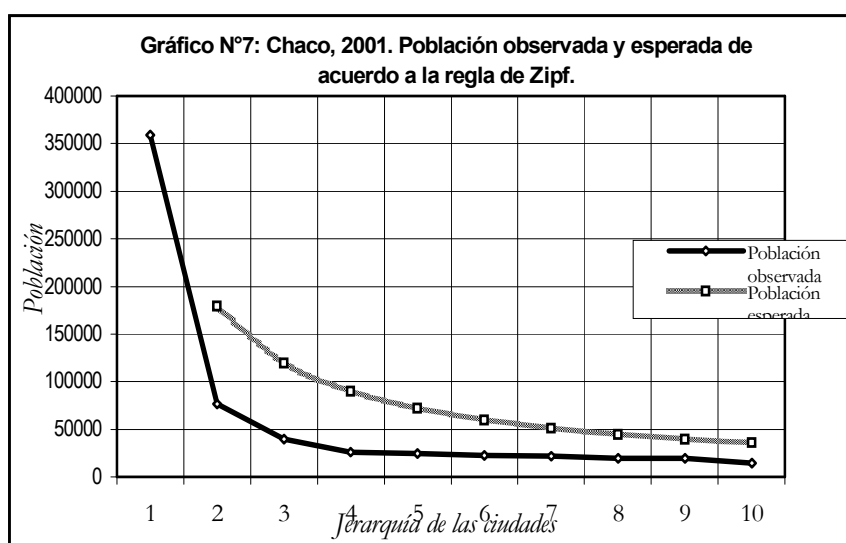
Parte de la relación inversa observada por Averbach (1913) y comprobada empíricamente por J.Q. Stewart y G.K. Zipf (1944) entre el orden de cualquier ciudad dentro de un conjunto urbano y su población. Consiste en que la población de orden o "rango r" es de $1/n$ el tamaño de la población de la ciudad más poblada. Así, la segunda ciudad posee $\frac{1}{2}$ la población de la primera, la tercera $\frac{1}{3}$, la cuarta $\frac{1}{4}$ y así sucesivamente. De ese modo los tamaños de todas las ciudades aparecen vinculadas entre sí y ponen de manifiesto las interrelaciones existentes entre unas y otras. Según esta regla se puede determinar el peso demográfico de cualquier ciudad conociendo el rango o lugar dentro del sistema urbano y el número de habitantes de la primera aglomeración. Dividiendo la población de la ciudad mayor por el rango de otra cualquiera del sistema se obtiene

la población esperada de esa ciudad. Por ejemplo, la población de una ciudad de rango 6 sería seis veces menor que la de la ciudad mayor del sistema ($P1/6$) (Gutiérrez Puebla, 1984:56-64).

Cuadro N°4: Población observada y esperada en las diez primeras ciudades del Chaco, de acuerdo a la regla de Zipf, 1991-2001.

1991		2001	
Población observada	$Pr = \frac{P_1}{r}$ Población esperada	Población observada	$Pr = \frac{P_1}{r}$ Población esperada
291083		359142	
64476	145542	76377	179571
30940	97028	39378	119714
20583	72771	25775	89785
16222	58217	24419	71828
14655	48514	22497	59857
14281	41583	21479	51306
13206	36385	19550	44892
12654	32343	19538	39904
11812	29108	14083	35914

Fuente: (Cuadro y Gráfico) *Censos Nacionales de Población, 1991 y 2001.*

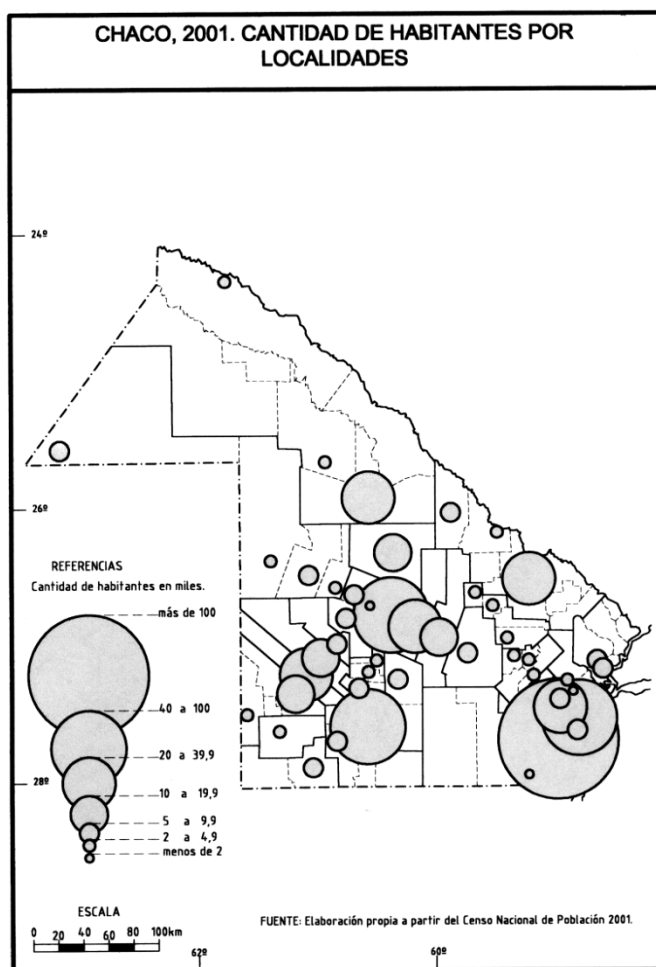


En general, las distribuciones uniformes y próximas al modelo rango-tamaño se encuentran en países desarrollados, donde las redes urbanas son completas y bien jerarquizadas. El ajuste completo a la regla es muy difícil en la práctica ya que siempre existen diferencias de urbanización entre áreas o regiones. De todas maneras, la distribución ideal de la regla expresa las condiciones óptimas que debería tener la jerarquía urbana para facilitar las relaciones entre las ciudades, base del desarrollo económico, social y cultural de los espacios donde se localizan las redes.

El análisis de esas redes urbanas y de la organización interna de las ciudades permite concluir que la primacía urbana es el factor desencadenante de los desequilibrios espaciales

regionales. Además, con el fenómeno del macrocefalismo se acentúa el papel hegemónico de las ciudades que ejercen una especie de colonialismo interno y dirigen unitariamente, la vida de la provincia.

Existe la opinión que, cuanto mayor es el tamaño de las ciudades, atraen un considerable número de población en un proceso de autoalimentación continuada. Ello se explica por las características propias de las grandes ciudades, dadas sus ventajas para la localización de actividades financieras, de servicios y bancarias, etc., generadas, difundidas y aprovechadas en los conglomerados urbanos. Estos elementos de orden económico junto a los de naturaleza política y sociológica como lo son la maquinaria gubernamental, de los medios de comunicación, la convergencia de carreteras, la existencia de los recursos públicos necesarios en salud, educación, etc., determinan que la decisión de los migrantes potenciales se incline por esos grandes conglomerados, colaborando así en la producción de la hiperurbanización.



En otro orden de cosas el *despoblamiento de las áreas centrales*, la *segregación residencial* o la *ocupación de tierras suburbanas* expuestas a todo tipo de riesgos se relacionan

con la conectividad y la precariedad de los servicios, entre otros. No es un fenómeno nuevo que el ritmo de crecimiento de las periferias urbanas es mucho más intenso que el de la zona central. Las fuerzas que conducen a esta situación están relacionadas con la saturación del espacio central, el elevado costo de los terrenos o la ocupación paulatina del centro por funciones comerciales o de servicios. Pero esa expansión periférica difiere de las características de suburbanización de países desarrollados. Mientras en estos se utiliza la *zona central* para la instalación de actividades no residenciales y grupos pobres o segregados y las *áreas suburbanas* para grupos acomodados, en los países latinoamericanos son las *periferias ampliadas* o suburbios que albergan a los más pobres o a los migrantes rurales desplazados.

La expansión se debe además a la demanda habitacional insatisfecha (invasiones, asentamientos espontáneos), a la erradicación forzosa de los asentamientos, a programas de vivienda construidas donde los terrenos son más baratos, donde se acumulan deficiencias y postergaciones (niveles de vida inferiores a los promedios, equipamiento escaso, deficiente accesibilidad y precariedad de los transportes, vulnerabilidad ambiental, riesgos naturales, gastos en desplazamientos, etc.). En Resistencia, los asentamientos irregulares se extienden más allá de las cuatro avenidas que delimitan el casco céntrico. Algunas en áreas muy riesgosas ambientalmente y otras con numerosas carencias, que debilitan la calidad de vida de la población.

La radicación precaria es una forma de hábitat generada por las dificultades para acceder a la propiedad de los terrenos urbanos (ocupación informal) en áreas con riesgo ambiental, en terrenos públicos que provocan la inseguridad de la tenencia, con déficit de los servicios básicos y riesgo sanitario, entre otros. Una gran proporción de los hogares tiene la combinación de dos factores de vulnerabilidad: un bajo nivel educativo del jefe del hogar y alta dependencia económica, que implica también riesgo para la salud (Arriagada Luco, 2003:20-24).

El hacinamiento definido como el problema de sobrecarga del parque habitacional y causado por el elevado número de habitantes en las viviendas respecto a la cantidad de habitaciones (tres o más personas por cuarto destinado a dormitorio) tiene los peores índices en esos sectores marginales. Es destacable notar que el hacinamiento es un factor que interfiere en la adquisición de capital educativo de las personas y favorece al crecimiento de la pobreza. El crecimiento de la periferia, más importante que en las áreas centrales, marca un proceso de redistribución de la población a la vez que implica una transformación de carácter social, económico y político de ese ámbito geográfico. En síntesis:

- A medida que avanzaron la transición urbana y la transición demográfica se transitó hacia una reducción del crecimiento de las ciudades más grandes, aunque estas siguen conteniendo a gran parte de la población total y urbana.
- Actualmente y en las urbes de mayor tamaño, el proceso de segregación residencial hacia las áreas alejadas es un denominador común, desde finales del siglo XX.
- Las mayores aglomeraciones muestran una expansión demográfica importante de las áreas periféricas, mientras las áreas centrales reducen su crecimiento. Ello no se debe a la

reducción de la migración rural ni al descenso del crecimiento vegetativo, sino a los procesos de redistribución dentro de las ciudades de magnitud y complejidad crecientes.

- El proceso de transición urbana conlleva un descenso sostenido de la fecundidad y la mortalidad, aunque en las áreas con una fase incipiente de ese proceso se complica el panorama, pues se registran altos niveles de crecimiento demográfico y rural con un bajo desarrollo socioeconómico.

- Los serios problemas de dispersión y aislamiento continúa en las fases más avanzadas de la transición.

3. La segunda transición demográfica: una transformación en marcha

La transformación ocurrida inicialmente en el comportamiento de la fecundidad en los países desarrollados nos introduce a la llamada *segunda transición demográfica*, que implica modificaciones en los patrones de reproducción de las familias y en la nupcialidad (aumento de la edad al casarse, uniones de hecho, procreación extramatrimonial, disoluciones matrimoniales). Esto condujo a que la fecundidad cayera por debajo de los niveles de reemplazo (2,1 Hijos por mujer) y al crecimiento negativo en algunos países (Chackiel, 2004:15).

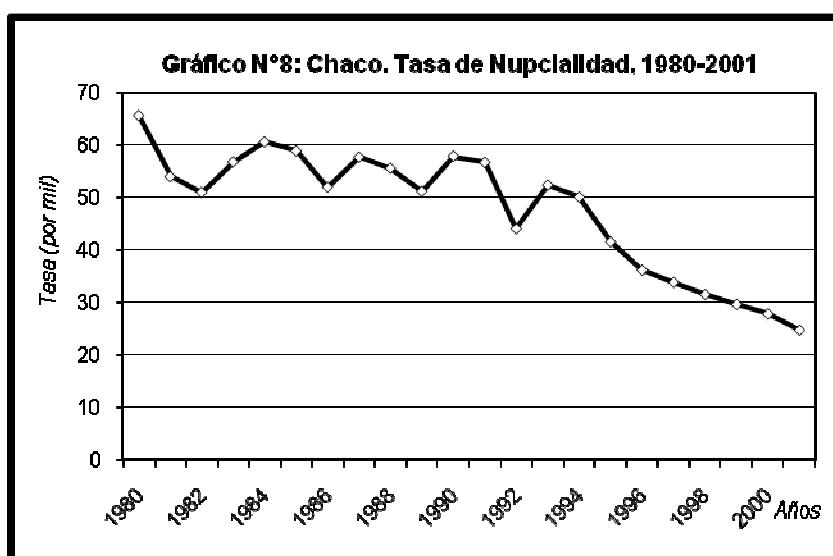
La *segunda transición demográfica* comienza en los países desarrollados como un fenómeno nuevo y diferente de los otros dos procesos y presenta indicios parciales de su extensión al resto del mundo, con la generación de riesgos sociodemográficos, relacionados con su retraso o su avance. Esta expresión fue difundida por demógrafos europeos (Ron Lesthaeghe y Dirk van de Kaa –1986) para describir el conjunto de cambios en las conductas matrimoniales y reproductivas de Europa en la década de 1960.

La elevada *fecundidad* está asociada generalmente con los sectores de menores ingresos, los más pobres, de bajo nivel de instrucción -entre los que se encuentran los aborígenes- y radicados en áreas rurales y urbanas marginales; mientras los que han logrado bajar los índices de fecundidad son las clases más acomodadas y las de mayor instrucción, con acceso a la información necesaria para la planificación familiar y a los medios para controlar los nacimientos.

La cantidad de hijos deseados por las mujeres de condición social más baja, está relacionado con los cambios culturales en cuanto a la consideración del número ideal de hijos, a las condiciones económicas adversas por las que se debe atravesar para su crianza y, a la incorporación del modelo de familia más pequeña como respuesta a las aspiraciones de mejorar la calidad de vida de los hogares, como así a la influencia recibida a través de los medios de difusión. Al mismo tiempo, la baja de la fecundidad está relacionada con el aumento del uso y aplicación de métodos anticonceptivos y de control.

La manifestación del *cambio de los comportamientos matrimoniales y reproductivos*, en los países desarrollados señala índices de fecundidad muy inferiores al nivel de reemplazo (postransición demográfica clásica), incremento de la soltería, de los nacimientos fuera del matrimonio, de la postergación de las uniones y de la maternidad-paternidad hasta el momento de

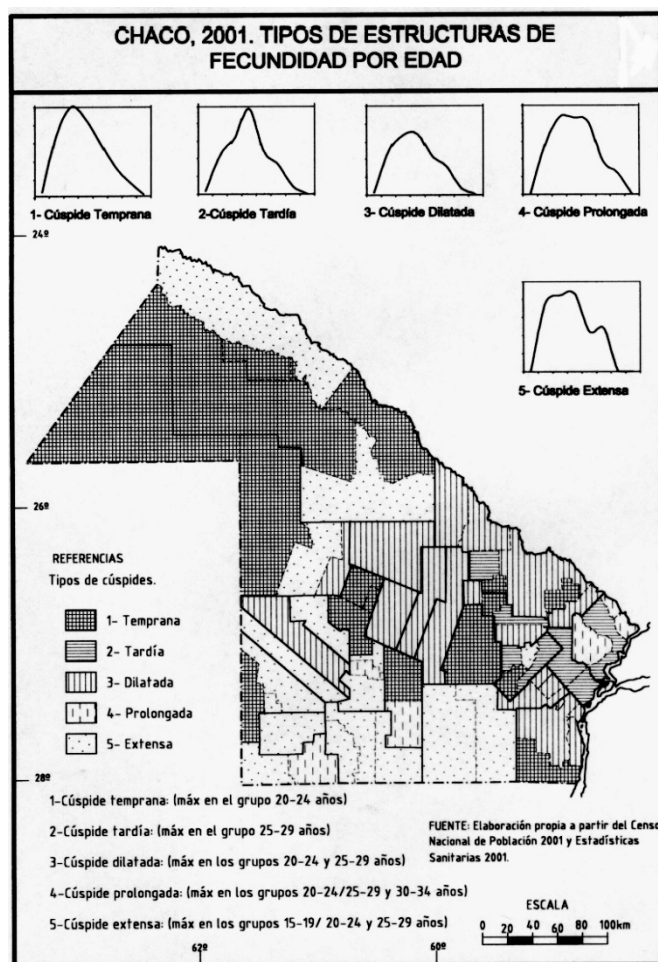
haber alcanzado un mínimo nivel de formación educativa o de obtener una posición económica acomodada para enfrentar esas etapas y acontecimientos de la vida. Es por ello que, la población joven contrae matrimonio y tiene su primer hijo a edades mayores que sus pares de los países subdesarrollados.



Fuente: Censos nacionales de población, 1980, 1991 y 2001 y Estadísticas vitales, 1980 a 2001

Los cambios socioeconómicos y de género, que afectan a hogares con menor capacidad de respuesta o mayor vulnerabilidad frente a esas adversidades, contempla también el fenómeno del aumento de las uniones ilegítimas, de los divorcios, separaciones, que implican dificultades en la crianza de los hijos, el abandono de la mujer propio de esos acontecimientos traumáticos. La inestabilidad familiar genera problemas para los involucrados, los que requieren aumentar su capacidad de respuesta frente a la posibilidad de ocurrencia, cualquiera sea el ámbito donde ocurre. Esos cambios obedecen a una profunda transformación cultural, en la que la persona toma una posición central fundada en los valores postmodernos, en la conciencia materialista y en el logro de una mejor calidad de vida (Rodríguez Vignoli, 2001:5).

La trayectoria seguida por la disminución de la fecundidad es relativamente independiente de los ciclos económicos y sociales. La falta de planificación familiar y la elevada fecundidad son propias de los grupos pobres. La baja de la fecundidad contrasta con el aumento de la fecundidad adolescente que se incrementa entre los menores de 18 años pobres con deficiente nivel educativo y con dificultades para la crianza de los niños.



Algunos factores como el mayor nivel educativo alcanzando en ambos sexos, el acceso a los medios de comunicación masiva, la urbanización, el aumento del nivel de vida, el progreso de la situación de la mujer y su incorporación al trabajo remunerado, la modernización productiva y cultural, favorecen a las decisiones de no tener tantos hijos, anteponiendo los proyectos personales a los religiosos y tradicionales. Muchos afirman que el mayor desarrollo se asocia con la baja fecundidad. A escala nacional, el uso de anticonceptivos está relacionado con el nivel de desarrollo económico y social, de allí que los índices de fecundidad no deseada tienen valores más altos entre las mujeres pobres, con baja instrucción y con pautas culturales que influyen en el comportamiento reproductivo. (Celade, 2005:21-22).

El modelo de familia pequeña se consolida gracias a una revolución anticonceptiva de diferente índole: tecnológica (producción, eficiencia y calidad de los métodos), política (programas públicos tendientes a lograr la planificación familiar), culturales (supresión de mitos relacionados con el uso de métodos actuales). Para estudiar esos fenómenos es muy útil considerar el comportamiento reproductivo de la población mediante los índices de fecundidad por grupos de edades. Ello conlleva a la estructuración de tipos de cúspides de fecundidad que representan las conductas adoptadas por la población.

Los tipos de cúspide de fecundidad por edad muestran las tendencias de la reproducción en los distintos grupos etarios. La cúspide *temprana* exhibe su máximo valor de fecundidad en el grupo de 20 a 24 años, mientras que la *tardía* lo hace en el de 25 a 29 años. A estas dos curvas que muestran un grupo predominante se pueden agregar otros tres tipos, donde los máximos se dilatan y prolongan en distintas etapas de la vida de las mujeres provocando distintos valores de fecundidad global. Ellas son, la cúspide *dilatada* (entre 20 y 29 años), la *prolongada* (de 20 a 34 años) y la *extensa* con una iniciación mucho más joven (15 a 29 años). La fecundidad temprana y la extensa son las responsables de mayor fecundidad en la provincia, dado la edad de inicio del período de reproducción.

En la provincia se observan los cinco modelos de estructura de fecundidad por edad:

- la *cúspide temprana* (mayor cantidad de nacimientos ocurridos en el grupo de 20 a 24 años) predomina en el occidente de la provincia y algunos sectores del centro. Ello implica una alta natalidad debido al inicio de la reproducción a edades muy jóvenes.
- La *cúspide tardía* (25 a 29 años) es la menos difundida y se ubica en el oriente provincial correspondiéndose con una natalidad baja.
- La *cúspide dilatada* (20 a 29 años) predomina en el norte y oriente de la provincia. Presenta una natalidad media.
- La *cúspide extensa* (15 a 29 años) ocupa amplios sectores del centro y sur provincial. Respecto a la anterior hay un inicio del período reproductivo a edades adolescentes con mayores riesgos aunque la edad límite final es coincidente.
- La *cúspide prolongada* (20 a 34 años) es la menos difundida en algunas áreas dispersas. Estas tienen valores medios y bajos de natalidad debido a la distribución de los nacimientos en un intervalo de edades relativamente extensos.

La formación educativa es el principal instrumento de las sociedades modernas para promover y realzar el capital humano, como así lograr la capacitación de los jóvenes y adolescentes. Las opciones de movilidad social dependen del nivel de educación recibido, de las desigualdades en la calidad, de cobertura y de que la formación educativa se complete. Si ésta es deficiente actúa como un elemento de vulnerabilidad pues debilita a los grupos humanos frente a las exigentes condiciones del mundo actual.

La cuestión de la maternidad adolescente tiene consecuencias adversas para las mujeres involucradas, pues ellas se ven en la necesidad de asumir roles, improvisar decisiones para los cuales no están preparadas, todo lo cual va en desmedro de la estabilidad familiar y de la crianza de los hijos. En numerosas áreas de la provincia esa reproducción temprana es un riesgo relevante y obedece a modelos de conducta y pautas socioculturales que implican distintos grados de vulnerabilidad, entre otros porque la sociedad sufre la salida del sistema educativo de los recursos humanos que están en pleno proceso de formación. Esta elevada fecundidad adolescente es un componente demográfico de la pobreza que revela un cuadro de vulnerabilidad, pues ese riesgo afecta a los que poseen menor capacidad de respuesta y defensa.

Numerosos estudios realizados han detectado ciertas características comunes en la maternidad adolescente: a) la reproducción de las adolescentes generalmente ocurre al margen del matrimonio y de la unión, incluso muchas no tienen pareja estable. b) La reproducción temprana está vinculada a la deserción del sistema educativo por parte de las adolescentes que terminan dedicándose a las actividades domésticas. c) La mayor parte de las madres adolescentes no se independizan, sino que siguen viviendo con sus padres y en ocasiones pareciera ser una maniobra para ganar aceptación social. d) la maternidad adolescente es mucho más elevada entre las clases más pobres y su postergación se hace sentir no solo en las mujeres sino en sus hijos. Este hecho deriva de la ausencia de formación sexual y reproductiva y la falta información y accesibilidad a los medios anticonceptivos (Machinea, 2005:22).

Los jóvenes de estratos sociales bajos, tanto urbanos como rurales, están sometidos actualmente a procesos de vulnerabilidad debido a varios factores, entre otros:

- a. La escasez de recursos familiares que permitan contener a los jóvenes proporcionándoles alimentación, educación y formación.
- b. la falta de oferta laboral para personas con poca instrucción que les garantice la estabilidad y la cobertura de los servicios sociales.
- c. La carencia de ofertas educativas de capacitación que permitan la adquisición de nuevas destrezas o aptitudes.
- d. El incentivo social a la sexualidad precoz que no se condice con la educación y la aptitud para obtener conductas reproductivas y de prevención de enfermedades.
- e. La segregación residencial y la restricción de los servicios básicos que provocan el aislamiento de las personas urbanas pobres (Rodríguez Vignoli, 2001:6)

Resumiendo, los riesgos de la segunda transición identifican los siguientes problemas: 1. El ciclo vital de las personas que reconoce a trayectos de edades con distinto grado de vulnerabilidad (infancia, adolescencia, etapa reproductiva y laboral, adultez, vejez); 2. Los derechos que se deben cuidar en cada una de estas fases y 3. La etapa la de transición demográfica relacionada con la segunda transición. Esto permite plantear cuatro indicadores de vulnerabilidad social: a) las condiciones socioeconómicas relacionados con la salud de los niños, la educación de las madres, la calidad de las viviendas y los servicios básicos; b) el abandono escolar; c) el trabajo desprotegido, sin las prestaciones sociales y de salud y d) la falta de seguridad social para los más viejos.

4. La transición epidemiológica y su impacto en la mortalidad y la esperanza de vida de la población

En el campo de la salud y en estrecha relación con la transición demográfica se expone y desarrolla la denominada teoría de la *transición epidemiológica*. Esta expresa el *cambio operado a través del tiempo en las características de la morbilidad, las causas de muertes y la distribución por edad de las defunciones*. La transición fue el resultado de una significativa disminución

proporcional de las “*muertes evitables*” ocasionadas por enfermedades perinatales y transmisibles (infecciosas, parasitarias y respiratorias) que afectaban a jóvenes y mujeres, y la consecuente instalación de causas letales como las crónicas y degenerativas (tumores, circulatorias) y las provocadas por causas externas (violencia, accidentes, traumatismos). Este cambio se detecta en la estructura etaria de las muertes. En relación al primer grupo de enfermedades que disminuye, afecta a los niños y jóvenes, mientras que el segundo, a los grupos mayores. Asimismo hay un aumento proporcional de muertes de la población adulta mayor y una baja en la de niños.

Para estudiar el cambio de los patrones de salud y enfermedad Abdel Omram formuló la teoría de la *transición epidemiológica* donde se asegura que los cambios en salud y los patrones de enfermedad están estrechamente vinculados con la transición demográfica y el nivel socioeconómico de las sociedades. “...*aunque su tratamiento data desde sus estudios (1971), la terminología comienza a usarse en los diccionarios médicos hacia 1995. La premisa en esta teoría es que la mortalidad se constituye en un factor fundamental de la dinámica de la población y postula la transición de un patrón de causas de muerte por enfermedades infecciosas, con muy alta mortalidad, especialmente en edades jóvenes, a otro patrón dominado por las enfermedades degenerativas y las provocadas por la acción del hombre...*” Vera Bolaños, 2000:180-181). Además se plantea que *el desarrollo histórico de la mortalidad se caracteriza por transcurrir en tres etapas diferentes: la edad de la peste y el hambre, la edad de las pandemias retraídas y la edad de las enfermedades degenerativas y las causadas por el hombre.*

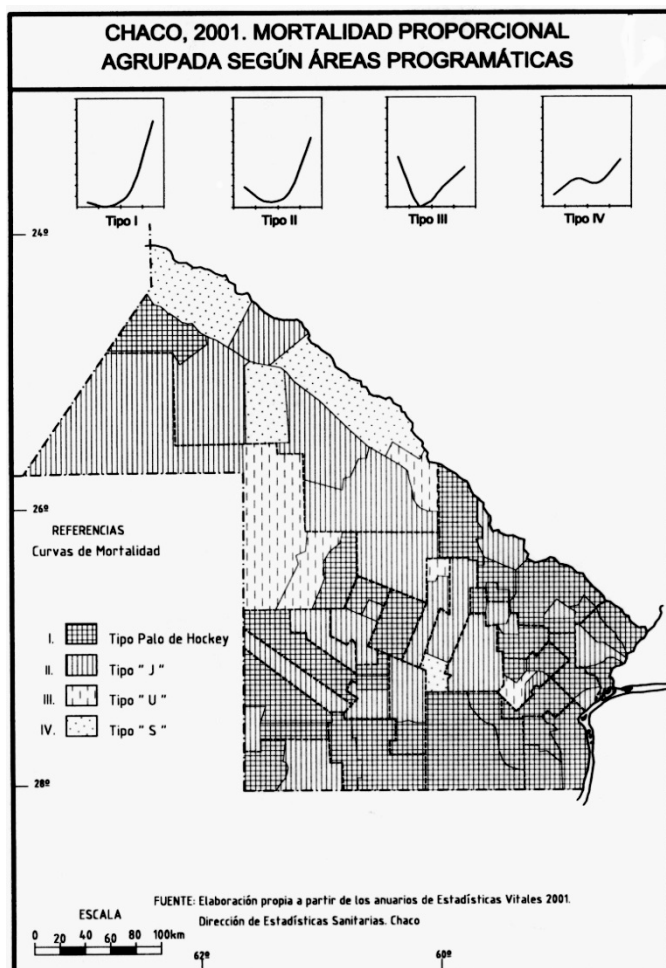
Con el transcurrir de esas etapas, diversos hechos como el cambio y el progreso en las condiciones y formas de vida, la urbanización, los avances médicos, el conocimiento del origen de las enfermedades, el desarrollo y la mayor cobertura de los servicios de salud pública, entre otras, han dado lugar a una disminución vertiginosa en los niveles de *mortalidad*, principalmente en la niñez. Aún así persisten desigualdades en las distintas regiones, en las comunidades rurales o donde existe una deficiente educación.

La mortalidad general de la provincia del Chaco presenta valores medios, aunque se observan algunos sectores con tasas altas, ubicadas en el occidente. Presenta como primer motivo a las enfermedades del sistema circulatorio (25%), seguido de los tumores (18%) y las enfermedades infecciosas (10%). Si se analizan esas causas por grupo de edad, la primera afecta en un 95% a los mayores de 45 años y la mitad de ellas a los mayores de 75 años. Lo mismo ocurre con los tumores, enfermedades respiratorias y digestivas, entre otras.

Las muertes provocadas por anomalías congénitas y del período perinatal afectan en su gran mayoría al grupo de 0 a 4 años. Las causas derivadas de las deficiencias de la nutrición atacan a los grupos más vulnerables y con mayores necesidades muchas veces difíciles de satisfacer. Ellas provocan el 33% de las muertes en menores de 4 años y el 44% en mayores de 75 años. Las complicaciones del embarazo afectan en mayor medida al grupo mayor de 45 años (66%) y en segundo lugar al de 25-44 años con el 32%. El grupo de enfermedades infecciosas afecta en un 77% a los mayores de 45 años, las provocadas por el deterioro fisiológico como las

crónicas del hígado un 85%, las del sistema circulatorio un 96%, los tumores en un 87% y las del aparato urinario un 95%. Por otra parte, las causas calificadas como externas atacan principalmente al grupo de 15 a 45 años más expuesto a las adversidades del medio ambiente y del trabajo, en las que se incluyen además las violencias y accidentes.

Si bien se viven modificaciones profundas en el cambio de las causas de muerte, muchos sectores han sufrido el avance y retroceso de enfermedades que aparentemente estaban superadas, como es el caso de lo ocurrido la década del 90 con el rebrote de epidemias de *enfermedades transmisibles* (el cólera, la malaria, el mal de chagas, el hantavirus, la tuberculosis y el dengue), tanto en áreas rurales como urbanas, ocasionadas por la permanencia de la pobreza, la falta de servicios básicos y el alto grado de hacinamiento o, las del *aparato respiratorio* debido a la contaminación ambiental. Estas situaciones se repiten año a año, aunque la asistencia y vigilancia médica pública han tratado de disminuirlas.

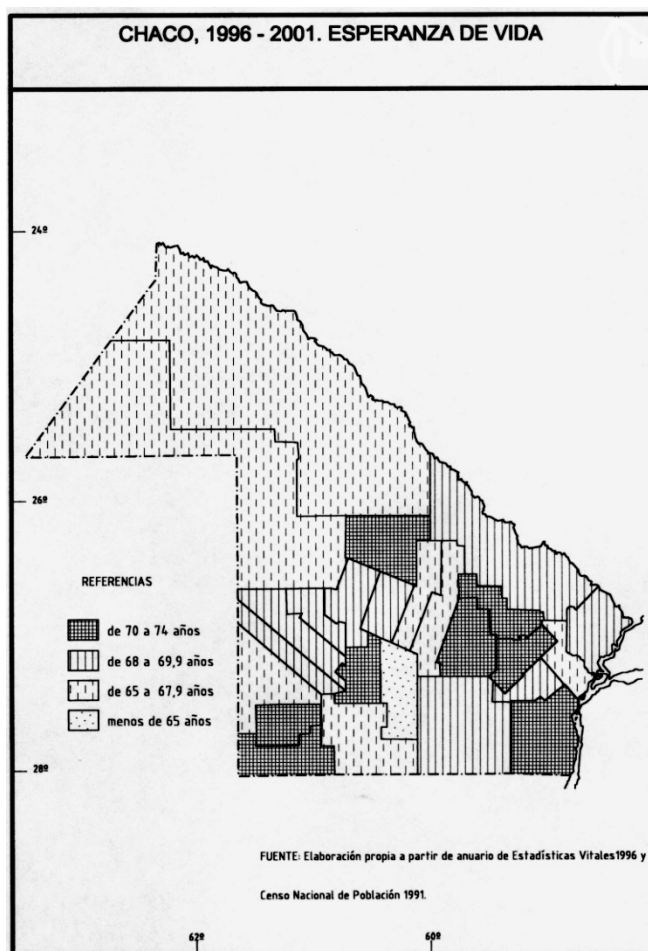


Sin considerar los valores de los índices, la variedad de situaciones epidemiológicas que existen en las distintas áreas de la provincia, implica que habrá que dar énfasis a diversos

aspectos de la salud de los distintos grupos etarios de la población. Las figuras resultantes de la distribución de la mortalidad por edad muestran diversas situaciones y estadios diferentes en la evolución histórica de la mortalidad de la provincia:

- En el oriente provincial y parte del sudoeste la figura predominante es la *tipo palo de hockey* que revela un control riguroso de la mortalidad en la infancia y juventud, con un aumento paulatino hacia las edades adultas y ancianas. Ello se superpone con una estructura etaria de forma triangular, pera o campana, es decir con un control estricto de la natalidad.
- En numerosos sectores del centro y occidente se presenta la figura *tipo J* que muestra como rasgo distintivo la existencia de una mortalidad infantil importante.
- La *tipo U* con una mortalidad infantil muy alta y muy similar a la registrada en las edades ancianas se localiza en algunos sectores del occidente y centro provincial
- La *tipo S* también se registra en el sector occidental y representa un comportamiento de mortalidad similar en todas las edades. Estas tres últimas formas se corresponden con una estructura demográfica primitiva (o Eiffel), y triangular con elevada natalidad.

Uno de los indicadores epidemiológicos citados es la *esperanza de vida*, que sirve para analizar las condiciones en las que se desarrollará la existencia de las personas a partir de los riesgos o los recursos de protección con que cuente la sociedad. En América Latina esos cambios se inician en la primera mitad del siglo XX. Según datos proporcionados por Naciones Unidas en los últimos 50 años, se habría ganado 20 años en promedio la esperanza de vida, aunque existen diferencias importantes entre los países (Chackiel, 2004:62).



La ganancia de años en la esperanza de vida está relacionada principalmente con el descenso de la mortalidad infantil y de la niñez a raíz de la menor incidencia de las enfermedades infecciosas, parasitarias y del aparato respiratorio. La elevada mortalidad infantil se registra en las poblaciones cuyas madres tienen escasa o no tienen instrucción.

Las condiciones de *salud* inciden directamente sobre la productividad (ausentismo laboral, envejecimiento prematuro, disminución de la vida activa) al mismo tiempo que influyen en las condiciones económicas (deterioro social e incremento de la pobreza). Un problema grave es el trabajo de los menores de 14 años, sector expuesto a factores de riesgo que derivan en cuadros patológicos que afectan las potencialidades futuras de la población activa (Rivadeneira, 2000:18).

La distribución de la esperanza de vida en la provincia es heterogénea. En el 30% del territorio (sector oriental y central) donde hay mayoría de población urbana, supera una e_0 de 70 años y hacia el oeste los valores oscilan entre 65 y 68 años. Esas diferencias se relacionan con el nivel de vida, las características socioeconómicas de la población y la atención sanitaria que ella recibe, las que afectan principalmente, los valores de mortalidad.

Cuadro N°5: Esperanza de vida, 2001 según jurisdicciones seleccionadas

Jurisdicción	Tasa (por mil)
<i>Total del país</i>	<i>71.93</i>
Capital Federal	72.72
Córdoba	72.79
Chaco	69.02
Formosa	69.37
Jujuy	68.37
Mendoza	72.72
Misiones	69.49
San Juan	71.13
Tucumán	71.01

Fuente: Censo nacional de Población, 2001.

La mortalidad femenina es inferior a la masculina, lo que representa una mayor esperanza de vida en las mujeres, asociada al tipo de enfermedades, a las circunstancias y a la posibilidad de hacerles frente. Ello ha dado lugar a un aumento de la esperanza de vida, con una ganancia de varios años entre las mujeres.

La mejora de la calidad de la salud en las mujeres y en los niños contribuirá a disminuir la mortalidad materna e infantil e indirectamente a reducir los niveles de fecundidad (especialmente embarazo adolescente). Evidentemente, la salud y la educación son factores gravitantes para lograr el mejoramiento de la calidad de los recursos humanos, tendiente a elevar los niveles de productividad. Así por ejemplo, la tasa de mortalidad materna en Argentina se modifica y de 56 muertes de madres cada mil nacimientos en 1988 pasa a 35 en el año 2000. América Latina tenía en promedio en 1995, 190 muertes c/1000 nacidos (Chackiel, 2004:50).

Resumiendo, con el avance del mejoramiento de las condiciones de vida de las personas disminuye la mortalidad y aumenta la esperanza de vida. La edad es una variable importante porque con ella se relacionan distintos riesgos de morbilidad y su incidencia en los cambios operados en las distintas etapas, expresan la transición epidemiológica en la estructura de causas. En la medida que se controla la elevada mortalidad en la infancia asociada a causas infecciosas (diarreas, respiratorias agudas, inmuno-prevenibles) junto a la desnutrición y causas perinatales, cobran progresiva importancia las enfermedades de las edades adultas como las cardiovasculares, las neoplasias y las violentas. Con relación al sexo, la mortalidad femenina es inferior a la masculina asociada a la incidencia diferencial por sexo de las enfermedades o circunstancias que causan las muertes (enfermedades cardiovasculares, violencia). Así la diferencia de esperanza de vida es de 6,5 años a favor de la mujer, aunque se espera que, la mayor participación de la misma en actividades fuera del hogar (que las expone a riesgos similares al de los hombres), como así el combate de enfermedades crónicas masculinas, reduzcan esas diferencias.

En la *transición epidemiológica* (algunas veces referida como transición de la mortalidad o transición en salud) y estrechamente vinculada a la transición demográfica se pueden distinguir 4 fases:

1. *Primera fase*: comprende la epidemiología de los países más pobres, con un predominio de *enfermedades infecciosas y de la nutrición*, con mortalidad general e infantil muy altas, esperanza de vida de la población corta y baja frecuencia de las defunciones por incidencia de las causas cardiovasculares y de los procesos degenerativos debido a las características de la alimentación.

2. *Segunda fase*: Corresponde a los países en vías de desarrollo donde el progreso en el nivel socioeconómico se corresponde con *una mejora en la alimentación y en las condiciones higiénicas y sanitarias*, con lo cual disminuyen las enfermedades de la nutrición e infecciosas (aunque con una importante prevalencia). Además surgen en forma incipiente los factores de riesgo cardiovasculares y aumenta la incidencia de la arteriosclerosis.

3. *Tercera fase*: Incluye a los países en transición, donde el importante desarrollo económico acompaña a los *cambios en la nutrición* (alimentación rica en grasas, sal) y en el *estilo de vida* (vida sedentaria, aumento del estrés, la obesidad y el consumo de tabaco y alcohol). Ello conduce a la modificación del origen y causas de las enfermedades, con mayores factores de riesgo cardiovasculares y accidentes cerebro-vasculares. Existe una mayor esperanza de vida y una disminución importante de las enfermedades infecciosas y de la nutrición.

4. *Cuarta fase*: Comprende a los países más desarrollados con mayores avances en la investigación médica y donde se aplican medidas de educación sanitaria y de prevención, que ayudan a tomar conciencia a la población sobre el riesgo de ciertas enfermedades, como las cardiovasculares. De esa manera se disminuye el consumo de alimentos nocivos, se incentiva la práctica de los ejercicios físicos, se evita la obesidad, el estrés y el consumo de tabaco. Todo eso conlleva a la reducción de la morbilidad y mortalidad, como asimismo a la prolongación de la esperanza de vida. Sin embargo todavía existen diferencias entre los estratos sociales altos y bajos de las poblaciones.

La *transición epidemiológica* no siempre se presenta estrictamente en estas cuatro fases. Existen otros motivos determinantes y combinados, distintos del nivel socioeconómico, que pueden alterar la incidencia de las enfermedades sobre la población y, de esa forma se acentúa la vulnerabilidad a contraer ciertas enfermedades que parecían superadas.

Durante la misma los cambios más profundos en salud y enfermedad ocurren entre los niños y las mujeres, por ser los grupos más vulnerables a esos procesos. Al mismo tiempo esos cambios están estrechamente vinculados con las transiciones demográfica y económica que constituyen la compleja modernización.

A propósito de las particularidades del cambio en salud y su variación temporal, Vera Bolaños (2000) presenta los tres modelos básicos de transición epidemiológica:

1. El *modelo oeste o clásico* que describe un cambio gradual de tasas de mortalidad altas (30 por mil) y natalidad alta (40 a 50 por mil) a tasa bajas 10 y 20 por mil respectivamente, como consecuencia de las mejoras sociales, ambientales y económicas y a la práctica de métodos

de control de la natalidad, donde poco tiene que ver los adelantos en la medicina, por lo menos en las etapas iniciales.

2. El *modelo acelerado* tiene un comportamiento similar al anterior pero fue mucho más brusco el cambio debido a la trascendencia de la tecnología médica.

3. El *modelo tardío* presenta una mortalidad en descenso por efecto fundamental de la revolución médica en gran parte importada. La fecundidad tuvo un descenso tardío como consecuencia de la aplicación posterior de los métodos de control.

Estos modelos pueden ser aplicados en el país y la provincia a nivel particular, en los diferentes departamentos, y asociados con las características sociodemográficas existentes en cada uno de ellos. El primer modelo es propio de las áreas menos dotadas en cuanto a salud, educación y condiciones socioambientales adecuadas (oeste provincial); el segundo se localiza preferentemente en el sector central, en particular las áreas urbanas o cercanas a las ciudades y el tercero en el departamento que alberga a la capital, aunque con notables diferencias entre el centro y la periferia de la ciudad principal. A pesar de ello, la provincia está distante de erradicar las enfermedades provocadas por causas nutricionales, infecciosas, parasitarias, muy arraigadas en ciertas áreas, muy pobres, con población aborigen y con carencias de los elementos y servicios elementales para subsistir con dignidad.

5. Reflexiones finales

La noción de *vulnerabilidad* ayuda a comprender e identificar a los grupos humanos, hogares e individuos que por sus características comunes quedan expuestos a sufrir cambios significativos. Evidentemente los procesos de cambio de comportamiento de las variables demográficas en las distintas transiciones, afectan a las poblaciones de manera diferente y de acuerdo con sus características sociales, económicas y ambientales. Es por ello que, de acuerdo al grado de vulnerabilidad global de los mismos, el análisis del comportamiento diferencial de los grupos humanos frente a los riesgos, debe contemplar la capacidad de respuesta ante ellos.

Cuanto mayor es el desarrollo socioeconómico en las áreas donde la transición está más avanzada, la vulnerabilidad sociodemográfica será menor, aunque si se analizan otros factores de problemática más compleja como los hogares con jefes mujeres, el envejecimiento, el subempleo, la desocupación se observarán que las desventajas sociales generan algún tipo de vulnerabilidad en buena parte de la población. En la provincia analizada, el avance de las distintas transiciones reduce algunos riesgos, pero no impide que otros persistan y algunos nuevos aparezcan, es decir la inestabilidad que contiene la dinámica demográfica no termina con la supuesta estabilización de la población. La vulnerabilidad interviene de manera compleja, con la totalidad de sus componentes o con sus alternativos. Además su vinculación con las desventajas sociales depende de la acción mutua de varios de sus elementos y no de uno solo de ellos.

Esa evaluación de la vulnerabilidad en los procesos demográficos logra un doble propósito: por un lado reúne un conjunto de características de la población que generan

desventajas sociales y, por otro, se asocia con otros factores sociales, económicos, políticos que generan inconvenientes. De esa forma, el conocimiento del comportamiento diferencial de las distintas variables que afectan a los grupos humanos y la vulnerabilidad de los mismos frente a los hechos, contribuirán a esbozar estrategias sociales para conocer y mejorar las actitudes y prácticas de la población, como así formular recomendaciones, en base de la experiencia acumulada, e implementar políticas ambientales y sociales que mitiguen los riesgos en cada una de las etapas que se analizan.

Referencias bibliográficas

- Arriagada Luco, Camilo. (2003) *La dinámica demográfica y el sector habitacional en América Latina*. Serie Población y Desarrollo, N°33, Santiago de Chile, CEPAL.
- Busso, Gustavo (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica en Nicaragua: un desafío para el crecimiento económico y la reducción de la pobreza*. Serie Población y desarrollo 29, Santiago de Chile, CEPAL.
- CELADE. (2005) *Dinámica demográfica y desarrollo en América Latina y el Caribe*. Serie Población y desarrollo N°58, Sgo. de Chile.
- CEPAL (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevo riesgos para comunidades, hogares y personas. Síntesis y conclusiones*. Brasilia,
- CEPAL (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas. Síntesis y conclusiones*. Brasilia (versión electrónica)
- Chackiel, Juan y Schkolnik, Susana. (2003) *América Latina: los sectores rezagados en la transición de la fecundidad*. Serie Población y Desarrollo, N°42, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), Santiago de Chile.
- Chackiel, Juan. (2004) *La dinámica demográfica en América Latina*. Serie Población y Desarrollo, N°52, Santiago de Chile, CEPAL
- Elizaga, Juan (1979) *Dinámica y Economía de la población*. Santiago de Chile, CELADE.
- Ferrer Regales, Manuel (1992). *Los sistemas urbanos*. N°4, Madrid, Síntesis.
- Gutiérrez Puebla, Javier (1984) *La ciudad y la organización regional*. Madrid, Cincel.
- Machinea, José L. (2005). *Panorama Social de América Latina 2004*. Cepal.
- Pinto da Cunha, José Marcos. (2002) *Urbanización, redistribución espacial de la población y transformaciones socioeconómicas en América Latina*. Serie Población y Desarrollo N°30, Santiago de Chile, CELADE.
- Rivadeneira S, Luis. (2000) *América Latina y el Caribe: crecimiento económico sostenido, población y desarrollo*. Serie Población y Desarrollo N°2, Santiago de Chile, CELADE.
- Rodríguez Vignoli, Jorge. (2001) *Vulnerabilidad y grupos vulnerables: un marco de referencia conceptual mirando a los jóvenes*. Serie Población y Desarrollo, N°17, Santiago de Chile, CEPAL.
- Rodríguez Vignoli, Jorge. (2002) *Distribución territorial de la población de América Latina: tendencias, interpretaciones y desafíos para las políticas públicas*. Serie Población y Desarrollo N°32, Santiago de Chile, CELADE.
- Vapñarsky, C. (1995) *Primacía y macrocefalia en la Argentina. La transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950*. En Desarrollo Económico, Vol. 35, N°138, Buenos Aires.
- Vera Bolaños, Marta. (2000) *Revisión crítica a la Teoría de la transición epidemiológica*. Papeles de población N°25, México, CIEAP/UAEM.
- www.webmastersanitarios.org. *La transición epidemiológica*. 2004.
- Zárate Martín, Antonio (1997) *Ciudad. Transporte y Territorio*. Cuadernos de la UNED. Madrid, UNED.

Representaciones sobre la docencia en relación con el proceso de incorporación a la formación de jóvenes ingresantes universitarios

Analía Umpierrez¹

Resumen

En el trabajo que aquí se presenta, se abordan las representaciones respecto de la educación, la docencia y la enseñanza, de estudiantes de primer año de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNICEN, con la intención de analizar la valoración que se hace de este campo profesional. Lo que se presenta se relevó en una etapa exploratoria, en la búsqueda de delimitar el problema de la investigación en curso, indagación que aspira identificar las construcciones identitarias de los jóvenes que eligen la formación docente. Este reconocimiento conlleva una doble problemática. Por un lado, caracterizar a los jóvenes de estos tiempos. Cuando hacemos referencia a los jóvenes, ¿de quiénes hablamos? Vinculado a problemas de construcción identitaria en un tiempo sociohistórico, - ¿dónde? ¿Cuándo?- Además, el por qué eligen ser docentes en su formación profesional, de cara al futuro. En este campo de tensiones, la intención es analizar esta relación, - los sujetos de la sociedad, que eligen ser docentes - y para ello se inscriben en carreras en una Facultad de Ciencias Sociales de una Universidad regional, de escasa tradición, localizada en una ciudad media, es la delimitación del problema. Se pretende identificar qué se está jugando en este campo en la constitución de "los jóvenes", atendiendo a que la relación campo / posiciones señalará diferentes conformaciones juveniles localizadas en el espacio institucional, pero que exceden este ámbito trasponiéndolo a la sociedad, en la conformación identitaria.

Palabras clave: Jóvenes, identidad, docencia, elección de carrera.

Abstract

The problem of identity constructions of young people who choose teacher training involves a dual problem. First, it is necessary to characterize these young people, analyze their role in society, observing its context. Secondly, we have to explain why they choose to be teachers in their training, in the future, and will enroll in a racing Faculty of Social Sciences at the University

¹ Cargo: Profesora Adjunta

Institución: Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Agradecimientos: Al Director de Tesis, Dr. Ariel Gravano, por sus orientaciones, enseñanzas y atenta dedicación.

Email: aumpierr@soc.unicen.edu.ar

regional, little tradition, located in a city average. These tasks define the problem that is presented in this article.

Key words: Young, identity, teaching, choice career.

Introducción

El presente trabajo es un avance de la de Tesis de Maestría de la autora, que se encuentra en ejecución. Se inscribe en el marco del grupo de Investigación IFIPRACD (Investigaciones en Formación Inicial y Práctica Docente), en el Proyecto en curso "Prácticas en educación: actores, historias e instituciones en la construcción de las identidades docentes"¹. El objetivo general del proyecto es indagar acerca de los procesos de articulación entre la formación inicial y los procesos de incorporación a las prácticas profesionales institucionalizadas, en la construcción de la/s identidad/es docentes.

Dicho Proyecto se dirige a relevar el modo en que los graduados noveles se incluyen en la vida profesional, se constituyen en docentes, buscando identificar las articulaciones que se dan en este pasaje de la formación inicial a la incorporación a la vida laboral, la construcción identitaria. Posteriormente se identificó como otro campo de interés, la elección de carrera; el reconocimiento de que son determinados factores los que se presentan a la hora de optar por la docencia y que, de algún modo señalan -al menos en el inicio- determinados reconocimientos respecto de qué implica la enseñanza, la docencia como profesión, que acercan al estudiante a esta oferta educativa entre otras posibles.

1. El problema de la investigación

Se ha relevado como estado de debate en diferentes ámbitos científicos, cómo pensar e indagar la identidad en tiempos de transformación social, donde los relatos y las construcciones modernas entran en crisis, no alcanzan o son insuficientes. En estas búsquedas, las preguntas por las relaciones entre sujeto / mundo se inscriben en la necesidad de repensar ambos términos sin perder de vista la relación, visualizando que más que *una relación* es esta *implicación mutua*, el eje del debate.

Este punto de partida nos lleva a pensar entonces en la *identidad* como proceso, relacional, histórica, entramada en los procesos sociohistóricos. Siguiendo a Gilberto Giménez (1997: 18/19), en la construcción conceptual de identidad, entonces, se están jugando dos perspectivas de análisis, que dan cuenta de que "*en la vida social las posiciones y las diferencias de posiciones (que fundan la identidad) existen bajo dos formas: bajo una forma objetiva, es decir, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas; y bajo una forma simbólica y subjetiva, esto es, bajo la forma de la representación que los agentes se forjan de las mismas. De hecho, las pertenencias sociales (familiares, profesionales, etc.) y muchos de los atributos que definen una identidad revelan propiedades de posición (Accardo, 1983,56-57). Y la voluntad de distinción de los actores, que refleja precisamente la necesidad*

de poseer una identidad social, traduce en última instancia la distinción de posiciones en el espacio social.”

La emergencia de nuevas identidades sociales nos enfrenta al reconocimiento de las transformaciones que se suceden, y con ello, la necesidad de revisar los modos en que se piensan y se abordan las problemáticas sociales. Desde nuestra perspectiva, cobra especial centralidad la indagación que se sostiene en la recuperación de la voz de los actores. Comprender los procesos sociales a partir del conocimiento local, parafraseando a Geertz, buscando los sentidos en que esta sociedad es vivida, percibida, actuada por los sujetos.

Ahora bien, la necesidad de identificar quiénes son los que eligen la formación docente como carrera, qué es lo que los atrae a esta elección, qué elementos de su biografía personal y escolar se conjugan para que los jóvenes opten por una carrera de docencia, es un recorte particular en este problema.ⁱⁱ

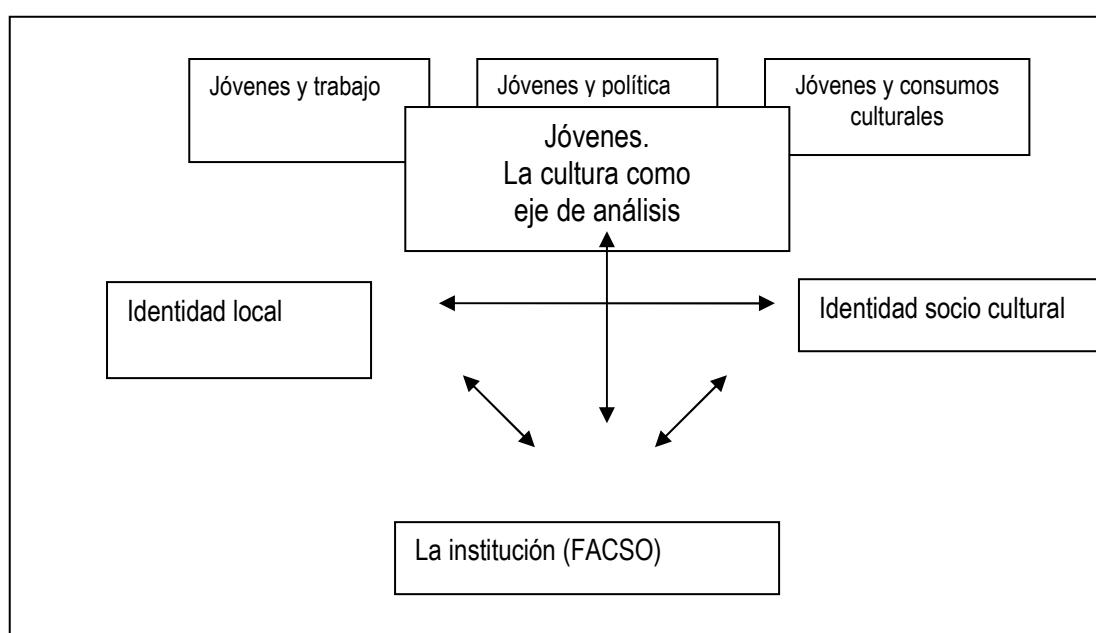
Este recorte coloca al joven en el tránsito de la escolaridad media a estudios superiores. En este camino, colocamos la mirada en la elección de carrera e inclusión a la Facultad de Ciencias Socialesⁱⁱⁱ (FACSO) de la UNICEN, como ámbito que lo recibe. En este pasaje se redefine la identidad. Colocamos al Curso de Integración a la Vida Universitaria (CIVU) y el primer año de estudios, como momentos nodales en este nuevo “anudamiento”. Seguramente todo el período que el joven permanezca en la FACSO, será importante en la conformación identitaria. Se recorta a este primer tramo, para relevarlo, en primera instancia, aunque se evalúa que pudieran identificarse en el trabajo investigativo, otros momentos del recorrido de la carrera, también como significativos o reveladores (como el momento de las prácticas de residencia, según surge de los análisis en el marco del Proyecto en marcha del grupo IFIPRACD).

Interrogarse acerca de la construcción identitaria de jóvenes de una ciudad de rango intermedio, con una identidad local construida en torno a la producción industrial –básicamente minera- que deciden estudiar en la Facultad de Ciencias Sociales una carrera docente, coloca el eje -lo que explica por qué se plantea este interrogante- en lo *institucional*. Esto nos lleva a colocar a la Facultad (variable institucional) como el plano en el que convergen los jóvenes (variable temporal) procedentes de una ciudad de rango intermedio (variable espacial) con una identidad construida en torno a la producción industrial; que ocupan determinada posición social (variable sociocultural)

Cabe aquí la aclaración de que la juventud no es una categoría definida exclusivamente por la edad y con límites fijos de carácter universal. Desde un estado del arte en investigación sobre juventudes, los autores revisados^{iv} toman precauciones para no pensar la juventud como un período fijo en el ciclo de vida de los hombres y las mujeres, un período “universalizable”, en el que todos entrarán y saldrán en el mismo momento más allá de sus condiciones objetivas de vida, su pertenencia cultural o su historia familiar. Además se registra un interés por la conceptualización en base a múltiples discursos. El acuerdo es que si lo

juvenil es una condición social, su explicación no puede estar en el “sí mismo”, sino que corresponde (re) construirla desde cómo es vivida y explicada por los que se consideran jóvenes y cómo es interpelada desde otros grupos de edad, desde las industrias mediáticas y desde los productos que se le ofrecen (industria de la moda, música, audiovisual, entretenimientos, etc.), en el marco de la diversidad y la desigualdad. En este sentido cabe preguntarse en el marco de este trabajo qué define a lo joven y quienes viven este transitar por una institución educativa universitaria, en una formación de grado de *profesor*, como período *juvenil* o de *juventud*.

Cuadro 1. **El problema de la investigación**



En este sentido, el problema se construye tomando al “(...) el acontecer juvenil (...) como un espacio privilegiado del conflicto socio-cultural. Esto lo convierte en una palanca metodológica^v para analizar el juego de la reproducción / transformación de la cultura en perspectiva histórica.

(...) La metáfora no es la juventud como portadora del cambio social que solucionará o empeorará el futuro. Si esta es en una sociedad donde las nuevas generaciones pre-figuran el futuro en el presente^{vi}, el espacio social juvenil será un territorio privilegiado para la mirada de las ciencias sociales”. (Informe Investigaciones en Juventudes, 2005: 23)

El propósito será entonces, identificar qué se está jugando en este campo en la constitución de “los jóvenes”, atendiendo a que la relación campo / posiciones señalará diferentes conformaciones juveniles en el espacio institucional, que exceden este ámbito trasponiéndolo a la sociedad, en la conformación identitaria. La procedencia social de los aspirantes, sus matrices culturales, sus biografías, se relevan en sus actuaciones sociales. La

inclusión y las actuaciones que realicen en este entramado singular, la Facultad, estarán mediadas por las redes de relaciones de las que forman o logren formar parte, al interior de la institución y en relación a otros espacios sociales.

De este modo, se presenta la Universidad como el ámbito en que los jóvenes se incorporan; la configuración esta dada por este encuentro. Los modos en que se incluyen "los nuevos" en esta Facultad es una tarea que nos demanda identificar cómo es esta institución, desde la visión de sus propios actores. El proceso de inclusión de los nuevos, los modos en que se concreta el día a día -en la trama de relaciones que sostienen las prácticas instituidas, en muchos casos cristalizadas en rituales, y aquellas que pudieran promover prácticas instituyentes.

Los múltiples datos que se procesan en las oficinas de la Facultad, respecto de los estudiantes, no dan respuesta a *quiénes son estos jóvenes atendiendo a su constitución identitaria*, ya que, hasta ahora, han sido vistos desde la institución educativa exclusivamente como *alumnos, votantes, aprobados/reprobados, egresados, desertores*

Dice Rossana Reguillo (2005: 52): "*Lo cultural tiene hoy un papel protagónico en todas las esferas de la vida. Puede aventurarse la afirmación de que se ha constituido en un espacio al que se han subordinado las demás esferas constitutivas de las identidades juveniles. Es en el ámbito de los significados, los bienes y los productos culturales donde el sujeto juvenil adquiere sus distintas especificidades y donde despliega su visibilidad como actor situado socialmente con esquemas de representación que configuran campos de acción diferenciados*".

Esta esfera, la de la cultura es escasamente visualizado para comprender *como se construyen las identidades de esos jóvenes* que pueblan el edificio, que asisten a ciertos espectáculos, se visten de determinados modos, que se muestran ausentes de las bibliotecas, preocupados por el dinero, con problemas para comprar los materiales que se les solicita de las cátedras .

En esta múltiple problemática, los *jóvenes en constitución identitaria* - a la vez que participan en múltiples redes de relaciones - en su localización como estudiantes *en la Universidad* , una institución histórica, con mandatos de seleccionar "los mejores", de formar los cuadros dirigentes, en *una ciudad intermedia*, empobrecida, atravesada por las crisis económicas del país, que en la década de los 90 dismantelaron la producción fabril, motor económico de la localidad, se identifica el entramado que nos permitirá reconstruir este proceso de mutua implicación.

Esta indagación se localiza en una Olavarría^{vii}, "*ciudad intermedia, con una identidad definida, mitologizada en su imaginario social durante una época expansiva del capital y del modelo socioeconómico desarrollista, como "la ciudad del trabajo", sufre hoy una de las peores crisis de su historia (junto a las inundaciones de los ochenta), no solo debido al creciente desempleo real a nivel nacional, sino también porque esa misma imagen esta siendo quebrada tanto por los índices de desocupación difundidos masivamente cuanto por las imágenes que la*

ciudad brinda de sus desempleados –sobre todo obreros de gran industria- deambulando por espacios no habituales en horarios no habituales. La crisis se sitúa tanto en el imaginario como en referentes urbanos concretos, y se potencia en una especie de diálogo entre los dos niveles en forma iterativa: el espacio es ocupado, "habla" y adquiere significación marcando identidades. Y la crisis del imaginario de compone de miles de fragmentos (individuales, familiares) de crisis" (Gravano, 2005: 19)

En esta ciudad del ex – trabajo -como la denomina GRAVANO (2005:19)-, estamos en presencia de miles de personas que cambiaron de situación laboral, de ser y sentirse "obreros" a pensarse "desempleados" y "por las suyas". La necesidad de dar respuesta a la transformación de la condición de empleado a "independiente", impactó notablemente en el ámbito de la vida familiar, y llevó a muchas familias a idear acciones para salir conjuntamente de esta situación, con diferencias respecto de los logros alcanzados. Lo que queda por indagar es si las maneras de concebir al trabajo, en la que la impronta de relación de dependencia, de trabajo rutinario y en muchos casos, desvinculado a la satisfacción personal, con una "garantía" de "puesto seguro" y "para toda la vida", dejó huellas en las subjetividades de estos jóvenes que crecieron en una familia atravesada por los horarios rotativos, la alternancia de días francos y laborables, premios a la productividad y desvinculación del desarrollo personal con la tarea desempeñada en el ámbito laboral. ¿Qué marcas trae el hijo de un empleado de fábrica- o de otros puestos de trabajo similares-, de que *matrices de aprendizaje*^{viii} dispone? ¿La docencia es visualizada en este sentido, como un "tranquilizador trabajo en relación de dependencia"?

En este contexto, cabe tener presente la precarización de los puestos de trabajo (por las condiciones de contratación, de las condiciones de seguridad e higiene en el puesto de trabajo, el tipo de tareas desempeñadas) que son ocupados por jóvenes. Este sector es uno de los más vulnerables, afectado mayoritariamente por el desempleo, la rotación en los puestos de trabajo, la inestabilidad, la precarización, y no necesariamente debido a una búsqueda de mejor colocación, discutiendo de este modo a la teoría de "Job shopping". Ésta teoría refiere al periodo de experimentación de empleos, acompañado por una elevada tasa de movilidad, que típicamente ocurre en el comienzo de la vida activa. La idea es que los gustos y habilidades de los trabajadores para un empleo o una ocupación sólo pueden conocerse luego de alguna experiencia en el trabajo (Jonson, 1978).^{ix2} En este sentido, la vulnerabilidad y precarización del empleo que ocupan *los jóvenes* de todos los sectores sociales y en especial los que provienen de los sectores más empobrecidos y los de pobreza estructural, en vinculación con las matrices de aprendizaje familiares, estaría colocando como muy próximos en sus representaciones a trabajo y empleo, cuando en el campo de inserción estos constructos se

²Referencia tomada de Pablo PEREZ (2007) El desempleo de los jóvenes en Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación. Ponencia presentada en la 1º Reunión Nacional de Investigadores en Juventudes. La Plata, noviembre 2007.

distancian, sin intermediar prácticas que conduzcan a redefinir las capacidades de desarrollar otras estrategias para promover puestos de trabajo (no necesariamente, en relación de dependencia).

Para realizar una primera aproximación al tema de investigación se definió una etapa exploratoria, con la intención de identificar problemáticas y regularidades. Desde este primer acercamiento, se ingresará nuevamente al campo con algunos interrogantes desde los que indagar los sentidos construidos por los actores en este camino de la elección profesional. En el trabajo que aquí se presenta, se abordan las representaciones respecto de la educación, la docencia y la enseñanza, de estudiantes de primer año de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNICEN, con la intención de analizar la valoración que se hace de este actor social y del campo profesional /laboral que lo incluye.^x

Las representaciones de los jóvenes: educación, docencia, enseñanza

“Todos somos en primer término fragmentos ambulantes de la institución de nuestra sociedad, fragmentos complementarios. De conformidad con sus normas la sociedad produce individuos, quienes por construcción, son no solamente capaces de reproducir la institución sino que están obligados a reproducirla”. Castoriadis, C. (1986: 68)

Un tema que merece un tratamiento atento y detenido, considerando los propósitos de la investigación, es el de las representaciones de los ingresantes respecto de la educación, de la docencia, de las prácticas de enseñanza. ¿Por qué? Porque las construcciones que los actores van realizando en su conformación subjetiva en el proceso de sociabilidad^{xi}, dejan marcas, se constituyen en *conocimiento práctico*.^{xii} Estas representaciones de y actuaciones en el mundo, colocan a los sujetos en diferentes posiciones respecto de la valoración social de este campo, la educación, las aspiraciones que tienen respecto de su participación en él, demandas, expectativas educativas.

Mirar las conformaciones identitarias, a través de las representaciones que los sujetos tienen *de la educación -mirada como institución social-, *la docencia como profesión y *las prácticas educativas, como tareas específicas propias de un ámbito profesional, permite ingresar a comprender algunos de los sentidos asignados a la elección de ingresar (o no) a una carrera docente. Esta elección, ha de recordarse, nunca es individual, sino que es parte de entramados de interrelaciones de las que los sujetos son parte. Estos entramados han de poder mirarse desde lo uno y lo múltiple, buscando identificar las *fuerzas de juego*^{xiii} que construyen la tensión. Se trata de interpelar a los actores pero sin dejar de ver en este foco, la complejidad de su actuación y relaciones en la trama, en que se implican y construyen. El juego de poder y de fuerzas está regulado por las características del entramado de las relaciones interdependientes de individuos, *“está claro lo que se quiere decir cuando se refiere esta relación como un proceso de entramado: sólo es posible entender y explicar la sucesión*

de los actos de ambas partes en su mutua interdependencia. Si se considerase la sucesión de los actos de cada parte en sí misma, aparecería como carente de sentido" (Elias, N 1999:94).

A partir de estas consideraciones, se busca indagar acerca de las representaciones que los jóvenes tienen de la educación y de los docentes, especialmente buscando identificar cómo consideran que es un "buen docente", cuáles son los atributos que, luego de al menos doce años de participación en calidad de estudiantes del sistema educativo formal, distinguen a aquellos docentes que dejaron alguna huella. ¿Qué tipo de huellas son las que se rescatan? ¿A quiénes les atribuyen la condición de "buen docente"? ¿Qué aspectos de ese actor lo definen como buen docente?

Los jóvenes entrevistados han transitado un largo camino en el sistema educativo. Aún cuando hubieran iniciado su escolaridad en la educación primaria^{xiv}, atendiendo a su edad, han pasado buena parte de su existencia, participando en la cotidianeidad de instituciones educativas. Estas experiencias son constitutivas de la *subjetividad* y de *conocimientos prácticos*.

Si nos remontamos a identificar los modos en que un niño construye formas estables de relacionarse y operar con el mundo, que dirige y singulariza las modalidades cognoscitivas que cada niño despliega, tienen un "origen histórico temprano, inconsciente, sellado y marcado desde el interior de su estructura paternal" (Schlemenson, S., 1999:47).

Este sentido primario, marca una tendencia de base. Cuando el niño ingresa a la institución escolar, estos sentidos primarios se contraponen con los de otros niños, con los del maestro, con el del currículo escolar (prescrito, real, oculto, nulo). El contenido escolar y las mediaciones que construye el docente, como representante del estado, pero también como representante cultural, constituyen una imposición secundaria a ese niño. "Los sentidos primariamente fijados se secundarizan" (Schlemenson, S., 1999:48). La escuela es un ámbito específico de confluencia de sentidos, originarios y socioculturales, siendo ambos constitutivos de la conformación subjetiva. La escuela es, por tanto, un espacio social instituido para que ambos tipos de sentidos se efectivicen y actúen favoreciendo el enriquecimiento psíquico potencial.

Tomamos como punto de partida que *sujeto* es una construcción explicativa de redes de experiencia en los individuos y en los grupos. (Caruso y Dussel, 1996:36) Tales redes no son permanentes ni definitivas, a la vez que las experiencias consideradas positivas pueden más tarde verse como negativas o viceversa. Estos sujetos se van constituyendo a lo largo de la vida en la participación de múltiples redes de relaciones que los conforman y que van conformando. En este sentido, la escuela es un campo social privilegiado en el que los sujetos accederían a un capital cultural validado socialmente.

Ahora bien, en este campo de confluencia de sentidos, los estudiantes no sólo son ubicados socialmente, reciben este capital simbólico diferenciado, construyen sentidos secundarios, sino que construyen sentidos respecto de la educación, la enseñanza y los

enseñantes. Estos conocimientos prácticos no son necesariamente reconocidos, permanecen como conocimientos implícitos que se ponen en acción frente a situaciones particulares. Es este el punto de interés, qué saberes respecto de la educación, han construido mientras eran (son) alumnos.

¿Qué piensan acerca de los docentes?

A partir del análisis del material de campo, se identifican referencias que aluden especialmente a las experiencias vividas en el la escolaridad media y lo que van construyendo en sus primeras experiencias universitarias. Se busca en esta indagación, reconstruir qué están pensando respecto de la docencia como tarea profesional.

Las referencias de los entrevistados darían cuenta de que hay un nivel de enseñanza – el nivel medio- que sería un “sin sentido”, un “viva la pepa”, y que esta construcción es compartida por estudiantes y docentes y no sólo una disposición de los alumnos a no hacer nada, sino una manera de asumir la tarea de enseñante, no enseñando nada. Es recurrente relevar opiniones como “*no te digo que te den con un caño pero tampoco te tires a chanta*”, “*los docentes deberían jubilarse antes*”. Parecería que en esta construcción se juega una complicidad tácita entre los estudiantes que “*van por obligación*” por lo que “*no prestan atención*”, y los docentes “*no pueden hacer nada*” porque es inútil todo esfuerzo.

Si los docentes que los ingresantes han tenido en el nivel precedente (en su mayoría, aunque se identifican otro tipo de referentes, que se analizarán más adelante) dan cuenta de personas poco comprometidas con el trabajo que están realizando, mostraría un ¿profesional? al que no se quieren parecer, alguien con quien no se identifican. ¿Será esto un elemento de desvalorización del profesorado, y que coloca en un lugar de privilegio / aspiración a la licenciatura?

Refieren a los docentes que han tenido como “*haraganes*”, “*toman los manuales y dicen: copie capítulo tal*”. Piensan que estos docentes “*van a dar clases sólo por el sueldo*”, eligen la docencia (sobre todo en nivel primario) “*porque es más fácil y no tienen que especializarse*”, como contraparte, otra estudiante expresa: “*Los docentes que yo tuve son buenos porque tenían vocación*”

Se presenta el tema *vocacional* como referente de análisis vinculado al modo en que se desarrollan las prácticas. ¿Es éste un tema capital? ¿Que supuestos hay debajo del término “vocación”? Merece profundizarse este elemento constitutivo de la identidad profesional, ya que la docencia es construida sociohistóricamente como un campo de evangelización, de mano de la iglesia –católicos y protestantes confrontan en el campo educativo por la conformación de fieles comprometidos-. A partir de la conformación de los estados modernos, es un campo privilegiado de conformación de legitimidad y consenso de un modelo político, pero perdurará la construcción de “apostolado”, de vocación (como llamado interno) vinculada a la tarea docente, por largos períodos. ¿Es este significado el que perdura en la actualidad, en las

construcciones sociales? ¿Convive con el de *capacidades* que el sujeto identifica y fortalece en torno de conformarse en *profesional*? ¿Es visto el docente como *trabajador*?

Otro aspecto que se releva es que los docentes son figuras adultas que no están cumpliendo con la tarea social asignada, de acompañar y sostener a las generaciones jóvenes en su incorporación a la vida adulta. En un momento del debate se registra el siguiente intercambio:

A. “No se dan cuenta de lo que influyen en nosotros”.

B. “Deberían dejar sus problemas en la puerta”.

Varios: “entonces los alumnos lo mismo”.

C. “No, porque nosotros nos estamos formando y ellos están formados”.

D. (en tono de broma): “la escuela ideal: una escuela con psicólogo para docentes”.

Los docentes –del mismo modo que los padres- se colocan en términos de necesidad de contención más que contenedores de las necesidades de los jóvenes. Un desdibujamiento de los lugares sociales tradicionales parece emerger de estos relatos. Las transformaciones de las identidades no es un fenómeno localizado sólo en jóvenes, no es esto un hallazgo. Las condiciones en que los adultos encarnan los papeles sociales –padres, dirigentes, docentes, entre otras figuras relevantes- se están reconfigurando. La lectura que hacen los jóvenes, es el punto clave de nuestra lectura. ¿Son discursos sociales residuales que definen un “deber ser” del adulto, el que los jóvenes están esperando y no encuentran? ¿Dónde se localizan y logran filtrarse estos discursos prescriptivos?

Las prácticas de enseñanza que se relevan a partir de los relatos, están muy lejos de promover las habilidades y requerimientos que un estudiante necesita para sostener y completar una formación autónoma. La rutina instalada en las escuelas, vista desde la dimensión *instrumental* –tareas repetitivas y sin desafíos de búsqueda o comprensión compleja- desde la dimensión *social* –grupos segmentados, atravesados por las relaciones sociales que se vive fuera de la escuela, en la vida de la localidad-, “*hay mucha competencia*” (ven que este es un principio que va más allá de la educación), la cual según los chicos “*se fomenta en las escuelas*”. Los profesores, por ejemplo, establecen diferencias entre los “apellidos”: “Y, bueno, hay que darle una oportunidad, porque sino el padre se aparece acá en la escuela”. Finalmente, las prácticas de la enseñanza vistas desde su dimensión *psíquica* –los atravesamientos religiosos, las relaciones con los docentes que temen las capacidades de los jóvenes y reprimen desde el control y castigo-, están lejos de generar autonomía^{xv} en las instituciones educativas de parte de los jóvenes. Es preciso advertir que estos modos de trabajo, además de favorecer escasamente propuestas creativas, son adversos a la construcción de sujetos autónomos, críticos, que se atreven a tomar en sus manos la tarea de administrar su tiempo, organizar su propia tarea, (aspectos señalados como relevantes para lograr un buen desempeño en la vida universitaria). A esto se suma, lo que los estudiantes

señalan cómo la construcción de estereotipos respecto del *buen/ mal alumno*, se juegan a la hora de emitir criterios sobre los desempeños de los estudiantes.

Se señala que los docentes “*se muestran ajenos a la realidad social*”, “*están muy agarrados de lo que se dice de arriba*”, identifican al “sistema (educativo)” como condicionante de los docentes. La tarea docente parecería entonces “atada” a la estructura, sin poder identificar en esta posición un campo de negociaciones y de decisiones que el sujeto tiene, por ser parte de la trama, por ocupar un lugar en la red.

Respecto de la valoración de la educación, todos destacan que la educación es imprescindible, de un valor indiscutible pensando en el futuro y su inserción laboral:

“Me parece que (la educación) es muy, que es lo más importante, es justamente donde se forma uno. Porque muchos dicen que para formar a una persona esta la familia pero hay valores de la familia que la escuela no puede reemplazar, es el lugar donde uno socializa; tanto la escuela primaria, como secundaria, como la Facultad. Una de las cosas más importantes para un país, para que se desarrolle, es que sus habitantes estén educados...”

Todos los entrevistados visualizan al campo educativo como un espacio de oportunidades, donde quieren estar y permanecer, que les ofrece un horizonte de futuro, por donde mirar su inclusión a otros ámbitos más allá de los horizontes familiares. ¿Cómo se juega la procedencia social en la visión que se tiene de la educación como salto hacia arriba, en la escala social? ¿En dónde construyen esta representación como oportunidad?

Los “buenos docentes” del nivel medio

¿Qué tipo de huellas son las que se rescatan? ¿A quiénes se les atribuye la condición de “buen docente”? ¿Qué aspectos de las de ese actor, lo definen como buen docente?

Se identifican diferentes aspectos valorados y definidos por los estudiantes, respecto de la condición de “buen docente”.

En primer lugar, la valoración que se hace del docente respecto de la *transmisión del conocimiento que se conecta con las estructuras de pensamiento de los estudiantes*. Esta es una de las zonas privilegiadas a la hora de reconocerlos. Definen a un buen docente como aquel “*que puede entrarle a los chicos*,” “*como que se meten en la mente de los alumnos*”.

Esta instancia incluye, asimismo, el reconocimiento del estudiante con un papel activo en el aprendizaje, que permite su inclusión en la toma de decisiones respecto de la propuesta de enseñanza: “*que los profesores te sigan en tus propuestas, que salgan de lo cuadrado de damos esto, esto, esto y no se sale de acá*”,

Estos son los docentes que pueden conectar sus saberes con los intereses y con las estructuras de conocimiento de sus alumnos. Pueden penetrar y dejar huella en la zona más íntima de los estudiantes: sus pensamientos. Estamos haciendo referencia a la dimensión didáctica de la enseñanza y la perspectiva que el docente asume respecto del lugar del conocimiento, los modos en que se propone el abordaje de los contenidos, las estrategias que

despliega, el lugar atribuido al estudiante, la confianza en las capacidades de los otros. Una relación dialógica ocupará, sin dudas, un espacio privilegiado en estos espacios de enseñanza

Otro elemento identificado por los entrevistados respecto de “buen docente”, releva la *motivación* que promueven sus propuestas, cómo los estudiantes encuentran sentido y se disponen a la tarea, *“te hacen ponerle ganas a cosas de la escuela fuera de los horarios”*.

Se destacan, asimismo, las *relaciones interpersonales* que los docentes promueven, las que afloran y diferencian a los docentes, *“tener una relación bastante buena siempre manteniendo el lugar de cada uno,” “cualquier problema extraescolar que vos tenías, ellos iban a tratar de ayudarnos”*.

Finalmente, se destacan aquellas figuras que desafían la norma, *transgresoras* y además, logran conectarse con los estudiantes, retomando el primer aspecto que se señalaba más arriba: *“Los mejores profesores que tuve son boca sucias, muy piolas, despreocupados y no le importa tanto si tenés planchadito el guardapolvo, tampoco les importa si tenés lo pelos hasta arriba. Son profesores que saben como hablar, como hacer llegar lo que ellos saben. Profesores como que se meten en la mente de los alumnos...”*

Los estudiantes señalan que estos docentes lograron movilizarlos, interesarlos, producir saberes, al punto que muchos señalan que fue ese docente el que *“... influyó que yo me incline por esta carrera que elegí”, “... estoy fascinada con todo lo que aprendí en cuanto a estos famosos proyectos que te cuento. Creo que de ahí salió lo que estoy haciendo ahora, y todo lo que voy a llegar a hacer cuando egrese.”*

¿Los que enseñan, son diferentes, según donde lo hacen? ¿Qué es lo que marca la diferencia? Los docentes de la FACSO.

Entre los estudiantes se releva como reconocimiento compartido que *“hay un cambio muy grande de la secundaria a la Facultad, en el tema docente”*. Pero si se analizan las respuestas respecto de cuál es cambio, se señalan aspectos más vinculados a otros componentes del triángulo didáctico: el conocimiento y el estudiante.

- Identifican profesores que, igual que en el nivel educativo anterior, están muy *“preocupados porque les entiendan”* y *“comprometidos con la enseñanza”*, y otros que *“llegan, dan la clase y se van, sin importarles los alumnos”*.

- se siente como pérdida, el menor o nulo contacto personal, especialmente en las clases teóricas.

- Se destaca que los docentes *“saben muchísimo más que los del polimodal”* pero a la vez se señala que los alumnos están interesados. Esto cambia la relación de ambos frente al conocimiento. *“Se ve que los profesores saben más”,* pero respecto de los alumnos *“uno hace la carrera que a uno le gusta... entonces como que le presta más atención, (...) el secundario es algo que se tiene hacer ... aquí estas porque este es tu futuro.”*

- La tarea de los estudiantes se restringe a “copiar o apuntar lo que se dice” a la vez que se identifican “mayores libertades”, ya que “si estas aburrido te levantas y te vas”.

- También señalan su condición de “novatos” que hace que no se animen a preguntar o intervenir pidiendo cambios o modificaciones respecto de los modos de enseñar. Señalan especialmente a los docentes de trabajos prácticos como los que habilitan mayores espacios de diálogo, de mayor proximidad y contacto personal, en donde pueden plantear dudas y exponer sus dificultades respecto de las clases teóricas.

- Se identifican diferentes propuestas didácticas, que parecen marcar diferencias en la valoración de los docentes: * “son expositivas, centradas en el docente”; * “dan filmas”; * “la docente no tiene un eje marcado a la hora de dar teórico y va lanzando lo que se acuerda en el momento...la toma de notas se puede volver confusa”; *“(...) esta profesora (se menciona la asignatura) que se sienta en el banco habla, habla, habla, habla, habla. Habla, habla, hasta que se van todos y no queda nadie”; * “me encanta (la materia) X, porque me encanta como el Prof. C da la materia”

- Se señala como diferencia más importante con el nivel precedente, la bibliografía, en especial la *cantidad* de material, como el cambio más importante de un nivel a otro.

La mirada sobre las propuestas didácticas que identifican los estudiantes pone en evidencia, además, que *el contenido no es independiente de la forma en la cual es presentado* (Edwards, 1995:147). Y los modos de intermediación del docente respecto del contenido, promueven diferentes ponderaciones por parte de los estudiantes sobre su tarea.

La mirada sobre los docentes no esta separada de las propias actuaciones de los estudiantes, que refieren a un cambio de actitud –asumir mayores responsabilidades y compromisos en el trabajo intelectual- de mayor independencia, la capacidad de tomar decisiones (irse de una clase o no asistir), administrar su tiempo, estar haciendo algo que han elegido.

Al mirar al docente, también se miran a sí mismos y se colocan en la relación pedagógica como actores. No serían tan distintos los docentes, la diferencia está en el contenido, la cantidad de contenido y la intermediación que hacen los docentes frente a semejante volumen de materiales que se debe estudiar.

La percepción del mundo del trabajo. La docencia como trabajo

La FacSo, comparativamente con otras Facultades de la UNICEN, se caracteriza por tener un alto número de estudiantes que trabajan (especialmente ocurría en los primeros años de funcionamiento, período en que la Facultad recibía un alto número de adultos) Así, en el Censo Universitario 1994, el 65,4% de los estudiantes trabajaban (segunda posición en la UNICEN para esta categoría). En nuestros relevamientos^{xvi}, (2003/2004) trabajan el 11% en 2003, y en 2004 el 49%; en 2005, el 11% (Busca trabajo 49%) y en el 26% en 2006 (busca trabajo 2% y 25% nc)

Tabla 1. Respuesta de ingresantes que asisten al CIVU- Situación laboral (en porcentajes)

	Trabaja	Busca trabajo	N/C
2003	11	Esto no se preguntó	
2004	49	Esto no se preguntó	
2005	11	49	
2006	26	2	25

Fuente: Informes ¿Quiénes son los ingresantes? Programa de Articulación Polimodal/Universidad – FACSO

Estas respuestas podrían estar señalando que los jóvenes que ingresan a la FACSO tienen mayor dependencia económica que sus antecesores. Viven y son abastecidos por sus padres. Las preguntas que surgen son: ¿no trabajan porque deciden dedicarse exclusivamente al estudio?, ¿desean trabajar para conseguir independencia económica, pero no lo consiguen?; ¿si las oportunidades de trabajo no se encuentran, cuál es su perspectiva y su mirada sobre el mundo del trabajo? ¿Cómo se ven a sí mismos en este campo social? A partir de estos interrogantes, se buscó relevar qué percepciones tienen respecto del ingreso al mundo del trabajo, poniéndolo en confrontación con el tiempo en que sus padres ingresaron al mundo laboral. Se busca identificar qué supuestos tienen respecto de lo que necesitan para poder ingresar al trabajo y finalmente analizar su valoración de la docencia como campo laboral profesional.

Las percepciones de los ingresantes, en general, dan cuenta de un tiempo pasado en el que el trabajo era más fácil de conseguir, ya sea por que había ofertas de espacio o bien porque no había tantos requisitos. Las relaciones de confianza abrían puestos de trabajo. ¿Esto se perdió? También tienen conciencia que no sólo se transformó el mundo del trabajo, sino que es la sociedad en su conjunto la que ha cambiado, *“esta más duro económicamente, porque el país está así”*

“...mi papá cuenta que hace quince o veinte años, por ejemplo lo aconsejaba un amigo al patrón supuestamente y ya lo tomaban. No era que vos tenías que presentar un currículum, una carta, no te pedían tanto lo que son los estudios, mucho más formal”

En su presente, *“te tenés que rebuscar más, tenés que tener un título universitario y no te alcanza (...), tenés que hacer cursos, especializarte, capaz que conseguís un buen trabajo a los 40 años”*.

Las explicaciones de las condiciones laborales en la Argentina remiten a dos planos: uno macro, en el que el papel del Estado y el Gobierno es la clave para interpretar y otro, micro, de corte individual, que localiza en el sujeto, el éxito o fracaso de la inserción.

Con respecto al primer reconocimiento se señala que *“El trabajo hoy esta absolutamente desvalorizado desde lo que es la cuestión política hasta lo que es la conciencia colectiva. Parece que hay una falta de decir laburemos... y el Estado más bien, con toda esta cuestión de los planes trabajar, el modelo te doy esto y después lo arreglamos... desde el Estado siento que se busca eso y que de alguna manera lo esta logrando, es bastante patético ¿No? Pero me parece que pasa por ahí”*

En la mirada dirigida hacia los actores, se identifican aspectos residuales que remiten a una concepción del trabajo vinculada al empleo, con especial referencia al empleo fabril. Se presentan en esta reconstrucción, las referencias al ámbito familiar que marca la relación de dependencia con un puesto de trabajo, asalariado, especialmente en la producción industrial, en la ciudad de Olavarría. Emerge la matriz social de la ciudad:

“En cuanto a lo que dije de mi papá me parece totalmente honorable, (...) pero no me gustaría para mi estar toda mi vida en un a fábrica. Por eso te digo, me parece muy honorable porque es el trabajo de mi papá, pero no es lo que a mi me gustaría para mi vida después, me gustaría defenderme por mi mismo por eso me parece que la mayoría de la gente que estudia termina teniendo su propio trabajo y manejando sus propios tiempos.

P/¿No dependiendo de un “patrón”, por llamarlo de una manera?

R/ Tampoco esta mal, pero es diferente un patrón en ciertos trabajos y es diferente un patrón en la fábrica...

Respecto del tipo de trabajo que realizan los padres, se identifica ciertos movimientos hacia tareas de trabajador independiente (taxista – chofer propietario; mecánico; propietario de agencia de remís; apicultor) y trabajos en relación de dependencia (enfermero, empleado de fábrica, empleado bancario). Las madres en su mayoría son amas de casa o colaboran con las tareas del emprendimiento familiar. Algunas hacen tareas de servicio (peluquería) y una es docente. Los hijos valoran las actividades y el esfuerzo familiar, pero desean “otra cosa” para ellos. Estas familias las ubicamos en una “ciudad intermedia, con una identidad definida, mitologizada en su imaginario social durante una época expansiva del capital y del modelo socioeconómico desarrollista, como “la ciudad del trabajo”, sufre hoy una de las peores crisis de su historia (junto a las inundaciones de los ochenta), no solo debido al creciente desempleo real a nivel nacional, sino también porque esa misma imagen esta siendo quebrada tanto por los índices de desocupación difundidos masivamente cuanto por las imágenes que la ciudad brinda de sus desempleados –sobre todo obreros de gran industria- deambulando por espacios no habituales en horarios no habituales. La crisis se sitúa tanto en el imaginario como en referentes urbanos concretos, y se potencia en una especie de diálogo entre los dos niveles en forma iterativa: el espacio es ocupado, “habla” y adquiere significación marcando identidades. Y la crisis del imaginario de compone de miles de fragmentos (individuales, familiares) de crisis” (Gravano, 2005: 19)

¿De qué modo esta transformación en los imaginarios impactó en las construcciones subjetivas de estos jóvenes, que nacieron en el inicio de la imposición del modelo neoliberal y crecieron con la crisis y desarticulación del Estado de Bienestar?

Merece profundizar que nociones de autoridad, jerarquía, autonomía/heteronomía son las que estos jóvenes han construido en las redes por las que transitaron y transitan. ¿Cuáles son los modos la Facultad interpela estas construcciones y qué otros modelos presentan (o no) en la impronta que dejará en las identidades de estos *jóvenes universitarios*? ¿Estas matrices de aprendizaje, se constituyen en obstáculos a la hora de asumir la responsabilidad de un trabajo independiente?

Simultáneamente se identifica la oportunidad de trascender el tipo de ocupación que tienen los padres, vinculada a alcanzar una titulación universitaria. La formación universitaria aparece como la posibilidad de desprenderse de un modo de subsistencia familiar, como alternativa de cambio social:

“Esta bien que si vos querés, podés conseguir un trabajo, ¿pero de que terminas, de remisero, de motomandados?, no es ninguna aspiración muy grande. No quiero menospreciar, pero no, no se es lo que espero para mí”. Nota: el padre de la entrevistada es remisero

La mirada de los jóvenes respecto del mundo del trabajo, también da cuenta de representaciones residuales, que refieren a explicaciones conservadoras y cargadas de estereotipos sociales. En las expresiones de muchos Olavarienses perdura aún un imaginario que remite a la ciudad de pleno empleo, y una mirada sobre la desocupación como una elección que los sujetos hacen.

Un entrevistado expresa: *“(...) hay trabajo, pasa que la gente no quiere trabajar. Vos fijate porque hay tanta desocupación, la gente no quiere trabajar en sí, hoy es así (...). En las canteras de Sierras Bayas hay cualquier cantidad de trabajo, me parece que pasa por uno mismo, por qué quiere uno”* (Nota: El informante es de Sierras Bayas)

Esta localización de la capacidad de encontrar un puesto de trabajo, se vincula con una percepción del trabajo asociado al empleo en muchos de los casos, y ese empleo habrá de ser encontrado de modo individual.

“creo que el tema de la salida laboral depende de uno y que el mundo que me voy a encontrar cuando salga es duro pero con el tema de... me incentivaron mucho cuando fue la secundaria y creo que voy a llegar a ser lo que quiero”

Las instituciones educativas operan como un ámbito de encierro, de separación de la vida, que hace que se perciba a la sociedad con toda su dinámica y esferas como un “afuera”, un ámbito al que “se accederá” más adelante, cuando se este preparado.

Son muy pocos los que están pudiendo analizar la inclusión en el mundo del trabajo desde una perspectiva más compleja, en la que las regulaciones exceden al sujeto como responsable exclusivo de su destino.

¿Qué cosas creen que les ayudarán a conseguir trabajo?

Parecen ser las capacidades en el manejo del idioma *inglés* y *computación* los más valorados, pensando en la inserción laboral. Son los cursos que quisieran tomar, porque *“sí o sí necesitas tener conocimiento en inglés, en informática sobre todo”*. En este sentido, si tomamos como marco de referencia la investigación de Filmus (2001), al revisar las trayectorias escolares vinculadas a la posterior inserción ocupacional, señala que éstas están *“fuertemente mediatizadas por las posibilidades de desarrollar aprendizajes y actividades extraescolares”* (Filmus, 2001:131). Es por esto que propone incluir en el análisis, el capital cultural invertido por la familia -previa o juntamente con la acción escolar-. Este análisis plantea que las diferencias, en cuanto a los contenidos que adquieren los jóvenes de diferentes sectores sociales, no depende únicamente de las desiguales condiciones de aprendizaje en relación con los circuitos educativos formales a los cuales asisten, sino que también esta diferenciación se potencia por la complementación de los aprendizajes fuera de las instituciones educativas. Quienes tienen mejores condiciones educativas en la escolaridad media, son quienes tienen mejores y mayores oportunidades de apropiarse de educación fuera de ellas.

La necesidad de invertir dinero en la adquisición de cursos de idiomas e informática, los que se identifican como lo “más importantes” (en los relevamientos de la investigación antes citada, y presentes también en nuestros registros), se da en la necesidad de *“afinar el currículo”* personal para la búsqueda de empleo. Estas expectativas respecto de contar certificaciones que acrediten saberes de “informática e inglés”, remiten a una escasa o nula oportunidad en la escuela o la disponibilidad de equipamientos domiciliarios (PC, acceso a Internet, etc.) que facilite su apropiación.

Respecto de elegir la docencia como trabajo

Es llamativo que *a la hora de pensarse a ellos mismos trabajando, aparezca reiteradamente la docencia como posible ámbito de inserción.*

La institución educación fue identificada durante largos años, en la Argentina, como oportunidad para el cambio social, la posibilidad de alcanzar mejores ubicaciones sociales a partir de la titulación. En este siglo XXI, *“en momentos de crisis del mercado de trabajo y de una tendencia general a la movilidad social descendente la escuela (media) se convierte en un “paracaídas” que posibilita el descenso más lento de quienes concurren más años al sistema educativo* (Gallart, 1994, y Filmus 1996)”.

La educación y en nuestro foco de interés, la media y superior, *son estalladas*, parafraseando a Ana Fernández (1999: 26). A pesar de este desfundamiento de sentido y la falta de certezas respecto del ascenso social que otrora la educación podía asegurar, *“(…) podría hablarse (entonces) de una movilidad no estrictamente económica sino fundamentalmente cultural, y pensarse en un ascenso en las expectativas de adquisición de mayor capital simbólico”* (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Secretaría de Educación. Dirección de Educación Superior. Escuela de Capacitación CePA, 2003)

En este sentido, debe atenderse así mismo, la vinculación de elección de una carrera docente frente a las carreras de licenciatura. Dice una ingresante *“a mi me gustaría ser profesora, también trabajar en investigación, pero siendo licenciada no haciendo el profesorado”*. ¿La carrera docente –¿es de menor rango social?– sería revalorada a la hora de pensar en la inserción laboral? ¿Habría otros aspectos que están tensando la trama? ¿Es sólo una cuestión utilitaria la que define hacer el profesorado?

“Yo quiero algo que disfrute de hacerlo, teniendo un sueldo que satisfaga las necesidades básicas; un poquito más, que se y...o no se, eso lo pretende cualquiera, no soy ambiciosa (risas). Quiero por lo menos estar el día de mañana como mi vieja que con un sueldo decente la lucha, pero esta bien y mantiene una familia grande y bien, junto con mi viejo. Por eso, tiro también a lo que es la docencia, me gusta y creo que viene también por el tema de mi vieja y creo que es un laburo seguro. Porque se que haciendo eso y complementándolo con lo que me gusta puedo llegar a tener un buen futuro económico bueno, básico...”

Parecería que la carrera ofrece hace lo que les gusta, el ser docente hablaría de otros aspectos de oportunidades en el camino, *ser fuente de ingreso seguro,* tener trabajo (podría ser que las representaciones respecto de *qué hace un antropólogo/ un comunicador* no sean tan puntuales como la docencia), *tener una mejora respecto de la posición social que ocupa y ve en la docencia una oportunidad:

P/: ¿Alguna vez pensaste en ser docente, en ser profesor?

R/: Es como que me interesaba eso de llegar a un aula y tener entre comillas el poder. Después con el tiempo me doy cuenta que no tengo paciencia y no es lo que más me gusta, lo que más me interesa”

Y ver en la formación docente una oportunidad, vinculada especialmente a las marcas que “buenos docentes” dejaron:

“Yo pienso que sí, que funcionaría porque me gusta y me gustaría enseñar y tener ese contacto con el que se esta formando y poder contarle las experiencias, y tomar el modelo de los profesores que me ayudaron mucho”

Respecto de la proyección de futuro

“No lo tengo demasiado armado porque, que se yo... yo voy viviendo” (Mujer, 22años)

En el contexto del CIVU se identificaba mayoritariamente que estos ingresantes, expresan *desear estudiar en otra localidad*. Este dato, ha decrecido en los últimos años. Quisiéramos confrontarlo con la visión de futuro propio y del conjunto social que tienen los jóvenes, ¿podría ser un límite que el sujeto se coloca a sí mismo vista la imposibilidad de imaginar otra salida, y lo frustrante que ello pudiera ser para él/ella? ¿Qué es lo que retiene a los jóvenes apegados a la localidad? La tendencia que se venía relevando era el deseo claro de emigrar de la ciudad, y que esta Facultad es su segunda o tercera elección, pero que se

constituía en la única posibilidad real de seguir estudios superiores. En los últimos años, esto no se releva como intención o aspiración.

En este eje, se buscó indagar las visiones de futuro que el estudiante pudiera expresar, vinculadas a su vida personal, profesional y proyectos por hacer.

Muchos dicen querer tener una familia, pero sin mayor énfasis. La idea es recibirse, trabajar de lo que han estudiado, ser felices. No aparecen como aspiraciones declaradas tener éxito mediático, enriquecerse, disponer de bienes materiales.

Se valoran las nuevas relaciones y la perspectiva que ofrece el estudio. Se ven a sí mismos trabajando y haciendo lo que les gusta. Se valora la inserción laboral vinculándola al disfrute de la tarea, de algo gratificante que además, les permite vivir de ello, sin abandonar cosas que les producen placer

“El futuro... Me imagino ojala pudiendo formar un familia, creo que todo el mundo quiere eso. Digamos que para mi futuro tengo cosas que quisiera y bastante claras, una de ella es tratar de formar una familia, otra es tener una profesión que me guste, lo que más quiero es trabajar de lo que me guste, es lo que más me importa, por eso que seguir con la música toda mi vida igual que con el estudio, tratar de terminarlo, después trabajar de lo que estudie que es lo que me gusta.(...) ¿A futuro? (risas) La música, música simplemente, lograr algo, el hecho de tener cincuenta años y estar tocando como ahora en un garage con mis amigos, pero mejorar siempre, tratar de ir mejorando en eso en la música...”

Un dato recurrente en las encuestas del CIVU: frente a la pregunta ¿cuál es tu plan luego de recibirte?

La mitad de las respuestas relevadas expresan que esperan poder *trabajar en Olavarría* al recibirse, aunque en muchos casos deseaban salir de la ciudad en otro momento de su vida. Esto se releva también en las entrevistas, aunque no queda dicho cuándo o porqué cambiaron de perspectiva.

“A mi me gustaría quedarme acá, por ahí se va a tener que dar y lo voy a tener que aceptar (Irse de la ciudad). Pero no me gustaría, pero bueno”

En consonancia con las encuestas, en las entrevistas no se relevan deseos de emigrar (pensando en la tendencia que se dio en derredor del año 2000), Entre un 2 y un 4% expresan desear salir del país, aunque si se relevan deseos de viajar, de conocer.

“yo tengo un sueño, proyecto, como lo quieras llamar que es conocer el mundo.(...) no tengo el proyecto de irme a vivir a otro país, sino llegar y conocer más que nada.”

Se relevan respuestas respecto de migraciones internas, en búsqueda de nuevos horizontes laborales. En general miran grandes ciudades, pero no a la Ciudad de Buenos Aires (como lo fue en otros períodos de migraciones) argumentando la competencia que existe. Irse a otra ciudad a trabajar, aún a costa de sacrificar (tal vez por un tiempo) el trabajo profesional para lo que se formaron:

“Me iría a Mar del Plata, Córdoba, al sur. No se si trabajar de lo mío, porque todo depende de la ciudad a la que me tenga que adaptar”

Dice Bauman (1998: 28) analizando los procesos que se desencadenan a partir de la globalización: ***“lejos de homogeneizar la condición humana, la anulación tecnológica de las distancias de tiempo y espacio tiende a polarizarla. Emancipa a ciertos humanos de las restricciones territoriales a la vez que despoja al territorio, donde otros permanecen confinados, de su valor y su capacidad de otorgar identidad. Para algunos, augura una libertad sin precedentes de los obstáculos físicos y una inédita capacidad de desplazarse y actuar a distancia. Para otros, presagia la incapacidad de apropiarse y domesticar la localidad de la cual tendrán escasas posibilidades de liberarse para ir a otra parte.”*** (El destacado es del autor)

La pregunta que cabe es si esta afirmación, que hace Bauman, se corresponde con lo que viven los actores sociales, localizados en esta ciudad intermedia. Es que *“¿miran impotentes, mientras la localidad en la que viven se mueve bajo sus pies?”* (Bauman 1998:28) ¿Cuáles son los desafíos de estos actores, cuáles los sentidos que le asignan a permanecer en la localidad?

Respecto del futuro, además de pensar en hacer algo que les guste, se visualizan preocupaciones respecto de la *inserción profesional* del graduado. Aquí es donde la docencia se presenta como un camino “seguro”, un empleo que permitiría tener seguridad.

A modo de cierre

La tarea esta recién en sus inicios. Las respuestas respecto de qué ven y qué piensan los jóvenes, de la tarea de enseñar, y de quienes enseñan, muestran algunos de los sentidos asignados. Los jóvenes que llegan a la FACSO ven en la educación superior una oportunidad de cambio, como condición para afrontar el mundo que les toca vivir. La valoración de las marcas positivas que los “buenos docentes” pudieron dejar, se reconocen especialmente en la influencia respecto de la elección de carrera o perspectivas de mirada sobre la complejidad de la vida social. Pero la mayor carga respecto de los saberes prácticos construidos en su escolaridad (especialmente Media) señalaría una visión de la docencia como una tarea descomprometida, burocratizada y cristalizada en un puesto de trabajo, más que en una tarea creativa y eminentemente política. Estas referencias darían cuenta de por qué los estudiantes estarían valorando la docencia como una profesión que no llega a tener la jerarquía de una licenciatura.

Las marcas que la escolaridad va haciendo sobre las subjetividades, los modos en que los actores sociales asumen sus espacios, construyen sentidos entorno a la enseñanza, la escolaridad, la educación. Estos jóvenes transitan aún por estas instituciones educativas que no son ajenas al modo en que las instituciones sociales en su conjunto se van transformando.

La docencia parecería no ser vista como una carrera profesional, sino como una alternativa laboral que permite un ingreso económico seguro, vinculando el trabajo docente

como un empleo, ¿burocratizado?, más que con una tarea vinculada al conocimiento, a un compromiso político, a una responsabilidad social.

La pregunta que sigue estando en pie y que será tema de indagación en el proceso de campo, es en qué sentido las matrices de aprendizaje familiares, aquellas que se entraman con la identidad de la localidad, con las historias familiares, y con los modos en que los sujetos aprenden a gestionar su propio conocimiento, intervienen en la elección de la formación docente. Identificar los matices por los que la docencia es elegida: como campo profesional valorado, como salida “segura” -componente residual de un modelo de sociedad salarial-, o bien bajo otro tipo de significados que aún faltan identificar.

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (1999) *La Globalización. Consecuencias humanas*. FCE Bs. As., Argentina.
- BAUMAN, Z (2002) *Modernidad líquida*. FCE Bs. As.
- BOURDIEU, P. (1996) *Cosas dichas*. Gedisa. Barcelona, España (1ra. Reimpresión)
- CARUSO, M. y DUSSEL, I (1996) *De Sarmiento a los Simpsons. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea* Cap... Bs. As: Kapelusz.
- CASTORIADIS, C. (1986) *Los dominios del hombre*. Las encrucijadas del laberinto. Gedisa editorial
- CHAVES, Mariana *Juventud negada y negativizada. Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea* Revista ULTIMA DÉCADA Nº 23, CIDPA Valparaíso, diciembre 2005, PP. 9-32.
- EDWARDS, V. *Las formas del conocimiento en el aula*. En Rockwell, E. (1995) *La escuela cotidiana* FCE, México
- ELIAS, N (1999) *Sociología fundamental* Gedisa, Barcelona. España
- FERNANDEZ, Ana María y cols. (1999) *Instituciones estalladas*. Eudeba, 1ra ed. 2da reimpresión.
- FERNÁNDEZ, Lidia. (1994) *Instituciones educativas. Dinámicas institucionales en situaciones críticas*. Paidós, Bs. As.
- FACSO. Programa de Articulación Polimodal/Universidad. Informes *¿Quiénes son los ingresantes?* Años: 2003,2004, 2005 y 2006
- FILMUS y otros (2001) *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente. Escuela media y mercado de trabajo en épocas de globalización* Santillana.
- Giménez, G, (1997) *Materiales para una teoría de las identidades sociales*. Pág. web <http://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Teoria%20de%20las%20identidades.pdf>. Visitada 20/12/07
- GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. Secretaría de Educación. Dirección de Educación Superior. Escuela de Capacitación CePA. Ponencia: “Docentes con raros peinados nuevos: el perfil de los estudiantes de primer año de las carreras de formación docente de la Ciudad de Buenos Aires”. Presentada en “Encuentro de Formadores-as de Docencia de la Ciudad de Buenos Aires, Experiencias y perspectivas. DES. 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre de 2003.
- GRAVANO, A (comp.) (2005) *Imaginario social de la ciudad media*. UNICEN- FACSO
- JODELET, D. La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En MOSCOVICI, S. (1986) *Psicología social II*
- LITWIN, E. *Las configuraciones didácticas. Una nueva agenda para la enseñanza superior*. Paidós, Bs. As 1997.
- INFORME: Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales
Proyecto: Estudio Nacional sobre Juventud en la Argentina. Coordinación general del proyecto: Eleonor Faur. Elaboración del informe: Mariana Chaves. Con la colaboración de: María Graciela Rodríguez y Eleonor Faur. La Plata-Ciudad de Buenos Aires, mayo de 2006. IDAES – UNSAM; Ministerio de Desarrollo Social –DINAJU; UNICEF.

- REGUILLO CRUZ, Rossana (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Tesis Norma, Bs. As.
- REGUILLO CRUZ, Rossana (2006) *Políticas de la mirada. Hacia una antropología de las pasiones contemporáneas*. En DUSSEL, I y GUTIERREZ, D. Comp. (2006) *Educación la mirada. Políticas y pedagogías de la imagen*. Manantial, FLACSO y Fundación OSDE, Argentina.
- SCHLEMENSON, Silvia (1999) *Caracterización del sentido primario y su relación con la significación secundaria* en Frigerio, Poggi, Korinfield, *Construyendo un saber sobre el interior de la escuela*. Centro de estudios multidisciplinares. Novedades Educativas. Bs. As.
- SOSA, R. y UMPIERREZ, A. "La opacidad del ingreso: ¿qué demanda el ingresante que la Facultad aún no ve? Curso de Integración a la Vida Universitaria de la Facultad de Ciencias Sociales. UNICEN. Algunas reflexiones del trabajo realizado" Ponencia presentada en el I Encuentro Nacional La problemática del ingreso a Carreras de Humanidades, Cs. Ss. y Artes en las universidades públicas, Córdoba 2004.
- UMPIERREZ, A. (2006) *Actores de instituciones. Campo de juego en la construcción de identidades docentes*" FACSO-UNICEN. (En AA. VV Identidad(es) docentes. Configuraciones y fragmentaciones. Miño y Dávila. En prensa)
- UMPIERREZ, A. (2008) *Identidades juveniles: la docencia como elección*. Apostá. Revista de Ciencias Sociales. Nº 36, Enero, Febrero y Marzo 2008. ISSN 1696-7348
<http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/analia.pdf> (Visitada 24/01/08)
- CHAVES, M. Con la colaboración de: María Graciela Rodríguez y Eleonor Faur. Informe: *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*. Proyecto: Estudio Nacional sobre Juventud en la Argentina. Coordinación general del proyecto: Eleonor Faur. Elaboración del informe: La Plata-Ciudad de Buenos Aires, mayo de 2006. IDAES – UNSAM; Ministerio de Desarrollo Social –DINAJU; UNICEF.

ⁱ Grupo de Investigación IFIPRACD (Investigaciones en Formación Inicial y Práctica Docente). Proyecto en marcha: *Prácticas en educación. Formación inicial y construcción de la identidad docente*. Directora: M. E Chapato. Reconocido por la Facultad de Ciencias Sociales y la S.C.yT UNICEN (Código: 03/F115) y la Secretaría de Políticas Universitarias del M.CyE

ⁱⁱ Se encuentra una referencia al proyecto de Tesis en Umpierrez, A. (2008)

ⁱⁱⁱ La FACSO es parte de una Universidad regional con sedes en Tandil, Azul y Olavarría. Inicia sus actividades en 1988. Se dictan las Licenciaturas en Comunicación Social, Antropología Social y Antropología Arqueológica desde su inicio y los profesados de Comunicación Social y de Antropología Social desde 1997 y 2000, respectivamente.

^{iv} Es de resaltar que los estudios sobre juventud en el país fueron iniciados desde la sociología, y será ésta una marca y tendencia en el desarrollo del campo. Dentro de esta disciplina vamos a encontrar el mayor número de trabajos e investigadores formados y en formación. Desde el punto de vista temático, y en coherencia con la tradición disciplinar, las preocupaciones fundacionales son la educación, el trabajo y los sectores "populares" (Wortman, 1991; Auyero, 1993), "carenciados" (Macri y Van Kemenade, 1993) o pobres (Llomovate, 1988) y serán estos intereses los que continúan acumulando el mayor número de producciones. Pero ya en 1985 hay quienes realizan análisis de la juventud desde la cultura o de algunas de sus prácticas culturales como es el rock (Vila, 1985). Desde mediados de los noventa tiende a consolidarse la mirada sobre lo cultural no sólo el campo de la sociología (Margulis y otros 1994, 1996, 2003) sino también de la antropología (Kropff, 2004; Chaves, 2005; Elizalde, 2005; Sánchez, 2005), las ciencias políticas (Núñez, 2003), las ciencias de la comunicación (Emanuelli, 2001; Morduchowicz, 2004; Remondino, 2005; Saintout, 2005; Jaramillo, 2005) y la historia (Pujol, 2002, 2005). Los temas de sexualidad y reproducción, donde se privilegia el sector o el uso del término adolescencia, ha experimentado un lento pero continuo desarrollo en los noventa (Pantelides y Cerruti, 1992; Kornblit y Mendes Diz, 1994; Gogna, 2005) y muchos trabajos han visto la luz a principios de este nuevo siglo (Geldstein y Pantelides, 2001; Checa, 2003; Gogna, 2005; Faur y Gherardi, 2005). Referencia tomada del Informe: *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*. 2006:10/11

^v En el sentido que lo utiliza Maffesoli (1990:42) para explicar la potencia del uso de metáforas.

^{vi} En el sentido de las culturas pre-figurativas de Margaret Mead (1997).

^{vii} El Partido de Olavarría se encuentra ubicado en el centro de la provincia de Buenos Aires, Argentina, cuenta con una superficie de 7.715 km² y poco más de 100.000 habitantes. Olavarría, la ciudad cabecera, fue fundada el 25 de noviembre de 1867 y se ubica sobre la ruta nacional 226 y provincial 51, a 40 km. de la ruta nacional 3. <http://www.olavarria.gov.ar>. Página visitada el 15/06/08. Es una zona privilegiada para la explotación agrícola-ganadera. Posee yacimientos de granito y de piedra caliza, por lo que a lo largo

del SXX se expandió la industria de la minería, colocándola en una posición relevante en la producción nacional.

^{viii} Ana Quiroga (1991) llama matrices de aprendizaje a la forma con que cada sujeto organiza y significa sus experiencias, sensaciones, pensamientos y sentimientos y su encuentro con lo real se construye social e históricamente a lo largo de sus trayectorias de aprendizaje. Estas matrices, a su vez, condicionan los modos de pensar, hacer, sentir y aprender de los estudiantes. Quiroga, Ana (1991) Matrices de aprendizaje. Constitución del sujeto en el proceso de conocimiento. Ediciones Cinco. Buenos Aires.

^{ix} Referencia tomada de Pablo PEREZ (2007) El desempleo de los jóvenes en Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación. Ponencia presentada en la 1º Reunión Nacional de Investigadores en Juventudes. La Plata, noviembre 2007

^x Los *referentes empíricos* iniciales sobre los que se construyen las primeras apreciaciones -a partir de los que se inicia la etapa exploratoria que antecede al problema definido en el proyecto-, son:

- los diagnósticos realizados en el Curso de Ingreso a la Vida Universitaria (CIVU). Durante el CIVU se aplican el primer y último día del curso, sendos *cuestionarios de encuestas*. Se interroga a los ingresantes en el 1ro de ellos, respecto de su escolaridad previa, su vinculación con el mundo del trabajo, la percepción de la escolaridad polimodal, sus hábitos de estudio, la escolaridad familiar, la elección de carrera, la visión de sí mismo y aspectos vinculados a la elección de la FACSO para realizar estudios. En el segundo cuestionario, se busca identificar si el estudiante reconoce cambios a partir del curso, que anticipe temores frente al inicio, y valore el curso.

- El registro de un taller realizado con ingresantes, durante el desarrollo del Curso de Integración a la Vida Universitaria

- Las entrevistas de seguimiento que se realizaron a ingresantes.

Como materiales complementarios se dispone de:

- las entrevistas realizadas a estudiantes de 1er año de la FACSO;

- las entrevistas realizadas a estudiantes de Polimodal, que participaron en el Programa de Articulación Polimodal/Universidad de la FACSO^x

- Entrevistas a responsables de Secretarías, no docentes y docentes de la FACSO

^{xi} Rossana Reguillo plantea la distinción entre *socialidad* y *sociabilidad*. Si bien comparte que *socialidad* es una noción que refiere a "el modo de estar juntos de una sociedad", propone distinguir *socialidad* (la sociedad haciéndose, comunicándose) de *sociabilidad* (la sociedad estructurándose, organizándose) ya que considera que, frente a los desafíos actuales de la investigación en Ciencias Sociales, la "sociedad estructurándose", sin menoscabo de sus formas comunicativas, rituales o preformativas, es nodal para comprender "lo contemporáneo" tanto en sus dimensiones subjetivas como estructurales. (Reguillo Cruz 2006:60)

^{xii} "Al dar sentido, dentro de un incesante movimiento social, a acontecimientos y actos que terminan por sernos habituales este conocimiento forja las evidencias de nuestra realidad consensual, participa en la *construcción social de nuestra realidad*. Jodelet, D. La representación social: fenómenos, concepto y teoría. en MOSCOVICI, S. *Psicología social II* (1986), pág. 473.

^{xiii} "El concepto de poder se ha sustituido por el de *fuerza de juego*. (...) La fuerza de juego es un concepto de relación. Se refiere a la posibilidad de ganar con que cuenta un jugador en relación con las de otro" Elias, N. (1999) *Sociología fundamental* Gedisa, Barcelona. Pág. 88

^{xiv} Son cada vez más los niños que se incorporan a instituciones educativas a edades más tempranas. En la Ley Federal de Educación (24.195/93) se incluye al Maternal como un nivel dentro de la Educación Inicial. Esto señala el reconocimiento estatal y la necesidad de intervenir en la regulación de este nivel, que se ha expandido notablemente en los últimos 20 años. Este nivel de la enseñanza está destinado a niños de 45 días a tres años.

^{xv} Esto no significa negar la creatividad y la criticidad de los jóvenes, lo que se está planteando es que las prácticas de la enseñanza no estarían yendo en esa dirección.

^{xvi} Datos tomados de los cuestionarios aplicados en los CIVU, a alumnos que asisten al curso de ingreso.

La necesidad de una teoría crítica de la modernización ante las realidades de la segunda mitad del siglo XX

H. C. F. Mansilla¹

Resumen

La necesidad de una teoría crítica de la modernización ante las realidades de la segunda mitad del siglo XX

Después del contacto permanente con la exitosa civilización occidental, los países del Tercer Mundo se han consagrado a un desarrollo acelerado en la segunda mitad del siglo XX, que ha significado el mayor cambio social en toda su historia. En general el resultado es una evolución imitativa, que es percibida, sin embargo, como algo propio y autónomo. Una teoría crítica de la modernización es importante para analizar las luces y las sombras de esta evolución de acuerdo a un sentido común guiado críticamente.

Palabras-clave: autonomía, desarrollo, efecto de fascinación, imitación, proceso de modernización, sentido común.

Abstract

The Necessity of a Critical Theory of Modernization before the Realities of the Second Half of the 20th Century

After a permanent connexion with the successful western civilization, the Third World countries have striven for an accelerated development in the second half of the 20th century. It brought about the most important social change of all their history. The result is an imitative evolution, which is however seen as an own and autonomous development. A critical theory of modernization is relevant in order to analyse the positive and negative aspects of this evolution according to a critically oriented common sense.

Key words: autonomy, common sense, development, fascination effect, imitation, modernization process.

¹ H. C. F. Mansilla (nacido en 1942 en Buenos Aires) estudió ciencias políticas y filosofía en universidades alemanas. Hizo su doctorado en 1973 (*magna cum laude*). La Universidad Libre de Berlín le confirió la *venia legendi* en 1976. Ha sido profesor visitante en universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. En España fue catedrático visitante del Instituto de Altos Estudios José Ortega y Gasset de la Universidad Complutense. Desde 1999 es regularmente catedrático visitante de la Universidad de Zurich (Suiza). Es miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y correspondiente de la Real Academia Española. Por lo demás es escritor independiente. Ha publicado varios libros sobre sociología política, crítica de mentalidades autoritarias y ecología política.
Dirección electrónica: hcf_mansilla@yahoo.com

La fascinación del progreso

Desde que existe una seria reflexión histórico-filosófica de alcance mundial, es decir desde mediados del siglo XVIII, se pensaba que el desenvolvimiento de Asia, África y del Nuevo Mundo era explicable mediante leyes evolutivas y principios teóricos generales originados en Europa, que podrían ser aplicados, con algunas reservas, a las sociedades extra-europeas, teniendo en cuenta un retraso aparentemente irremediable en las tierras de ultramar. Hasta hace pocas décadas se daba por cierto que esas normas universales eran idénticas con las secuencias de desarrollo diseñadas para Europa Occidental, donde culminaría indefectiblemente la gran historia comenzada en la Grecia clásica. No sólo las tendencias hegeliano-marxistas compartían esta idea central; derechista de toda laya y tecnócratas aparentemente apolíticos creían firmemente que las naciones de Asia, África y América Latina estaban destinadas a repetir – con una lamentable demora – el adelanto ejemplar que exhibían Europa y Estados Unidos.

Como *Jorge Graciarena* ha señalado, "desarrollo" no era, en la mayoría de las sociedades latinoamericanas, un problema intensamente discutido antes de 1930. Ahora, en cambio, no es sólo un concepto clave de toda controversia económica y política, sino que la "necesidad de desarrollo" se presenta de una manera dramática y avasalladora como algo obvio y sin alternativas². El gelatinoso concepto de desarrollo conforma el fundamento de las teorías sustentadas por las fuerzas de izquierda, para las cuales la historia universal se mueve hacia etapas superiores de progreso social, pero aparece igualmente en las estrategias de la derecha, como consolidación y ampliación del propio sistema y también como antídoto contra una revolución popular.

Las sociedades periféricas y particularmente las latinoamericanas han estado expuestas desde su incorporación a los imperios coloniales o al mercado mundial a unos principios normativos surgidos y sistematizados originariamente en los centros metropolitanos; la fuerza y el éxito seculares de las naciones occidentales han dotado a estos principios del nimbo de lo verdadero, imitable y positivo. La adopción de los paradigmas occidentales fue facilitada por la crisis de identidad histórica y nacional sufrida por las culturas no occidentales después de un contacto prologando – y casi siempre traumático – con la civilización europea. A partir del siglo XVI se puede constatar que las sociedades más importantes del actual Tercer Mundo dejaron de producir modelos originales de desarrollo e ingresaron a una larga época de estancamiento histórico. En la esfera económico-tecnológica se produjo un genuino vacío de modelos de desarrollo, por lo que la imitación del proceso europeo de modernización se manifiesta desde entonces como algo obvio e inevitable. En el siglo XX la defensa de la identidad nacional y el fomento de las tradiciones propias, que no podían dejar de producirse como reacción contra las influencias extranjeras, por más poderosas que éstas fueran, se han concentrado en terrenos de carácter secundario y periférico con respecto a los elementos centrales económico-tecnológicos: las manifestaciones culturales, las formas exteriores de la vida política y la esfera religiosa. Es verdad que no han faltado conflictos entre ambos planos, y justamente la historia contemporánea del Tercer Mundo puede ser calificada como la búsqueda de una nueva identidad que combine el progreso tecnológico "a la occidental" con fragmentos de autoctonismo cultural y autonomía política.

De todas maneras, la consciencia colectiva mayoritaria en América Latina ha interiorizado como propias algunas nociones centrales de la tradición metropolitana que son imprescindibles para la comprensión de la controversia actual en torno a problemas tan diversos como la identidad colectiva y el debate ecológico-demográfico:

² Jorge Graciarena, *Desarrollo y política*, en: Fernando Henrique Cardoso / Francisco Weffort (comps.), *América Latina: ensayos de interpretación sociológico-política*, Santiago: Editorial Universitaria 1970, p. 298 sq.

a) La historia es vista como un proceso linear ascendente, dentro del cual cada sociedad va pasando a etapas de la evolución histórica consideradas como superiores;

b) La naturaleza es considerada en general como base y cantera para los designios humanos, sin derechos propios, pero con recursos casi ilimitados al servicio del hombre; y

c) la actividad humana es percibida como sometida al principio de eficiencia y rendimiento, con una tendencia compulsiva al dinamismo, al crecimiento y al éxito.

Especialmente en el caso latinoamericano, estos elementos – tomados claramente de un acervo exógeno – han ido formando el substrato para los conceptos y las ilusiones de la consciencia colectiva; esta base ha favorecido durante el siglo XX y más particularmente a partir de la Segunda Guerra Mundial una recepción más intensa de los logros y paradigmas de la civilización metropolitana. Notables mejoras en el campo de las comunicaciones, el incremento de los contactos personales y la actividad diaria de la televisión son responsables por la difusión de toda clase de datos, imágenes y leyendas sobre aquel mundo de opulencia, progreso y poderío, que parece existir en las sociedades del Norte, y es comprensible que ellas adquieran el carácter de modelos dignos de imitarse a toda costa. Por otra parte, la cultura occidental ha propagado precisamente el principio de la factibilidad de los designios humanos: el progreso sería algo que se puede implementar en la praxis según modalidades social-tecnológicas si hay una firme voluntad política de hacerlo. La creencia de que un orden social más avanzado y próspero es algo enteramente factible y alcanzable para cualquier país periférico mediante esfuerzos sistemáticos pertinentes se conjuga con aspiraciones cada vez mayores relativas al nivel de la vida y al consumo. Este fenómeno, relativamente moderno, llamado la *revolución de las expectativas crecientes*, puede ser definido como el anhelo colectivo de obtener lo más pronto posible los frutos de la civilización metropolitana en las esferas del consumo masivo y del desarrollo económico-tecnológico, frutos que desde el interior de las sociedades periféricas son vistos como reivindicaciones justas y deseables en todos los sistemas sociales. Las divergencias políticas e ideológicas se refieren mayormente a los métodos de modernización y a los regímenes internos correspondientes, destacándose una cierta comunidad de objetivos entre los anhelos colectivos dominantes en el Tercer Mundo.

La revolución de las expectativas crecientes sólo ha sido posible por medio de una difusión asombrosa de informaciones en los países periféricos acerca de la situación general en las metrópolis, difusión que a partir de 1945 ha abarcado a estratos sociales muy amplios, incluyendo a las clases medias y a los sectores urbanos de las capas bajas. En esta relación asimétrica las sociedades metropolitanas ejercen la función indiscutida de sentar los parámetros de desarrollo, mientras que los países meridionales, por lo menos en las esferas de la economía y la tecnología, toman una posición esencialmente receptiva. La conciencia colectiva está, entonces, abierta y sometida a los efectos de demostración de un modo de vida supuestamente superior. Con mucha razón, *Torcuato S. Di Tella* se refirió a un genuino "efecto de fascinación"³ para calificar las consecuencias que el nivel de vida y los logros de los sistemas metropolitanos originan en latitudes meridionales. El impacto de los efectos de demostración ha sido particularmente fuerte entre los intelectuales y dentro de las élites políticas y económicas, quienes perciben su deber – y su legitimidad – en alcanzar para la nación respectiva un grado "conveniente" de desarrollo. Se puede hablar de fascinación porque los efectos de la demostración de la moderna civilización metropolitana sobre la mentalidad colectiva del Tercer Mundo han sido avasalladores: han conducido a que la actividad primordial de estas sociedades esté centrada en torno a los conceptos mágicos de "progreso" y "desarrollo", a que el

³ Torcuato S. Di Tella, *Populism and Reform in Latin America*, en: Claudio Véliz (comp.), *Obstacles to Change in Latin America*, Londres etc.: Oxford U. P. 1965, p. 48.

crecimiento ininterrumpido sea el criterio principal para juzgar toda evolución y a que estas metas finales hagan permisible el empleo de casi cualesquiera métodos. Es un lugar común en medios latinoamericanos el mencionar que el crecimiento por sí solo no lleva al anhelado desarrollo integral, pero detrás de esta fórmula bien sonante se descubre rápidamente que el crecimiento mismo de todo desarrollo pleno es el incremento sostenido y acelerado de todo aspecto económico y tecnológico, el que debe también originar ciertos efectos reputados como benéficos en otros campos, especialmente en el social. Si bien no todo crecimiento es idéntico con desarrollo, todo desarrollo requiere de un potente crecimiento. En todo caso se puede observar una notable comunidad de opiniones entre los más diferentes sectores ideológicos acerca de la necesidad de forzar el lado económico-tecnológico del proceso histórico contemporáneo, como el medio más seguro y básico de alcanzar los logros de los centros metropolitanos.

Aunque las corrientes y las teorías más distintas entre sí hablen de la originalidad de sus propios modelos de desarrollo y aunque el rechazo vehemente del sistema civilizatorio occidental domine la retórica pública, todo régimen en la praxis cotidiana del Tercer Mundo exhibe una afinidad global innegable a lo alcanzado en los países altamente industrializados. El progreso resulta ser la acumulación de mejoras materiales y de conocimientos técnicos, utilizables en la producción; todos los otros criterios juegan un rol secundario y periférico. Esta concepción fue compartida por *Raúl Prebisch*, el inspirador del *cepalismo* a mediados del siglo XX y, en proporción notable, sigue constituyendo el núcleo del pensamiento actual sobre temas del desarrollo. La modernización industrializante es, según las escuelas más diversas, el medio más importante para tomar parte en el progreso tecnológico y hacer uso de éste último para realizar una política de mejoramiento permanente en el nivel de vida de las masas⁴. Lo fundamental en esta cuestión parece residir en la insistencia en reproducir los rasgos centrales del curso de la modernización metropolitana con especial énfasis en la urbanización e industrialización, a pesar del reconocimiento generalizado de que este proceso por sí solo no conduce al desarrollo integral. El hecho de que este reconocimiento tenga únicamente un valor verbal y la función de un descargo ideológico está vinculado a la escasez de modelos de desarrollo genuinamente autónomos en las sociedades periféricas y a la fuerza normativa que sigue ejerciendo el paradigma metropolitano. La expansión militar y comercial de Occidente, el sojuzgamiento de civilizaciones todavía muy jóvenes y con *standards* tecnológicos bajos, la falta de una concepción dinámica del propio desenvolvimiento y, sobre todo, el éxito socio-cultural de los países del Norte – que parece no amainar – son factores de esta problemática tan compleja; la imposibilidad o la incapacidad de forjar parámetros propios han hecho posibles los mencionados efectos de fascinación.

Estos últimos se concentran en el terreno económico, la tecnología industrial y las pautas de consumo. Esta adopción de valores exógenos de orientación tiene lugar, sin embargo, en medio de un contexto socio-cultural que rebosa de tendencias autonomistas: la necesidad de un camino propio al desarrollo y al progreso y el desenvolvimiento de un modelo político y cultural autóctono son sus dos líneas directrices. No es casualidad que el impacto de los efectos de demostración haya sido particularmente fuerte entre los intelectuales del Tercer Mundo, quienes, fascinados por los éxitos materiales de los centros metropolitanos, han creado diversas teorías y hasta ideologías revolucionarias para justificar, en términos de progreso social para las masas y de autonomía de desarrollo, la imitación acelerada de la civilización industrial. El núcleo de la argumentación asevera que el moderno proceso industrial-tecnológico y la expansión de los sectores productivos representan aspectos genuinos y propios de todas las culturas y sociedades que logran liberarse de ciertas cadenas políticas y de conocidos obstáculos sociales que

⁴ Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, México: FCE 1950, pp. 19-23.

proviene tanto de la penetración imperialista como de los anacronismos nacionales. En estos programas que combinan momentos nacionalistas con exigencias revolucionarias y socialistas la modernización aparece como el proceso auténticamente regenerativo de la sociedad periférica⁵.

La atracción que hasta aproximadamente 1980 ejercieron los regímenes socialistas sobre la conciencia intelectual del Tercer Mundo no se debió tanto a una mejor oportunidad de acabar con el trabajo alienante y de alcanzar una revolución proletaria, sino al hecho de que el socialismo parecía garantizar mayor eficacia y rapidez en los procesos de modernización e industrialización en las periferias mundiales. Mediante la movilización de todos los recursos, empezando por los humanos, y con ayuda de la planificación generalizada, los sistemas socialistas parecían lograr una rápida acumulación de capital y reproducir, por ende, los aspectos materiales de la civilización metropolitana, si bien este intento ocurre normalmente bajo un centralismo estricto y antidemocrático y con severas restricciones al consumo de la población por un tiempo muy largo. En este sentido todos los modelos socialistas pueden ser considerados, en el fondo, como variaciones de la Revolución Soviética después de 1917⁶. Incluyendo los más exitosos, como la República Popular China⁷, los regímenes socialistas edificaron un contexto de totalitarismo, en el cual la conciencia intelectual se redujo a la creación de un infantilismo muy extendido, lo cual, paradójicamente, se aviene muy bien con un oportunismo practicado asiduamente.

El resultado global puede ser descrito de la siguiente manera. La construcción de la modernidad técnico-económica en medio de una cultura autoritaria y colectivista concentra todos los esfuerzos en los instrumentos para construir la sociedad industrializada y desestima una conciencia crítica con relevancia política. Y en relación con la problemática ecológica y demográfica, esto significa que se facilita la trivialización de la contaminación ambiental, se ve con optimismo algo ingenuo la situación de los recursos naturales y se considera innecesaria toda reducción de la tasa de incremento demográfico. El ideal de un progreso perenne es fomentado porque satisface requerimientos psíquicos elementales y por ello inevitables en todos los hombres: la seguridad de haber encontrado su lugar en el cosmos, la superación de las dudas y los conflictos, la justificación de decisiones dolorosas e inciertas.

Parecería, por otra parte, que la constelación actual es favorable a enfoques teóricos abiertos, antidogmáticos y de mayor capacidad explicativa para aprehender la variopinta y compleja situación de nuestro planeta, sobre todo del Tercer Mundo. Pero esto es verdad sólo parcialmente. Al lado de la caída del dogmatismo evolutivo surgieron deleznables corrientes dedicadas a estudiar con mucha profundidad e igual celo unos detalles insignificantes, a atribuir una relevancia casi mágica a hechos secundarios y, en el fondo, a celebrar lo trivial y baladí.

Un enfoque intermedio

La *teoría crítica de la modernización* quiere seguir un camino intermedio. No admite un solo precepto organizador o una visión unitaria del mundo social⁸; trata más bien (a) de poner en cuestión los paradigmas

⁵ Cf. el interesante ensayo que no ha perdido vigencia: Uwe Simson, *Typische ideologische Reaktionen arabischer Intellektueller auf das Entwicklungsgefälle* (Reacciones típicas de intelectuales árabes ante las diferencias en el desarrollo) en: René König (comp.), *Aspekte der Entwicklungssoziologie* (Aspectos de la sociología del desarrollo, entrega especial Nº 13 de KÖLNER ZEITSCHRIFT FÜR SOZIOLOGIE UND SOZIALPSYCHOLOGIE (Colonia), vol. 1969, p. 147.

⁶ Cf. Darcy Ribeiro, *Der zivilisatorische Prozess* (El proceso civilizatorio), Frankfurt: Suhrkamp 1971, p. 168.

⁷ Sobre esta temática cf. Jung Chang / Jon Halliday, *Mao. Das Leben eines Mannes, das Schicksal eines Volkes* (Mao. La vida de un hombre, el destino de un pueblo), Munich: Blessing 2005; Wolfgang Kubin, *Land ohne Gedächtnis* (País sin memoria), en: DIE POLITISCHE MEINUNG (Sankt Augustin), vol. 52, Nº 446, enero de 2007, pp. 10-12.

⁸ En este sentido algunos escritores han realizado una labor pionera: aquellos que persiguen simultáneamente varios fines, a menudo no relacionados entre sí o hasta contradictorios. Decía *Sir Isaiah Berlin* que los escritores pueden clasificarse en zorros y erizos: "El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una gran cosa". (Berlin,

teóricos que subyacen a todo monismo, es decir al postulado de una unidad primigenia de todos los fenómenos y, *simultáneamente*, (b) de postular algunas hipótesis críticas acerca de decursos evolutivos válidos para numerosos casos. Las experiencias del siglo XX parecen indicarnos que la historia no obedece a ningún plan premeditado, obligatorio y universal; no hay soluciones políticas o científicas de validez general; la libertad no puede suprimirse en nombre de abstracciones, por más nobles que éstas parezcan; no se debe sacrificar la suerte de una generación en aras de la presunta felicidad de edades futuras. Pero estas ideas deben ser confrontadas con los nuevos sistemas que propugnan la irrelevancia de todo esfuerzo teórico, la igualdad de cualquier ocurrencia intelectual y la inconmensurabilidad (es decir: la impenetrabilidad) de las culturas extra-europeas. La teoría crítica de la modernización pretende encontrar un equilibrio entre ambas tendencias, basada en un racionalismo no dogmático mitigado por un pesimismo alimentado por las vivencias y las desilusiones de una época atroz.

Precisamente el análisis de las monstruosidades del siglo XX parece apoyar las siguientes convicciones provisorias de una teoría crítica de la modernización: un claro escepticismo ante la dominación del mundo contemporáneo por la tecnología (la crítica de la razón instrumentalista), la desconfianza frente a los decursos evolutivos obligatorios y a las presuntas bondades del desarrollo acelerado, y finalmente la concepción de que los valores estéticos, contenidos sobre todo en la literatura y en el arte, permiten un conocimiento tan veraz y genuino como la filosofía y la ciencia. Esto ayuda a evitar dos extremos: el suponer que la realidad se reduce a lo inmediato, externo y cuantificable según datos estadísticos y el afirmar que la dimensión del presente y de la experiencia empírica es algo deleznable, efímero, superficial y sin mucha relevancia. La devaluación de la historia no llega a convencer plenamente, como tampoco la creencia en leyes evolutivas y en metas inevitables y positivas del desarrollo humano.

Debemos reconocer la importancia del enfoque genético-crítico para comprender las transformaciones de cualquier sociedad, pero hay que complementar este método mediante una sana desconfianza con respecto al sentido de toda evolución de la historia humana. Podemos atribuir un sentido siempre positivo a la historia si antes admitimos o nos imaginamos un fin (*telos*) de la misma, cosa bastante arbitraria y desautorizada por los acontecimientos del siglo XX, sobre todo por Auschwitz e Hiroshima. Por lo tanto: no hay necesidad de devaluar la historia, pero sí las especulaciones sobre de la misma, ante todo en sus variantes hegeliano-marxista, cristiano-mesiánica y populista-milenarista, apoyadas o impulsadas por grandes partidos, instituciones y grupos de poder. No podemos, por ejemplo, establecer una ley general para explicar todas las revoluciones, pero nos es dable interpretar una revolución específica partiendo de sus antecedentes, aspectos concomitantes y consecuencias. Y si la historia humana resulta sin un sentido global, sin su carácter teleológico y, por ende, sin la certidumbre de constante progreso, factibilidad y perfeccionamiento, le podemos conferir, a pesar de todo, un sentido reducido dentro de los límites de nuestra época y existencia.

Además de un análisis genético-histórico el sentido común guiado críticamente aconseja hoy en día una actitud distanciada con respecto a los logros del progreso material y, por ende, un análisis profundo del mito contemporáneo por excelencia: el crecimiento incesante. La problemática del medio ambiente adquiere entonces una relevancia de primer orden, precisamente en conexión con el Tercer Mundo. El libro pionero de Dennis L. Meadows: *The Limits to Growth*⁹, emerge como innovador e importante a causa de su enfoque. En lugar de presuponer, como casi todas las teorías, que la naturaleza y sus recursos son casi ilimitados y están al servicio del desarrollo, este estudio invierte los términos en forma realista y se pregunta por las

Pensadores rusos, México: FCE 1980, p. 69 sq., 92 sq.). Hoy en día son los zorros los que cuentan con las simpatías generales.

consecuencias de un desarrollo perenne a la vista de recursos finitos y de una degradación gigantesca del medio ambiente, motivada precisamente por el progreso material y sus secuelas, como el crecimiento demográfico en el Tercer Mundo (parcialmente aun de orden exponencial), que se debe también a mejoras en la salud e higiene públicas, mejoras ciertamente modestas, pero de una transcendencia *imprevisible* en otros ámbitos de la vida social. Todo esto lleva a una conclusión más o menos clara de genuino sentido común: en lugar de la abstención de juicios valorativos o la indiferencia ante los dramas sociales que proclaman muy diversas tendencias, hay que adherirse a un diagnóstico valorativo y a un principio ético de responsabilidad social¹⁰. Esto no significa recaer en posiciones partidistas o en doctrinas radicales de reforma social. Un ejemplo dramático del fracaso intelectual y político de tales posiciones fue la *Teoría de la Dependencia*, la contribución latinoamericana más original y más difundida a las teorías del desarrollo. Esta teoría no coadyuvó a comprender la realidad del Tercer Mundo y más bien ha conformado una ideología justificatoria de la industrialización acelerada y una exculpación de sistemas autoritarios.

La teoría crítica de la modernización es una combinación de la Escuela de Frankfurt, la ética de la responsabilidad (*Hans Jonas*), las concepciones ecologistas y conservacionistas y la llamada *teoría norteamericana de la modernización*, representada por conocidos autores de los años 1960-1980, como *Gabriel A. Almond, David E. Apter, James S. Coleman, S. N. Eisenstadt, Daniel Lerner, Marion J. Levy* y otros, influidos todos ellos por los aportes precursores de *Max Weber* y *Talcott Parsons*. Todos estos aportes han postulado un *continuum* tradición / modernidad para explicar la evolución del Tercer Mundo en nuestra época: en contraposición a la doctrina marxista y a sus muchas variantes se puede afirmar que las sociedades de África, Asia y América Latina no avanzan desde regímenes feudales o capitalistas hacia modelos socialistas y ulteriormente comunistas, sino de un estadio marcado por elementos *tradicionales* (premodernos, PRE-industriales, preburgueses) a otro signado por la *modernidad* (la civilización industrial contemporánea). En este tránsito, llamado *proceso de modernización*, la propiedad de los medios de producción (y otros caracteres determinantes socio-históricos según la corriente marxista y la Teoría de la Dependencia) juega un rol secundario. El orden tradicional es aquel basado en pautas particularistas de comportamiento, en el cual la religión, la familia extendida, el origen social de la persona, las lealtades políticas locales, las jerarquías rígidas y la vida rural-agrícola conforman los factores decisivos. Es un mundo relativamente simple, fácilmente comprensible, donde los roles y las profesiones denotan un grado muy bajo de especialización y diferenciación. El orden moderno, en cambio, es aquel donde reinan pautas universalistas de comportamiento, donde existe un grado muy elevado de urbanización, donde la agregación y articulación de intereses ocurre mediante partidos políticos e instituciones despersonalizadas, donde predomina un alto nivel de consumo masivo, donde prevalecen – *presuntamente* – jerarquías abiertas basadas sólo en el principio de rendimiento y donde se halla una estructura productiva altamente industrializada. El tránsito de un orden al otro es medible según criterios tales como el consumo de energía, el ingreso promedio *per capita*, las tasas de urbanización, alfabetismo y escolaridad y muchos otros indicadores cuantificables. Según la teoría norteamericana de la modernización, la mayoría de los países del Tercer Mundo se hallaría – en diferentes grados y estadios – entre los polos fijados por los conceptos de tradición y modernidad. Esta última estaría encarnada en las naciones industrializadas de Europa Occidental y América del Norte; a este tipo de modernidad se le atribuyen además otras cualidades, como ser un carácter histórico paradigmático y ejemplar, la conjunción de progreso y libertad, alta capacidad de

⁹ Dennis L. Meadows et al., *The Limits to Growth*, New York: Universe Books 1972

¹⁰ La teoría crítica de la modernización propugna una visión ético-social como la desarrollada por Hans Jonas, *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation* (El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica), Frankfurt: Suhrkamp 1984, *passim*.

adaptación e integración y la consecución efectiva de una democracia plena. Precisamente esta combinación de cualidades positivas debe ser cuestionada por un sentido común orientado críticamente, labor que ya ha sido desempeñada por importantes corrientes de la filosofía y las ciencias sociales, como la Escuela de Frankfurt.

La teoría crítica de la modernización supone que la evolución contemporánea del Tercer Mundo puede ser interpretada como un proceso de modernización, moviéndose entre los polos de la tradicionalidad y modernidad. Pero circunscribe este modelo explicativo a la segunda mitad del siglo XX y no le otorga la característica de obligatoriedad. No se reconoce la vigencia de leyes forzosas de evolución histórica. Acepta la determinación de tradicionalidad y modernidad como los polos aproximados de un gran desarrollo de acuerdo con los rasgos distintivos y los indicadores recién mencionados para medirlos cuantitativamente, pero rechaza enfáticamente la identificación de modernidad con democracia o, aun peor, la equiparación de modernidad con una razón substantiva de carácter mundial. El espectacular desarrollo actual del Primer Mundo no debe ser considerado como la encarnación práctica de la razón universal. Con respecto a la última meta normativa, representada por las sociedades del Norte, la teoría crítica de la modernización comparte los análisis de la Escuela de Frankfurt en torno a los fenómenos de alienación, denegando a la modernidad las bondades enteramente positivas que le atribuye la teoría convencional norteamericana. Demasiado conocidas son las patologías sociales vinculadas a la modernidad en su etapa contemporánea, sobre todo en el Tercer Mundo, para repetirlas aquí otra vez; basta recordar la desaparición de criterios morales, con amplia vigencia normativa, para hacerse una idea de la magnitud de la pérdida que experimentan muchas sociedades en transición, pérdida que se expresa, por ejemplo, en el aumento exponencial de la criminalidad y de comportamientos anómicos, que a menudo terminan en el terrorismo. Aun en el caso de que esta transición de lo tradicional a lo moderno aparezca como históricamente inevitable, no es tarea del sentido común guiado críticamente el justificar y cohonestar este decurso evolutivo como algo simultáneamente bueno y necesario.

La decisiva segunda mitad del siglo XX

El espacio temporal durante el cual tendría validez la teoría crítica de la modernización corresponde más o menos a la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Durante siglos o milenios han ocurrido enormes cambios en Asia, África y América Latina: desde invasiones militares hasta alteraciones tecnológicas, pasando por el florecimiento de notables culturas autóctonas. Pero el "desarrollo" que tiene lugar a partir aproximadamente de 1950 sobrepasa todo lo anterior de manera cuantitativa y cualitativa: en pocas décadas se produce un crecimiento demográfico absolutamente inusitado en la historia de todos aquellos pueblos; la destrucción del medio ambiente, posibilitada por la importación de modernas tecnologías, ha sido algo prácticamente desconocido, sobre todo bajo la actual forma de su ritmo vertiginoso de expansión. Los procesos de urbanización e industrialización que ocurren a partir de la Segunda Guerra Mundial transforman a las diversas sociedades del Tercer Mundo, dejando pocos resquicios totalmente libres del furor modernizante. La identidad colectiva de todas ellas se halla sumida en algún tipo de cambio acelerado o crisis. Es verdad que gran parte de este proceso acelerado de cambio atañe la esfera técnico-económica, dejando de lado el ámbito ideológico, cultural y familiar, pero, en conjunto, las modificaciones y los traumas vinculados al proceso de modernización han convertido a las sociedades del Tercer Mundo en algo substancialmente distinto de lo que existía en esos territorios hasta la primera mitad del siglo XX.

Pero paralelamente hay que cuestionar la idea central del relativismo histórico que presupone que todos los periodos de la evolución humana están igualmente cercanos (o lejanos) de Dios, es decir que no

se puede establecer jerarquías y gradaciones cualitativas entre los periodos históricos. No se puede postular leyes obligatorias del desarrollo evolutivo ni tampoco metas normativas del mismo (como las decretadas por todas las doctrinas marxistas, socialistas y afines), pero sí se puede y se debe comparar épocas y fases históricas entre sí y establecer sus bondades y desventajas de acuerdo a criterios racionalmente establecidos. En este contexto salta a la vista que ciertos periodos históricos han tenido mayor relevancia que otros. *Sir Eric J. Hobsbawm* escribió sobre la segunda mitad del siglo XX: "Desde 1950 hemos vivido quizá las mayores transformaciones sociales y culturales de todos los tiempos y pocos dudarán de que se derivan de los avances económicos y tecnocientíficos"¹¹. Aunque esta opinión puede parecer exagerada, su validez resalta claramente si es aplicada al Tercer Mundo. En efecto: a partir de aproximadamente 1960 la mayoría de los estados de Asia, África y América Latina ha experimentado un cambio cualitativo que es único en el curso de toda su historia. Estos países conocieron una gran cantidad de acontecimientos de todo tipo – como las otras áreas geográficas –, pero pocos cambios profundos de sus estructuras básicas. En el último medio siglo, empero, han pasado de ser sociedades rurales, poco diferenciadas interiormente y con valores de orientación determinados por sus propios legados culturales, a ser naciones mayoritariamente urbanas, con estructuras sociales altamente complejas, muchas de ellas industrializadas e influidas por el modelo civilizatorio occidental. En cuanto a alteraciones de su medio ambiente, su demografía y la apertura de sus territorios, los cambios acaecidos en los últimos cincuenta años significan una era totalmente nueva y distinta.

Pero estos cincuenta años de desarrollo acelerado, sin precedentes en la historia universal, conocen también sus lados francamente negativos. A comienzos del siglo XXI varios estados del Tercer Mundo (China, India, Corea del Sud, Brasil, México, etc.) se han convertido en grandes potencias industriales¹². Su producción manufacturera es notable y de la más variada índole, y sus progresos tecnológicos han resultado admirables. En estos países la movilidad social tiene un grado considerable; la esperanza de vida es mucho mayor que antes. El acceso a todos los niveles educativos se ha democratizado fuertemente. Y, sin embargo, estos países no constituyen necesariamente sociedades con una calidad de vida más elevada y más razonable que a mediados del siglo XX. La realidad cotidiana en Asia, África y América Latina se halla hoy en día signada por factores como la contaminación ambiental, la pérdida de tiempo por congestiones de tráfico, el aire irrespirable, la impresionante acumulación de basura en los mejores barrios, la destrucción de todo lo verde, la criminalidad alarmante y la pérdida de la identidad de las ciudades y hasta de los ciudadanos. Los costes de la modernización han subido tanto en estas naciones que mucha gente se pregunta si vale la pena "subirse en estos términos al carro de la modernidad. Al punto que los términos de modernización y calidad de la vida aparecen cada vez más, en las evaluaciones silenciosas que hacemos todos, como términos en conflicto"¹³. En el Tercer Mundo las aglomeraciones urbanas – de una fealdad proverbial – abarcan dilatadas barriadas donde imperan parcialmente el crimen y las drogas. El ciudadano común y corriente pierde una parte importante de su tiempo en problemas de transporte, en trámites burocráticos enrevesados y superfluos y en una lucha despiadada contra el prójimo. La distancia entre los más pobres y los más ricos es mucho mayor que hace medio siglo; en lugar de las antiguas diferencias de rango y origen hoy el dinero es el criterio que define claramente las capas sociales, y que las separa de

¹¹ Eric J. Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica 2002, p. 81, 256. Sobre el "gran salto adelante, extraordinario, inaudito y sin parangón", que significó el tercer cuarto del siglo XX, cf. *Ibid.*, p. 237.

¹² Cf. Manfred Mols, *Ostasiens Grenzen in der Globalisierung* (Las limitaciones de Asia Oriental en la globalización), en: KAS-AUSLANDSINFORMATIONEN (Berlin), vol. 20 (2004), Nº 3, pp. 4-25; Manfred Mols, *Probleme und neue Herausforderungen in Ost- und Südostasien* (Problemas y nuevos retos en Asia Oriental y Sudoriental), en: KAS-AUSLANDSINFORMATIONEN, vol. 22 (2006), Nº 5, pp. 21-46.

¹³ Martin Hopenhayn, *Respirar Santiago*, en: NUEVA SOCIEDAD (Caracas), Nº 136, marzo/abril de 1995, p. 51.

modo brutal. Dentro de poco el bosque tropical será un mero recuerdo literario. La desertificación de una buena porción del territorio del Estado respectivo es ya un problema cotidiano. Hasta se puede aseverar que, a largo plazo, la esperanza de un mejoramiento permanente del nivel de vida se podría revelar como ilusoria ante la dilapidación irresponsable de los recursos naturales, pero también a causa de la acrecentada anomia socio-política.

Autonomía versus imitación

En la mayoría de los procesos de modernización en el Tercer Mundo se puede advertir la carencia de metas normativas genuinamente originales: lo que se pretende alcanzar es una reproducción – relativamente mediocre – de lo ya logrado en las naciones metropolitanas del Norte. Esta modernización imitativa es parcial, acrítica y de carácter instrumentalista: se copian los aspectos técnico-económicos y se descuidan los científico-culturales. Se da suma importancia, por ejemplo, a la industrialización y a la modernización de los transportes y las comunicaciones, pero se desatiende al mismo tiempo la problemática ecológica, la conformación de una consciencia crítica colectiva y la instauración de una cultura política democrática. Las sociedades sumidas en este tipo de modernización imitativa tienen pocas de las ventajas y casi todas las desgracias de las naciones altamente industrializadas del Norte: sus grandes ciudades poseen un tráfico más denso y caótico, una atmósfera más contaminada, unos servicios públicos más deficientes, una criminalidad más elevada, edificios más feos... y muchos menos testimonios culturales, posibilidades de recreación e institutos científicos que las aglomeraciones urbanas de magnitud comparable en Europa o Norteamérica.

Por estos motivos hay que propugnar un cierto escepticismo (que no debe ser entendido como un rechazo total) frente a los fenómenos de crecimiento y desarrollo, que ahora gozan del aura de lo mágico, pero que pueden llevar consigo los gérmenes del irracionalismo y la regresión. Esto último puede detectarse claramente en variados intentos de modernización acelerada, que bajo programas socialistas o nacionalistas, se consagraron a una industrialización forzada dirigida casi exclusivamente por el Estado, cercenando premeditadamente las libertades públicas y los derechos humanos. El argumento usual ha sido que éstos y aquéllas provienen de un origen "burgués" y europeo occidental (por lo tanto: ajeno al acervo nacional respectivo) y que en la praxis sólo sirven para disgregar una comunidad e impedir la imprescindible unidad de todos los esfuerzos y las energías en pro de un experimento de rápida modernización. Se puede aseverar, por consiguiente, que en el Tercer Mundo el socialismo ha sido sobre todo una estrategia de modernización acelerada, pero una fallida: sus mediocres resultados económicos concuerdan irónicamente con su desgastada y devaluada ideología revolucionaria. El proceso imitativo de modernización puede consolidar una cultura política pre-existente de autoritarismo: el fundamentalismo islámico se ha distinguido por una utilización virtuosa de muchas tecnologías occidentales – en los campos de la comunicación, el armamento y la manipulación de masas – y, al mismo tiempo, por la preservación de las porciones más reaccionarias del legado musulmán. Y, además, como en otras culturas, se puede advertir que algunos dogmas centrales – con gran relevancia práctico-política actual – son *tradiciones inventadas* para usos profanos del día¹⁴.

¹⁴ Hans Küng, *Der Islam. Geschichte, Gegenwart, Zukunft* (El Islam. Historia, presente, futuro), Munich: Piper 2006, p. 334.

Conclusiones provisionarias

Se puede inferir, entonces, que los procesos de modernización son esencialmente ambivalentes y no siempre significan mayores libertades, un nivel de vida más alto o un futuro más seguro para los pueblos inmersos en ellos. Esto lleva a ver con otros ojos el régimen premoderno. Sólo después de haber experimentado las calamidades inherentes a la modernidad se puede apreciar las relativamente pocas ventajas del orden tradicional¹⁵. La seguridad emocional que brinda un sistema social con valores normativos sólidos, el calor humano y hasta la protección económica asociadas a la familia extendida, el respeto al medio ambiente natural (así sea por falta de una tecnología apropiada para "aprovechar" a fondo los recursos), una estética pública de innegable buen gusto y un ritmo de vida apacible (debido, entre otras cosas, a una densidad demográfica razonablemente baja), constituyen ejemplos de lo positivo que encierran aun las estructuras premodernas¹⁶. No hay que olvidar, por ejemplo, la función muy razonable de la religiosidad genuina al contraponerse a la idolatría moderna (Estado, partido, consumo, deporte, etc.) y, como dijo Hans Küng, la libertad que la religión brinda al ser humano al no admitir ningún otro absoluto que no sea Dios¹⁷. No hay que perder de vista, empero, todo lo negativo que el orden tradicional puede abarcar: la tiranía de lo provinciano y pueblerino, las barreras casi infranqueables entre los estratos sociales, los métodos odiosos para controlar a los individuos, la miseria de las masas (fenómeno de una apabullante uniformidad a través de todo el planeta), las más diversas formas de autoritarismo y la debilidad e ineficiencia de las estructuras estatales¹⁸.

En conclusión: lo criticable es lo siguiente. Numerosos regímenes en Asia, África y América Latina pretenden establecer modelos *autónomos* de desarrollo (la identidad colectiva está a menudo basada en un curioso pero vano designio de originalidad), pero después de todo se limitan a *imitar* los paradigmas occidentales de evolución, con especial énfasis en sus aspectos técnico-económicos. Este tipo de análisis se basa en los diversos esfuerzos teóricos ya existentes para examinar los procesos de modernización mediante las herramientas de las ciencias sociales contemporáneas, pero también en una revalorización parcial de los valores premodernos y en una visión escéptica en torno al mito del progreso perpetuo. Según el sentido común orientado críticamente todo esto no significa conceder una preeminencia total a la diversidad, es decir: declarar la inconmensurabilidad de todos los modelos civilizatorios entre sí, o negar gradaciones o jerarquías evolutivas entre ellos, o declarar que todo progreso histórico es un fenómeno totalmente aleatorio. La cultura surgida en Europa Occidental a partir del Renacimiento tiene una característica distintiva con respecto a todas las otras, lo que constituye un inmenso avance positivo: la modernidad occidental está basada en el principio de crítica y autocritica, lo que genera un movimiento incesante que cuestiona todo dogma, opinión y resultado¹⁹. O sea: en este caso no es razonable hablar de la

¹⁵ Para una distinción entre diferentes formas de tradición y autoridad (y prejuicios), cf. Mariflor Aguilar Rivero, *Confrontación, crítica y hermenéutica*. Gadamer, Ricoeur, Habermas, México: UNAM / Fontamara 1998, p. 136 sq.

¹⁶ El desarrollo más brillante se manifiesta a veces como un regreso a niveles de vida que habían existido antes de los grandes procesos de urbanización e industrialización, como puede comprobarse en muchos países latinoamericanos y sobre todo africanos comparando el nivel de ingresos, la seguridad ciudadana y la situación ecológica de 1950 y los datos de fenómenos comparables a comienzos del siglo XXI.- Algunas ideas sugerentes en: Tielman Schiel, *La idea de la modernidad y la invención de la tradición: cómo la universalidad produce la particularidad y viceversa*, en: Edgardo Lander (comp.), *Modernidad y universalismo*, Caracas: Nueva Sociedad / UNESCO 1991, p. 64 sqq.

¹⁷ Hans Küng, op. cit. (nota 13), p. 707.- Sobre el comportamiento más solidario de los creyentes con relación a los no creyentes, cf. Andreas Püttmann, *Die neue Relevanz des Glaubens* (La nueva relevancia de la creencia), en: DIE POLITISCHE MEINUNG, vol. 51, Nº 444, noviembre de 2006, pp. 57-62.- Sobre la significación de los credos religiosos para la fundamentación de la moral cf. Jürgen Habermas, *Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theorie* (La inclusión del otro. Estudios sobre teoría política), Frankfurt: Suhrkamp 1999, p. 50 sq.

¹⁸ Cf. Patricia Crone, *Pre-Industrial Societies*, Oxford: Blackwell 1989, capítulo 3.

¹⁹ Dieter Senghaas, *Zivilisierung wider Willen. Der Konflikt der Kulturen mit sich selbst* (Civilización en contra de la propia voluntad. El conflicto de las culturas con ellas mismas), Frankfurt: Suhrkamp 1998, p. 217.

igualdad liminar de todas las culturas en un mar de diversidades donde sería imposible – e injusta – una jerarquización y gradación de las mismas. Existe un interesante paralelismo en la filosofía y las ciencias sociales. Si nos atenemos únicamente a los criterios de fundamentación y validación que parecen responder a los principios de la diversidad y la contingencia – la deconstrucción, la genealogía, la narrativa en cuanto ciencia –, nos ponemos por debajo del nivel de argumentación y diferenciación que se ha alcanzado laboriosamente en el desenvolvimiento del pensamiento científico y perdemos a la larga, como dijo *Jürgen Habermas*, la credibilidad que han construido la filosofía y las ciencias sociales durante siglos²⁰.

Los efectos de utilizar sólo los criterios derivados de la diversidad e incomparabilidad de los modelos civilizatorios nos hacen perder de vista precisamente las diferencias entre lo razonable y lo condenable de todo régimen político y de todo fenómeno cultural. También la concepción representada por los pensadores postmodernistas (inspirada por *Arthur Schopenhauer* y *Friedrich Nietzsche*, desarrollada por *Michel Foucault* y perfeccionada por los *estudios culturales, postcoloniales y subalternos*), es decir la opuesta a la ahora llamada convencional o clásica, merece ser relativizada a su vez, pues ella induce a suponer que todas las variantes de la evolución humana son inconmensurables e incomparables entre sí: ninguna mejor o superior o más adelantada que otra. No sólo las insuficiencias manifiestas de las concepciones postmodernistas nos obligan a un renovado esfuerzo teórico, sino, ante todo, la evolución sociopolítica de las últimas décadas, los efectos del fundamentalismo y nacionalismo exacerbado y el cuestionamiento de la democracia y del racionalismo occidentales. Si analizamos la realidad política e institucional de innumerables países del Tercer Mundo en base a conocimientos empíricos asegurados, si utilizamos criterios comparativos usuales en ciencias sociales, si nos dejamos influir por reflexiones éticas y si aplicamos los criterios de un *common sense* guiado críticamente, nos percatamos de la necesidad de realizar juicios de valor, calificando claramente bondades y desventajas de las distintas etapas históricas y de los diferentes modelos civilizatorios. Aunque no existe, obviamente, una respuesta definitiva a ninguna cuestión, el sentido común guiado críticamente nos puede brindar una imagen aproximada de los límites del fenómeno a investigar, una orientación plausible en la jungla de las interpretaciones antagónicas y un juicio valorativo aceptable en torno a los fenómenos de la evolución histórica²¹. El *sensus communis* ha representado a menudo los prejuicios predominantes de una época y su conformidad con las estructuras vigentes del poder. Pero en Gran Bretaña se conformó desde el siglo XVII un *common sense* controlado por una opinión pública pluralista y más o menos bien informada, basado en conocimientos empíricos y en el arte de experimentar, que desconfiaba de los grandes sistemas y de los credos dogmáticos. La diversidad de posiciones que surgió de aquella constelación representó en sus primeros tiempos sólo un pluralismo tolerado de convicciones, que posteriormente se consolidó en una actitud probatoria, autocrítica y autorreflexiva, enriquecida por la inclusión de criterios morales. De acuerdo a *Sir Isaiah Berlin*, la tolerancia se convirtió en una virtud cuando los contendientes se dieron cuenta de la imposibilidad de conciliar credos dogmáticos de igual equivalencia entre sí y, al mismo, de la improbabilidad de un triunfo completo de uno sobre el otro. Los que querían sobrevivir tuvieron que aprender a convivir con el "error" ajeno. Gradualmente descubrieron los méritos en la diversidad fáctica de opiniones, y hasta se volvieron escépticos en cuanto a soluciones definitivas en los asuntos humanos²².

²⁰ Habermas, *Metaphysik nach Kant* (Metafísica después de Kant), en: Habermas, *Nachmetaphysisches Denken. Philosophische Aufsätze* (Pensamiento postmetafísico. Ensayos filosóficos), Frankfurt: Suhrkamp 1992, p. 25 sq.

²¹ Sobre el sentido común en la filosofía de *Antonio Gramsci* cf. Nazareno Bravo, *Del sentido común a la filosofía de la praxis. Gramsci y la cultura popular*, en: REVISTA DE FILOSOFÍA (Maracaibo), Nº 53, mayo-agosto de 2006, pp. 59-75.

²² Isaiah Berlin, *The Originality of Machiavelli*, en: Berlin, *Against the Current. Essays in the History of Ideas*, Londres: Hogarth 1980, p. 78.

Una teoría crítica de la modernización tiene necesariamente que consagrar esfuerzos analíticos a los temas que el *mainstream* de moda en las ciencias sociales y políticas deja de lado en el Tercer Mundo: lo negativo que está implícito en la pérdida de las creencias religiosas y en la desestructuración de la familia tradicional, los aspectos problemáticos de toda modernidad, las amenazas ecológicas y demográficas vinculadas al progreso, el sinsentido de la vida consagrada al consumo²³. Un desarrollo económicamente exitoso no conlleva de manera automática una expansión (ni menos la consolidación) de prácticas democráticas; los ingresos acrecentados provenientes de ciertos recursos naturales pueden, por ejemplo, reforzar antiguas pautas de comportamiento como el rentismo, el clientelismo y el autoritarismo que vienen de muy atrás y darles así un atractivo barniz de modernidad²⁴. Estos son ejemplos de lo que hay que estudiar de acuerdo a un sentido común guiado críticamente.

Hay que exponerse al riesgo del error si se quiere expresar algo que sea relevante; la insistencia en afirmar la corrección de lo irrelevante, dijo Theodor W. Adorno, es uno de los síntomas de una consciencia regresiva²⁵.

²³ Temas abordados con deplorable tibieza por Anthony Giddens, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Buenos Aires: Taurus / Alfaguara 2000, passim.

²⁴ Oliver Schlumberger, *Rents, Reform, and Authoritarianism in the Middle East*, en: INTERNATIONALE POLITIK UND GESELLSCHAFT (Bonn), vol. 2006, Nº 2, pp. 43-57.

²⁵ Theodor W. Adorno, *Negative Dialektik* (Dialéctica negativa), Frankfurt: Suhrkamp 1966, p. 170.